SANTIAGO SAID

RELATOS DE AMOR MIASMÁTICO

PANGRAMA
NUEVAS VOCES

La garrapata

Alejandra vivía en el departamento contiguo. Sólo la separaba de mí una pared de hormigón. Todas las noches podía escuchar las conversaciones que mantenía con su pareja, sus discusiones y encuentros, por lo que sus problemas e intereses eran de mi conocimiento. Ella fue la mujer que más logró obsesionarme. Nunca hubo ninguna otra.

La pareja de Alejandra, quien era un contador de poco más de cincuenta años, miembro de una compañía aseguradora, tenía dos hijos con su primera esposa, a quien dejó por Alejandra.

Siempre he sido muy perspicaz al interpretar a las personas. Sobre esto, desde un principio interpreté acertadamente su situación, pues pude adivinar que ese individuo celaba a diario a Alejandra porque asumía que su actual pareja no sólo era joven y atractiva, sino también coqueta con los demás. Asimismo, él ya era un cincuentón a punto de caer en un síndrome existencial y, por lo tanto, tenía la inquietud de que en cualquier momento ella pudiera dejarlo por otro hombre más joven. Y tenía razón. Cada fin de semana, Alejandra se acostaba con un muchacho que trabajaba con ella en una tienda de perfumes. Tenían sus encuentros los sábados después del trabajo, en un hotel de lujo próximo al edificio de apartamentos donde rentábamos.

Alejandra nunca me había dirigido la palabra a pesar de que éramos vecinos desde hacía varios años. Pero una tarde, cuando ambos regresábamos del trabajo, coincidimos, como tantas otras veces, en las escaleras. Ella sólo dijo: «Buenas tardes», sin mirarme. No le respondí y cerré la puerta con seguro. Me aterró

el hecho de imaginar que esa mujer descubriera que las paredes de mi apartamento estaban forradas con su rostro.

Dedicaba las mañanas a trabajar. Me empleaba como cuidador de mascotas. En la colonia me encargaban a una jauría de perros para que los paseara por las calles de la ciudad. Los sujetaba con correas y los hacía caminar durante horas. Luego regresaba a las mascotas con sus dueños y recibía mi pago por ello. Con el dinero en la mano, me dirigía a una sala de cine en donde regularmente proyectaban películas para adultos. Al marcar el reloj las cinco de la tarde, me encaminaba hacia el local donde Alejandra trabajaba como vendedora. Aguardaba en una esquina y la observaba desde la lejanía. Todos los días hacía lo mismo. La seguía a una distancia pertinente y procuraba siempre mantener la discreción.

Ella también tenía una rutina establecida. Durante las mañanas atendía a la clientela del lugar. Por lo general eran mujeres. Otras veces eran hombres que no estaban interesados en los perfumes sino en mirar su cuerpo. Algunos la invitaban a salir, pero ella solía ser muy selectiva; le gustaban jóvenes, con rasgos afilados y anatomía delgada. No les coqueteaba de manera abierta; más bien les entregaba una tarjeta en la cual les indicaba a qué hora y dónde esperarla. Siempre era en el Hotel Marriott. El recepcionista ya conocía a Alejandra, pues siempre pedía la misma habitación, que era la número cuarenta.

Sin embargo, el amante oficial de Alejandra era un joven de su edad, de cabello castaño y ojos penetrantes, llamado Esteban, quien trabajaba con ella como vendedor. A él le dedicaba los sábados. Esos eran sus días. Hacían el amor en el Hotel Marriott. A veces compraban preservativos antes de entrar al hotel; otras no.

Con el tiempo compré una micro cámara con conexión a internet. Un sábado por la tarde, antes de que Alejandra y su amante ocuparan la habitación, la alquilé únicamente para colocar la micro cámara en un rincón del techo. Al día siguiente pagué de nuevo por la misma habitación, sólo para retirar la cámara. Al llegar a mi apartamento, descargué la memoria del aparato y observé a Alejandra y a su amante hacer el amor durante varias horas.

Sabía que todo lo que hacía estaba mal. Sin embargo, me dominaba el impulso de poseer a Alejandra a cada segundo del día. No podía dejar de pensar en ella. Mi problema es que siempre fui, desde que tengo uso de razón, un individuo tímido con las mujeres. Lo que más deseaba en la vida era tener a mi lado a una muchacha que me quisiera tal cual soy. Pero en mi situación resultaba imposible. Por ello, vigilaba a mi vecina. Le tomaba fotografías e invadía su privacidad. A veces le mandaba, a través de un servicio de paquetería, ramos de flores. Se las entregaban de parte de un admirador anónimo. Me conformaba con que ella las recibiera. Pero ella, indiferente, las arrojaba a la basura.

Sin embargo, los impulsos me dominaron y, en una ocasión, tuve la mala idea de instalar otra micro cámara en su departamento. Su esposo salía a trabajar todas las mañanas, al igual que ella. Fue uno de esos días cuando, después de conseguir herramientas para abrir su entrada, ingresé a sus habitaciones y coloqué el aparato en el techo de la recámara, justo arriba de la cama. No obstante, al momento de cerrar la puerta llegó el esposo de Alejandra. Vio que acababa de salir de su departamento y al instante me derribó y comenzó a golpearme.

Al regresar del hospital, después de aclarar el hecho con la policía y también de que me aplicaran varias puntadas en la cara, entré a mi apartamento sin ánimos de saber nada del mundo. Entonces miré alrededor. Desde siempre mi vida había sido una inmundicia. Las paredes de mi hogar se encontraban cubiertas del rostro de una mujer que me despreciaba. En los anaqueles de mi sala coleccionaba revistas pornográficas y, para variar, en mi recámara había dispuesto a una muñeca sexual de goma a la que pegué en la cara el rostro de Alejandra. La había comprado por internet años atrás y la utilizaba como simulacro. Imaginaba que verdaderamente se trataba de la auténtica Alejandra.

Me pregunté cómo es que había convertido mi existencia en algo tan patético y degradante. ¿Cómo y por qué había caído tan bajo? Pensé en colgarme esa noche con mi cinturón, pero no tuve las agallas para hacerlo. ¿Dónde estaba la desaparecida

dignidad de un mundo que se había podrido? En aquel momento, vi en el interior de las tinieblas el mundo que conocía. Yacía lejos, sumido en una profunda gruta de la que nunca podría salir.

Mis lesiones en el rostro aún sangraban. Tomé una toalla del baño y la humedecí en el grifo. Al limpiarme la cara, advertí en el espejo que una pequeña garrapata colgaba de mi mejilla derecha. Presentaba una forma muy graciosa. Sus patas y cabeza eran, cuando mucho diminutas, y el resto de su cuerpo; una reducida bola color rosado.

Me dirigí a la cocina, tomé un estilete y lo usé para retirar al bicho de mi rostro. El animal cayó sobre la alfombra, pero no quise pisarlo. No tenía ánimos de manchar con sangre la tela. Lo que hice fue guardar al insecto en una taza de café; la coloqué en la alacena y regresé a mi recámara a dormir.

Al día siguiente, en el momento de estar frente al espejo del baño para rasurarme, advertí una vez más a la garrapata en mi mejilla derecha. No sabía si se trataba de la misma sabandija que había depositado en la taza de café la noche anterior o, por el contrario, mi departamento se hallaba infestado de una plaga de animales rastreros. Entonces fui a la alacena y descubrí que la taza estaba vacía. Era la misma garrapata de la noche anterior. La retiré de mi mejilla con cuidado, de nuevo con el estilete. Pero tampoco tuve deseos de aplastarla. Fue por eso que la deposité con delicadeza en la taza de café y cerré la alacena.

Intenté no darle demasiada importancia. Sin embargo, luego de un par de días, surgió en mí la necesidad de observar al insecto de cerca. Fue una tarde, al regresar de pasear a las mascotas, lo que consideraba verdaderamente un empleo denigrante, que busqué en la alacena la taza donde había guardado al artrópodo. Ahí seguía, como una perla diminuta, encogida en sí misma. La garrapata fue bañada por la luz interior de la habitación y de repente comenzó a caminar. Me pareció simpática la forma en la que se movía. Sin darme cuenta ni tampoco saber por qué razón, tuve el deseo de preservar la vida de ese frágil insecto.

Durante varias semanas la alimenté con mi propia sangre, la cual extraía de mis venas con una delgada jeringa. Apenas si eran unas cuantas gotas las que chupaba el bicho, pero eso fue suficiente para que sus dimensiones adquirieran un tamaño considerable.

A lo largo de dos semanas, el insecto ya no cabía en el interior de la taza de café. Tuve que comprar una pecera en una veterinaria cercana para que la garrapata creciera cómodamente.

Nunca he sido una persona susceptible de encariñarse con los animales. Mi empleo de cuidador de mascotas me había predispuesto a ser distante con estos seres. Sin embargo, este bicho, quizá feo y repulsivo para la mayoría de la gente, me provocaba una gran ternura. Lo instalé en la cabecera de mi dormitorio y, de forma discreta, introducía a los perros que paseaba en la tarde para que la garrapata se alimentara unos minutos detrás de sus orejas. De esta manera, mi nueva compañera creció todavía más. Sus cuatro pares de patas se alargaron y sus mandíbulas se desarrollaron diabólicamente.

Lo más horrendo consistió cuando, a lo largo de los días, el artrópodo necesitó más alimento para satisfacer su apetito. Yo ingresaba nuevas mascotas al apartamento y en cuanto estas cruzaban la puerta, el insecto saltaba con glotonería hacia sus cuellos y comenzaba por picarles detrás de las orejas. Por lo regular, los perros aullaban y se rascaban con las patas traseras; pero yo evitaba que hicieran eso. Les amarraba las extremidades con cinta y los sujetaba con los brazos hasta que el artrópodo se saciaba de ellos. No obstante, con los días, cada vez que iba a la casa de los dueños de las mascotas, estos me informaban que sus perros habían enfermado y muerto repentinamente. Eso me obligó a buscar nuevas fuentes de alimento para mi compañera.

Una noche, cuando regresaba después de un largo día de fastidio, de aquellos que no quieres volver a repetir en tu vida, me encontré con Alejandra. Bajaba las escaleras, con el labio reventado y el ojo hinchado y a punto de ennegrecérsele. Pasé de largo, pero ella me detuvo antes de que abriera la puerta de

mi apartamento. «¿Puedes ayudarme?», me preguntó con voz tranquila. Me pidió dinero para pasar la noche lejos de su pareja. De inmediato adiviné lo sucedido. Él la había molido a palos porque, probablemente, descubrió alguna de sus infidelidades. Para ser honesto hubiera preferido no encontrarme con ella. Fue de lo más vergonzoso decirle, entre tartamudeos, que no tenía dinero. Quizá ella pensó que se trataba de una excusa para negarle el préstamo; sin embargo, era verdad. Ni siquiera tenía dinero para pagar el alquiler y ya me encontraba retrasado algunos meses.

A partir de ese día no volví a ver a Alejandra. Por otro lado, durante ese periodo el insecto comenzó a desarrollar sus dimensiones cada día más, hasta el punto de que la pecera que había comprado ya no era lo suficientemente grande. Y sospeché que algo siniestro ocurría con esa criatura, puesto que muy pocas veces la alimentaba. Por lo general, llevaba perros de la calle, de aquellos que hurgan entre la basura y en los callejones, para que la garrapata se nutriera de ellos. Sin embargo, atrapaba a uno cada dos semanas, puesto que morían una vez que el insecto quedaba satisfecho, por lo que me resultaba problemático deshacerme de los restos.

La garrapata había comenzado a habitar el departamento. Sus patas delanteras eran tan largas como mis propios brazos. Su caparazón, las ocasiones en que llegué a tocarlo, era tan duro como la roca y su cutícula trasera había adquirido una circunferencia de dos metros. Su hipostoma parecía capaz de atravesar a una persona y presentaba cientos de dientes en hileras que le otorgaban un aspecto horripilante. El bicho se había vuelto tan grande que los muebles de mi apartamento le dificultaban trasladarse de un rincón a otro, a pesar de que la mayor parte del día permanecía con el cuerpo encogido en una esquina del techo, con las patas enganchadas en el hormigón.

Días después me enteré de que Alejandra había muerto. El funeral se realizó en el departamento de su pareja. Asistí con timidez e, incluso, cargo de conciencia, ya que, al ver de cerca el

cadáver de Alejandra, advertí lo que había pasado. Su cuerpo se había secado. Sus labios se encogieron, como si hubieran desaparecido, y su cabeza se encontraba calva. Entre los asistentes al funeral se hallaban sus padres, quienes dijeron que había fallecido de tifus. Pero yo supe lo que había pasado en realidad.

Al regresar a mi apartamento reparé en un enorme agujero en el techo. El insecto había abandonado mi hogar. Lo único que dejó tras de sí fueron algunas bolas de excremento en un rincón de la sala. El hedor resultaba tan pestilente que tuve que lavar tres veces para que desapareciera. Y, cuando creí que esa blasfemia había escapado a las calles, me di cuenta de que en verdad me había encariñado con su presencia. De cierta manera me acostumbré a la rutina de verla adherida al techo de mi apartamento; también me conmovió alimentarla y ser testigo de su increíble crecimiento. Probablemente se trató de un amor casi paternal que experimenté con esta criatura. Fue por eso que me sentí insoportablemente triste cuando descubrí que había escapado.

Busqué con angustia a la garrapata, durante tres noches, a través de calles vacías y malolientes. Cuando la frustración se apoderó de mí, regresé a mi apartamento preguntándome por qué la ausencia de esta horripilante criatura me había generado tanta nostalgia. Pero no pude responderme a esta cuestión, puesto que, al cruzar la puerta me encontré una vez más con el insecto. Ahora ocupaba un gran espacio de la sala. Sus dimensiones, en ese momento, me obligaron a pensar que este ser no debía formar parte de la realidad. Tampoco pude explicarme cómo había entrado a mi apartamento, dado que, por su tamaño, resultaba imposible que ingresara por una ventana, los ductos de ventilación o algún orificio de las paredes.

Aunque inesperado, su regreso me causó un sentimiento, quizá no de alegría, pero muy cercano a eso. En realidad, la muerte de Alejandra no me afectó; sólo me sorprendió. Y, puesto que ella había sido una mujer muy especial en mi vida y en ese momento había dejado de existir, quise sustituir su recuerdo con la

criatura que, desde entonces, compartió conmigo mi hogar. Así que decidí bautizar a la garrapata con el nombre de Alejandra.

La vida me cambió radicalmente. Esta nueva Alejandra permaneció a mi lado, como ninguna otra persona lo había hecho antes. Gracias a su presencia me alejé de la pornografía y me deshice de los retratos y fotos de la difunta a la que acosaba. Me enfoqué en mí y en conseguir un mejor empleo. Había sido contratado como auxiliar de mecánico en un taller en los suburbios. A pesar de que quedaba un tanto retirado de mi domicilio, recibía un mejor salario y, en verdad, lo consideré un empleo mucho más digno que el anterior. No obstante, el insecto parecía mantener un secreto. Solía reposar en el techo hasta mi regreso; pero al entrar al apartamento, era recibido por una fetidez insoportable que generaban sus desechos nauseabundos, los cuales arrojaba a una parte de la sala.

Gradualmente tuve que vender los muebles a una casa de empeños, dado que a diario tenía que cubrirlos con hule para que los desechos de Alejandra no los mancharan. Asimismo, ella no podía moverse con libertad dentro de las habitaciones sin romper algún librero o estropear con sus afiladas setulas la tela de los sillones. El dinero que obtuve por vender mis enseres, en lugar de gastarlo en algo placentero, lo usé para comprar desinfectantes. Los excrementos de Alejandra en verdad eran tan fétidos que todo el edificio llegó a quejarse por la tremenda peste que generaba mi apartamento. Para mantener las apariencias de una vida solitaria y, sobre todo, que no descubrieran a mi acompañante, diario limpiaba con rigor.

Procuré que una vez a la semana Alejandra se alimentara. Recorría las calles de los suburbios en busca de perros y gatos callejeros. Pero a pesar de mis esfuerzos, estos pequeños mamíferos representaban en Alejandra algo así como bocadillos. La sangre de estos animales no lograba saciar su sed. Ella necesitaba, por lo menos, a una jauría de ellos. Sin embargo, nunca se me ocurrió que ella pudiera hacerme daño. Alejandra, aunque siempre hambrienta, nunca se atrevió a lastimarme. Sólo subía,

durante las noches, al techo de mi recámara y dormía en simultáneo conmigo.

Había un extraño hálito, imposible de describir en Alejandra, que me mantenía subordinado a ella. La manera en la que puedo describir esta sensación –si es que es posible describir algo desconocido–, es el de ominosidad. No puedo siquiera explicármelo a mí mismo. Pero Alejandra era un ser extremadamente celoso y, aparte, tenía el poder de mantenerme sometido a su voluntad. Al principio creí que sólo era un insecto común y corriente, que podía morir en un par de semanas. Con el tiempo descubrí que Alejandra era una criatura especial; pero nunca sospeché que tenía el propósito de apoderarse de mí. Todo ese cariño y ternura que llegué a sentir por ella, desaparecieron en el momento en que hostigó y frustró todos los intentos que hice por conseguir a una mujer en mi vida.

En el edificio de apartamentos, donde vivía con Alejandra, había por lo menos diez mujeres, entre casadas y solteras, las cuales murieron supuestamente de tifus durante aquellos días. No me atreví a asistir a los funerales, pero leí en los obituarios del periódico los rasgos de los cadáveres. Y supe que Alejandra se había escabullido, a través de los muros, para deshacerse de las mujeres del lugar. De la misma manera, duplicó sus dimensiones. Su tamaño se había vuelto colosal.

Para ser honesto, tuve miedo de ser descubierto. Ya podía imaginar el escándalo. «Un hombre solitario que mantiene un amorío sucio con una garrapata». No esperé más tiempo y, durante una noche lluviosa, trasladé a Alejandra a una bodega, cercana al taller donde laboraba, la cual servía como cementerio de coches. Había pedido prestado un remolque y una camioneta para transportar al insecto. Fue una labor de veras complicada, porque Alejandra era tan grande que tuve que romper los muros del departamento para que pudiera salir; luego la bajé con poleas hasta el remolque y la cubrí con una lona para que, en el trayecto de la carretera, no llamara la atención. Por suerte, ninguna patrulla me detuvo; de lo contrario no puedo imaginar

siquiera lo que habría ocurrido. Aunque Alejandra y yo nos habíamos mudado a vivir a aquella bodega, la epidemia de tifus en la ciudad no se detuvo. A diario me enteraba, ya fuese por mis compañeros de trabajo, por los periódicos o las noticias en la televisión, de la muerte de decenas de personas en la ciudad por una extraña enfermedad parecida al tifus. La gente moría con la piel seca y en condiciones anémicas, especialmente las mujeres jóvenes.

En esa vieja bodega, atestada de tractores y vehículos desvalijados, Alejandra habitaba con mayor comodidad. Ella ocupaba la parte más profunda del lugar. Yo, por el contrario, dormía en un cuartucho atestado de refacciones usadas y aceite quemado. Sin embargo, durante las noches, Alejandra se deslizaba hasta mi cama. Una parte de mí repelía su cercanía. Pero, por otro lado, un aspecto de mi personalidad, un tanto extraño incluso para mí, anhelaba que esa criatura se mantuviera próxima. Ella me observaba todo el tiempo desde las láminas del techo; algunas veces me acariciaba con las uñas de sus cuatro patas delanteras; otras, intentaba hablarme, aunque lo único que expulsaba de su trompa eran gorgoteos.

Con el pasar de los días, pude darme cuenta de que era un monstruo y una amenaza para el mundo. Me costó trabajo advertir el peligro que corría. No sé por qué, durante tanto tiempo toleré que ese gigantesco animal ponzoñoso se mantuviera cerca de mí. Pero una vez que fui consciente de ello, el horror y el asco fueron irremediables y no tuve tiempo para pensar en la manera de deshacerme de Alejandra.

Traté de vivir como si no existiera. Durante las noches, cuando era inevitable que visitara mi cama para observarme dormir, me vi orillado a gritarle que se largara de mi cuarto. Alejandra nunca se mostró agresiva ni mucho menos intentó lastimarme aquellas veces que la expulsé de mi lado. Sin embargo, no por ser un fenómeno horripilante de la naturaleza significaba que fuese un ser estúpido. Sabía muy bien que yo ya no toleraba su presencia. Fue entonces cuando advertí, de manera consciente,

que ella estaba dispuesta a hacer todo lo que fuera necesario para mantenerme a su lado. Creí, al menos por un instante, que ese bicho se había enamorado de mí. No estuve seguro de eso hasta que conocí a Fabiola.

Fabiola fue una joven que llevó a reparar su automóvil al taller mecánico donde laboraba. No tardamos mucho en darnos cuenta que nos agradábamos. Sin embargo, un terror muy profundo emergió dentro de mí al pensar en la posibilidad de que Alejandra estuviera espiando nuestra conversación.

Todas las tardes, después del trabajo, procuraba pasear durante largas horas por el parque de la ciudad. En aquellos momentos me sentía limpio y con una libertad absoluta, lejos del yugo de aquel ser que se había convertido en mi capataz. De la misma manera, Fabiola había decidido invitarme a tomar algo en cierta ocasión. Ella era una joven que manejaba un gimnasio y, por ello, conservaba una bella figura. Realmente era una muchacha atractiva, pero también muy agradable. De aquella salida surgieron otras. Nos comunicábamos a través de mensajes de texto; nunca a través de llamadas telefónicas, puesto que tenía miedo de que Alejandra pudiera enterarse de mi amorío.

Fabiola y yo tuvimos sexo en la quinta salida. Fue de lo más placentero. Jamás había conocido a una mujer que se acostara conmigo porque le agradaban mi cuerpo y mi personalidad, y no porque le haya pagado por hacerlo. Y la atracción física se convirtió en pasión. Todos los días pensaba en ella y le escribía. Pero todo acabó una tarde cuando visité su gimnasio y ella no estaba. Al preguntar por ella en su domicilio, una anciana, probablemente una de sus parientes, me dijo que Fabiola había sido atacada la noche anterior. No pasó mucho tiempo para que me enterara de lo ocurrido. La habían encontrado en un callejón con las extremidades separadas.

Ya no cabía la menor duda. Alejandra se había convertido en mi tormento. Regresé a la bodega y la busqué por los rincones. La encontré encogida en un hoyo profundo en la tierra que ella misma había cavado. Tomé pedazos de acero oxidado de au-

tomóviles y los arrojé hacia su madriguera. Alejandra salió de aquel descomunal orificio y me empujó con las patas. Con ese movimiento logró neutralizarme.

Ella era consciente de que la odiaba y me causaba repugnancia. Por ello desapareció algunos días de mi lado.

Durante esos días trabajé en el taller, con apatía y tristeza. Sólo pensaba que, a la única mujer que había tenido verdadero interés en mí, la había asesinado un monstruo que me asediaba. Y por este fastidio, no ponía atención en lo que hacía durante las horas de trabajo y un compañero del taller sufrió un ligero accidente al momento en que reparaba una camioneta. Era una noche sin luna. Yo descuidé el gato hidráulico y, por poco muere aplastado por el peso del vehículo. Me disculpé, pero reaccionó con violencia y tuvimos, sin más remedio, una pelea a golpes.

En esos momentos, cuando me acometía con fuerza, Alejandra apareció de repente. Tomó a este individuo de la espalda y lo sujetó a varios metros de altura con sus patas delanteras. Él se retorcía y gritaba. Me supongo que no daba crédito a lo que le ocurría y, más exactamente, se pudo haber preguntado qué era aquello que lo mantenía apresado. Alejandra atravesó su vientre con la trompa y comenzó a succionarlo. Cuando el hombre se secó, ella lo separó a la mitad y arrojó sus restos a varios metros de distancia.

La brutalidad de la escena me perturbó excesivamente. Corrí a una esquina y traté de esconderme debajo de un camión; pero Alejandra levantó el vehículo con la facilidad con la que se levanta una botella vacía. Me estrujó con las poderosas uñas de su pata delantera izquierda y, sin esperarlo, desplegó en una sección oculta de su cutícula, dos pares de alas transparentes y membranosas de varios metros de longitud. Atravesó con su puntiagudo caparazón el techo de acero de la bodega y se elevó en el cielo. Voló, conmigo apresado en sus patas, a una altura increíble.

En pocos minutos, Alejandra me llevó hasta un sitio que ya no era la ciudad de Asteria. Era, quizá, un pueblo diminuto. Lo cierto es que jamás lo supe. Lo único que recuerdo es que ate-

rrizó en la cúpula de una capilla abandonada, en la cual había un hoyo profundo en donde me arrojó. Caí de bruces y me desmayé. Cuando desperté, una oscuridad insoportable me cubría. Durante horas quise hallar una salida o una forma de escapar de aquel agujero. Y mientras lo hacía, reparé en que Alejandra había planeado mi secuestro durante aquellos días de ausencia. Ella había volado hasta este lugar y excavado ese hoyo con el propósito de mantenerme resguardado.

Alejandra aparecía eventualmente. Desde las alturas me arrojaba fruta y lo que lograba recolectar del exterior. En sus alas absorbía la humedad, por lo que al sacudirlas, el agua se filtraba por las paredes del agujero y yo me las arreglaba para sorber lo que podía.

Sobreviví muchos días en estas condiciones. No recuerdo con exactitud cuántos días fueron porque no tenía noción del tiempo. Todo en ese lugar era oscuridad. Mi miedo más profundo, sin embargo, era la presencia de Alejandra. Cuando aparecía, mi cuerpo temblaba y unas ganas insoportables de vomitar se apoderaban de mi estómago. Y, a pesar de la situación, nunca me di por vencido. Todo el tiempo me encontraba buscando una salida. Perdí mis uñas al cavar un túnel a través de la tierra. Fue inútil. No obstante, en el proceso de excavación al exterior, encontré un pedazo de acero enterrado en lo profundo de esa capilla. Lo limpié y esperé el regreso de Alejandra.

Cuando ella apareció, con fruta y otros bocados, me encontró tendido en el fondo del abismo. Fingí estar dormido. Alejandra arrojó los alimentos y estos golpearon mi cuerpo. Pero incluso así me mantuve quieto. Ella no mostró interés. A pesar de ello, permanecí inmóvil durante unas horas más. Antes del amanecer, bajó al agujero donde me mantenía prisionero y me sacó de allí. Me sacudió varias veces con sus poderosas patas y, al no dar señales de vida, pareció que la desesperación se apropiaba de sus asquerosas entrañas. Se retorcía, iba de un lugar a otro y golpeaba el suelo. Entonces, en un instante de precipitación, extraje el pedazo de acero de mis andrajos y con la punta atra-

vesé la cutícula de Alejandra. Al hacerlo, un torrencial chorro de sangre brotó de la herida. Esperaba que esta criatura se vaciara. Sus partes se tambalearon y apenas pudo mantenerse en pie.

En ese momento aproveché para escapar. La zona donde me encontraba era boscosa y absolutamente aislada de la civilización. Grité por auxilio y me adentré en la frondosidad de los árboles. Pronto me quedé sin aliento. Por días estuve mal alimentado y en constante tensión. Al caer al suelo miré hacia arriba. Alejandra sobrevolaba las copas de los árboles. Corrí un poco más hacia la luz. Sin embargo, ella colapsó frente a mí. Su enorme cuerpo azotó contra las rocas del río. Tardó varios minutos en morir, y lo digo porque sus patas no dejaron de temblar durante su agonía.

Ya muerta esta blasfemia, busqué el pedazo de acero con el que la maté. Mi resentimiento por este insecto no había terminado ni encontrado salida. Lo que hice tal vez fue una locura, pero tenía una necesidad irreprimible por hacerlo. Tomé el pedazo de acero y comencé a destrozar el cuerpo inerte de la garrapata. Pedazos de tejidos, escamas y tendones brotaban alrededor. El garrafal cuerpo del insecto era un banquete que un solo hombre como yo no podía terminar. Sin embargo, en ese tortuoso proceso de destrucción, advertí que había algo insólito escondido dentro de las entrañas pestilentes de la criatura. Por lo tanto, mi camino de carnicería de tejidos y membranas tuvo un propósito. Entonces descubrí que en el interior de Alejandra había crecido un ser apenas visible.

Lo saqué del interior de la cutícula y lo tendí en la tierra. Intenté limpiar lo que pude y descubrí que era una mujer. Cuando abrió los ojos y me miró, dijo: «Ahora ya puedo decirte todo lo que siempre quise». Era la verdadera Alejandra. La mujer que habitaba dentro de un espeluznante insecto. Aquella que estaba enamorada de mí y siempre se mantuvo a mi lado. No podía ser más claro.

Regresamos juntos a la ciudad. Rentamos un apartamento limpio, pequeño y económico. En ese momento, de nuestro re-

torno a la urbe, me enteré que la metrópoli se hallaba asolada por una terrible peste y un vendaval de crímenes extraños. Incluso el gobierno había declarado un toque de queda después del atardecer.

Con los días, Alejandra se advertía más y más hermosa. Verdaderamente es la mujer más bella que he visto en mi vida. Nos casamos con emoción. El día en que Alejandra se convirtió en mi esposa fue el momento más feliz que he vivido. Descubrí, después de convivir unos meses con ella, que ya no era hematófaga. Era una mujer normal. En todo lo demás era igual, pues, mientras yo salía a trabajar a un supermercado, ella permanecía dentro de nuestra vivienda. Amorosa, limpia y callada. Todos los días hacíamos el amor. Mi vida era ella y sólo ella. Y todavía lo es. Alejandra es el amor de mi vida.

Cuando por fin pude embarazarla, ella cuidó su dieta y procuró no levantar objetos pesados. A veces tenía antojos de golosinas y bocadillos dulces. Yo siempre le procuré lo que me pedía. Hace unos pocos días atrás, cuando regresé del trabajo, ingresé a nuestro hogar. Alejandra parecía agotada. La hallé tendida en nuestra cama. Dijo que por fin nos habíamos convertido en padres. Me acerqué a su lecho con cuidado. Le besé la frente y, mientras le acariciaba el cabello, le pedí que me mostrara a nuestro hijo. Ella sonrió y dijo que había parido en la cama. Al quitar las sábanas, advertí cientos de huevecillos de consistencia viscosa que palpitaban desde un interior plateado. Alejandra me ha prometido que tendremos una gran descendencia y que serán criaturas tan hermosas como lo es ella. A pesar de lo que pueda especular la gente común, estoy seguro de que nuestra familia será ejemplar. No me cabe duda de ello. Hemos superado muchas dificultades y estoy dispuesto a estar con ella hasta que la muerte nos separe.

Demetria

She smiled and that transfigured me
And left me but a lout,
Maundering here, and maundering there,
Emptier of thought
Than the heavenly circuit of its stars
When the moon sails out.
William Butler Yeats. *'First Love'*

El singular amor que sentí por Demetria, tan ardiente, tan intenso, me degradó en la sombra del pecado más ponzoñoso. Nunca creí enamorarme tan profundamente, ni mucho menos que esta pasión me acompañara por el resto de mi existencia. Demetria apareció en los primeros años de mi vida en la forma de una mujer con cuello alabastrino y un alma gloriosa que se revelaba en su dulce mirar; sin embargo, mi inmadurez emocional e inexperiencia comunicativa la obligaron a alejarse. A pesar del corto periodo amoroso que viví a su lado me hizo feliz y, además, gracias a ella, mi cuerpo y mi espíritu experimentaron, por primera y única vez, el fuego de la pasión y el deseo. No obstante, cuando yo, un muchacho de apenas veinte años, envenenado por la suave ambrosía de los labios de Demetria, estuve dispuesto a llevarla al altar, ella desapareció. Su ausencia dejó herida mi alma que la idolatraba y, cuando el horrible sufrimiento estuvo a punto de devorarme por completo, el azar me trajo a Naya, con quien viví la vida conyugal, monótona y gris.

Crecí en un pequeño pueblo campesino, en el cual mi familia se dedicaba a la crianza de ovejas y a la cosecha de hortalizas. Mi padre murió cuando cumplí los quince años y, a partir de

entonces, dejé los estudios y me dediqué a merodear por los rincones del pueblo en busca de un empleo mejor pagado. Mi madre continuó con la crianza de ovejas y las labores del campo; no obstante, a pesar de que yo trabajaba en un rastro de ganado, el dinero era insuficiente. Tiempo después mi madre enfermó de meningitis a causa de una muela que ella misma se arrancó de la quijada y que con los días se le infectó. Tuve que rematar nuestro rebaño en una subasta que organizó el gremio de ganaderos en el mercado del pueblo y con el dinero que recaudé pagué el tratamiento de mi madre.

Aunque hice todo lo posible por atender sus padecimientos, el médico me aconsejó no guardar esperanzas en su recuperación, pues la infección había avanzado demasiado y, efectivamente, mi madre expiró poco después. Con base en esta dolorosa pérdida, mi personalidad cambió y tuve que enfrentar los problemas del porvenir con absoluto estoicismo.

Vagué por la senda del desamparo, en medio de la indiferencia de la gente, sin familia y sin hogar. Con esfuerzo compré una casa-remolque en donde transporté, de aquí para allá, una existencia solitaria y apática. Los pocos individuos que lograron convivir conmigo confirmaron las murmuraciones de mi mala reputación, la cual arrastré hasta el día en que conocí a Demetria.

Por entonces había regresado a mi pueblo natal, en donde aparqué mi casa-remolque cerca de una colina. Las ramas retorcidas de los nogales secos resguardaban a las parvadas de cuervos, que solían picotear las ventanas de mi caravana en el instante mismo en que la brisa hacía caer insectos y otras alimañas. Cuando conseguí trabajo en las minas de plata, que descubrieron en la montaña, uno de los hombres con quienes hice amistad solía contarme que él criaba a su única hija, la cual había heredado de su madre aquellos prolongados ojos verdes y un largo y elegante cuello alabastrino. Ese hombre se hacía llamar Jonás y constantemente me invitaba a su hogar para tomar cervezas, pues, a partir de la muerte de su esposa, aseguraba sentirse abandonado y triste. Solía rechazar las invitaciones ya

que, por aquel entonces, estaba muy preocupado por ahorrar dinero y escapar del pueblo lo más lejos posible.

Una tarde escabrosa, mientras regresaba a mi alojamiento, pasé a un costado del arroyo. Una salvaje tormenta se avecinaba y en la cúpula del cielo resonaba el fragor de los truenos. Fue esa tarde, precisamente en la orilla del arroyo, que vi por primera vez a Demetria. Se bañaba en las aguas heladas entretanto esperaba la noche. Su sobria y nívea piel contrastaba con la oscuridad paulatina que comenzaba a cubrir los alrededores de la pradera. Al verme, se cubrió el pecho y antepuso la pierna izquierda, semejante a una Venus silvestre. Sin embargo, a pesar de ruborizarse, mostró una sonrisa que me hizo sentir entusiasmado. Sus prolongados ojos verdes y su largo cuello, de los que tanto hablaba su padre, me orillaron a reconocerla como Demetria, la hija del viejo Jonás.

Cuando al fin acepté la invitación de Jonás, Demetria me recibió en la puerta. Al igual que yo, ella tenía en ese momento diecisiete años cumplidos. Me acogió con aquella misma sonrisa que me regaló al descubrirla desnuda mientras nadaba en el arroyo. Su padre, un anciano alcohólico y depresivo, me aseguró que su única hija era la imagen exacta de su difunta esposa. Afirmó que el parecido entre ellas era extraordinario, como si su esposa nunca hubiera muerto. Y para demostrarme que no me tomaba el pelo, extrajo de una carcomida caja de madera, un cuaderno en donde una fotografía desgastada mostraba a Jonás con su esposa, abrazados frente a un paisaje rústico.

No podía tratarse de un engaño, pues en la fotografía Jonás se advertía vigorizado, con cabello en las sienes y una postura erguida. No obstante, la mujer de la imagen era indudablemente su hija Demetria. Al advertir mi desconcierto, el anciano se echó a reír, como si tratara de compadecer mi sorpresa. «Lo sé, es un capricho de la naturaleza el evitar que algo tan bello muera y desaparezca. Es por eso que mi hija no guarda ningún parecido conmigo; más bien es una réplica exacta de mi mujer, sin la más mínima variación… es algo increíble».

Sin duda alguna, Demetria era la mujer más hermosa del pueblo; y no es que en la población no existieran mujeres bonitas; las había. Pero el encanto de Demetria era místico, más que material. El anciano Jonás me comentó que el nombre de su esposa muerta era también Demetria y que su hija, además del parecido físico, conservaba la voz, los gestos y hasta el comportamiento de su mujer.

A través de los días frecuenté el hogar del viejo Jonás con el propósito de ver a distancia a su hermosa hija. Las primeras veces que logré estar en su presencia y aspirar su fragancia me sentí intimidado. ¿Qué podía ofrecerle yo, un pobre diablo que vivía en un remolque? Sin embargo, este desagradable pensamiento fue sustituido por el escepticismo y la observación, pues advertí de inmediato que Demetria era un ser completamente distinto de cualquier otra mujer del lugar.

Asimismo, algo que en un inicio me obligó a tomar una postura escéptica fue cuando el anciano Jonás –quien era un viejo decrépito y oloroso– me juró tener apenas cuarenta años de edad. La primera vez que me lo contó fue cuando tomábamos un descanso y almorzábamos sentados en la grava expulsada de la garganta de la mina. No pude evitar reírme de su absurda confesión. Pero, como si ya esperara esa reacción de mi parte, austeramente me dijo que su difunta mujer se alimentaba de su vitalidad y, por eso, ella nunca envejeció durante el tiempo que se mantuvo a su lado. «Cierra el pico, viejo loco», le dije de manera tajante en ese momento, y no volvió a tocar el tema.

Cuando las minas cerraron, muchos granjeros, pastores y campesinos que laboraban conmigo se vieron obligados a emigrar a la ciudad en busca de una vida mejor. Los que nos quedamos en el pueblo tuvimos que fajarnos a una existencia precaria y perseguir los medios para sobrevivir. Lo cierto es que, de no ser porque estaba enamorado de Demetria, me habría largado felizmente del pueblo sin pensarlo ni un segundo. Pero me quedé en este lugar porque no podía imaginar una vida lejos de ella, a pesar de que apenas teníamos contacto. Una locura, debo reconocerlo. Y cuando dejé

de vagar y me establecí en el pueblo, mientras conseguía empleos, ya fuera de jornalero, pastor o caballerango en las rancherías cercanas a la montaña, encontraba a Demetria en las orillas del arroyo cada atardecer. A veces platicábamos unos minutos e intercambiábamos miradas pícaras, hasta que nos despedíamos con la promesa implícita de volvernos a encontrar en el mismo lugar.

Demetria y su padre decidieron quedarse en el pueblo, pues el viejo apenas lograba recordar quién era. De pronto, Lofretán se convirtió en un pueblo fantasma. Decenas de familias abandonaron sus hogares y se enfrentaron a un futuro incierto en la metrópoli. El sonido del viento traía el recuerdo de los días anteriores mientras los halcones sobrevolaban la pradera; la carretera, solitaria y árida, esperaba el regreso de quienes dejaron el pueblo atrás. De esta forma, el lugar quedó a merced de los pocos que nos aferramos a sobrevivir en él, y, más exactamente, de los que ostentaban el poder de la autoridad. Y me refiero al comandante local, a quien llamaban Dingo y solía extorsionar a los negocios miserables y las pequeñas granjas que intentaban comerciar con los pueblos vecinos.

Una noche acompañé a Demetria hasta su hogar. Antes de cruzar la puerta, dijo que su padre había salido y me invitó a pasar. Me sirvió una taza de café y, mientras permanecíamos sentados en un roído sofá, Demetria me preguntó si yo también planeaba salir del pueblo. Fue en ese momento cuando le confesé que la amaba y por esa razón había decidido quedarme en Lofretán. Ella permaneció en silencio, hasta que le propuse que nos fugáramos juntos a algún lugar mejor. Me respondió con un beso en la boca; después de eso le prometí que, en adelante, le pertenecería eternamente. Hicimos el amor por primera vez y, puedo jurarlo, fue un instante inolvidable y absolutamente único. Entretanto nos encontrábamos recostados en el sofá, acaricié y besé cada parte de su cuerpo mientras dormía. Memoricé cada detalle de su piel y su aroma me embriagó hasta la enajenación.

En aquel momento laboraba como herrador en unas cuadras de caballos que pertenecían a un ranchero del pueblo. Duran-

te las tardes, llegaba al arroyo y acompañaba a Demetria a su hogar; pero en algunas ocasiones escapábamos a la pradera y dormíamos abrazados, al calor de una fogata. Fue, en verdad, la etapa más feliz de mi vida. Realmente la amaba con locura; sin embargo, ella se mostraba siempre distraída y ausente. Por lo regular, eso me angustiaba, pues Demetria no demostraba el mismo entusiasmo que yo por nuestro amor. Deseaba que ella me amara con la misma intensidad con la que yo lo hacía.

Una noche, con la intención de invitar a Demetria a tomar algo en un restaurante ubicado en un escondrijo del pueblo, me pareció que Dingo nos seguía desde una patrulla. Al llegar al lugar y encontrarlo cerrado, la patrulla nos encallejonó; al bajar la ventanilla, Dingo y uno de sus acompañantes invitaron a Demetria a subir al vehículo y afirmaron inescrupulosamente que la llevarían hasta su domicilio. Se dirigieron a ella como si yo no estuviera presente. Repentinamente se apoderó de mí un furor infame; cogí a Dingo por la garganta y lo extraje de la patrulla para golpearlo con frenesí en el húmedo pavimento. No me importó de quién se trataba. Los gritos e insultos de su compañero llamaron la atención de los pocos habitantes de la avenida y varias luces se encendieron. Y, a pesar del bullicio y la riña, Demetria mantuvo la calma, sin siquiera decir una palabra.

Al incorporarse, Dingo amenazó con desenfundar la pistola que colgaba de su malformada cintura. La sangre le escurría de las fosas nasales e intentaba mediocremente retener las lágrimas. Recuerdo que, mientras su mano derecha sostenía la funda, la izquierda me apuntaba con los dedos extendidos. «¡Quédate donde estás! ¡No trates de moverte!». De repente, recordé que en mi cintura cargaba un pequeño machete con el que trabajaba en el rancho; lo desenvainé con rapidez y, sin advertirlo, le separé a Dingo la mano de su muñeca. El comandante cayó desmayado y la voz de Demetria, con categórica tranquilidad, me susurró al oído: «Vete de aquí».

Cuando al amanecer hube recuperado el recuerdo de lo que me llevó a pasar la noche en las faldas de la montaña, experi-

menté un sentimiento mitad de arrepentimiento y la otra mitad de temor. La policía estatal me buscaba, pues aunque Dingo no murió, había terminado gravemente herido. Mi rostro se mostraba en los portales de la Internet, los comunicados televisivos, los cartelones y las pantallas electrónicas del centro de cada municipio cercano. Pero después, con el tiempo de una semana, no pareció que mi captura fuese un objetivo importante para las autoridades. Incluso, los pocos habitantes de Lofretán celebraron que Dingo hubiera terminado manco, lo que me hizo volver por Demetria.

Durante aquellos días que pasé prófugo en los alrededores del pueblo, soñé repetidas veces con ella. En mis sueños se aparecía desnuda, únicamente la luz de una fogata la presentaba ante mis ojos. Sus pies no tocaban el suelo, como si una fuerza superior la elevara por el aire. Y, en el desenlace del mismo, hacíamos el amor en una atmósfera sin gravedad y otras veces en el fondo del océano.

Al regresar a su lado, Demetria no demostró sorpresa o felicidad siquiera. Sólo se limitó a abrazarme. Aquella actitud tan fría me angustiaba, pues solía pensar que ella en realidad no me amaba y que estaba conmigo solamente para complementar su aburrimiento. Para probarme a mí mismo que en verdad me amaba, empeñé mi casa-remolque y herramientas de trabajo para comprarle un anillo de compromiso en una joyería ubicada en una ciudad cercana.

Días después, cuando regresé a Lofretán con el anillo, encontré al anciano Jonás casi ahogado de ebrio en la entrada de la cantina. De su boca, perlada por las gotas del aguardiente, salieron las palabras: «Se ha ido». El miserable viejo lloraba amargamente la fuga de su única hija. Incluso pensó que yo me la había llevado. Sin esperarlo, también comencé a llorar en su compañía. Y es que, en verdad, Demetria nos hizo dependientes de su presencia.

La pérdida de Demetria fue lo más terrible que he vivido. El anciano Jonás murió a las pocas semanas de la partida de su hija.

Nadie supo a dónde ni con quién se fue. Sólo desapareció; eso fue todo. No obstante, durante las noches, ella se me revelaba en sueños para hacer el amor en aquella extraña atmósfera flotante. Al despertar, mi consciencia me obligaba a reconocer que la había perdido y, de manera instantánea, la tristeza se apoderaba de mí y lloraba hasta dormir. Su ausencia me dispuso a convertirme en un alcohólico empedernido. Bebía para olvidarme de ella; pero los sueños me hacían imposible borrar su recuerdo.

Con los años me hice a la idea de que la había perdido y, aunque gradualmente dejé satisfecha mi razón, ya que no por completo mi espíritu, no logré, sin embargo, borrar de mi mente la huella profunda que dejó en mí el rostro de Demetria.

Decidí abandonar el pueblo y mudarme a la ciudad. A lo largo de unos años no logré deshacerme de su fantasma, y durante todo ese tiempo nació en mi alma un sentimiento de rencor por su partida. Sabía que me había dejado a propósito, por una causa desconocida, con una intención cruel. Incluso llegué a lamentar haberla conocido y comencé a buscar en torno mío, en los sórdidos rincones que formaban parte de mi rutina, a otra mujer de la misma especie y de facciones parecidas que pudiera sustituirle.

Me hallaba distraído una noche, entre fastidiado y agotado, en una cochambrosa estación del subterráneo, cuando atrajo bruscamente mi atención una mujer que cruzó frente a mí en dirección a la salida. Hacía bastantes años que solía sentarme en aquella banca del ferrocarril metropolitano para leer algunas secciones de los periódicos que la gente acostumbraba arrojar al suelo, y me sorprendió no haber reparado en esta mujer que, al parecer, frecuentaba la estación donde me encontraba. Se trataba de una mujer relativamente joven, de cadera ancha y cuello alargado, muy parecido al de Demetria. La seguí en su camino a una cierta distancia y descubrí que vivía en un departamento cercano a la estación del ferrocarril.

Apenas la comencé a cortejar, ella me correspondió. Frecuentamos las cafeterías después de que ambos salíamos de nuestros empleos. Para ese entonces, yo tenía ya treinta años

y Naya veintisiete. Me sedujeron su paciencia, su ternura y su buena voluntad; en apariencia, era la mujer que buscaba. Los meses transcurrieron entre salidas al cine, paseos por los jardines y meriendas en nuestros domicilios. El trato que me dispensaba era entre maternal e infantil. Me apresuré a pedirle matrimonio y nos casamos en una infame capilla que se encontraba en el corazón de la ciudad.

Mi alcoholismo disminuyó a medida que Naya sustituyó gradualmente el recuerdo de Demetria; asimismo, mi melancolía fue suplantada por la tensión y el hartazgo de vivir en una sucia y perversa metrópoli. En verdad añoraba mi vieja vida en el pueblo. Nunca sentí aquella sensación de pertenencia a la ciudad y, con el tiempo, descubrí que tampoco abrigaba ese sentido de pertenencia con Naya. Sin embargo, traté de simular una vida feliz a su lado con el objetivo de no lastimarla ni hacerla sentir defraudada. Pero en el fondo, supe desde el inicio que el haberme casado con ella había sido uno de mis más grandes errores.

Nada de lo que me rodeaba me producía placer o, al menos, tranquilidad. Laboraba en una diminuta oficina como administrador público y me odiaba a mí mismo por no tener el valor de renunciar, divorciarme de Naya y regresar a Lofretán para vivir una existencia despreocupada en las montañas.

Naya me dio dos hijos. El primero fue un varón al que nombramos Arminio y el segundo fue una preciosa niña a la que yo mismo bauticé Demetria; nombre cuyo motivo nunca revelé a su madre para evitar reproches y excitar sus celos.

Durante los años de nuestro matrimonio, no tardó en formarse en mí una antipatía hacia mi esposa. Ella era, en resumidas cuentas, lo contrario de lo que había esperado encontrar en una mujer. Era introvertida, pero a la vez tierna y amorosa. Ciertamente no tengo una explicación lógica para justificar por qué sus caricias y besos me fatigaban. Lentamente, estas emociones de disgusto y empalago se acrecentaron hasta convertirse en odio. Comencé a poner cualquier excusa para evitar su presencia, mirarla a los ojos o hablarle. Durante años me abstuve de discutir con ella, a pesar

de que me recriminaba mi falta de interés en nuestro matrimonio. Ella se esforzaba cada día en amarme y consentirme; sin embargo, llegué a sentir por ella un asco insoportable y, por este motivo, por años eludí su aborrecible cercanía. Demetria reapareció en mis sueños, como si se hubiera escabullido con sigilo dentro de ellos, sin darme cuenta y sin esperarlo. De nuevo hacíamos el amor en aquella atmósfera líquida y flotante que sólo desaparecía al momento en que abría los ojos.

Me sentía como un niño en el cuerpo de un adulto de cuarenta años. Creí estar preparado para tener hijos, pero lo cierto es que los descuidé toda su vida, a pesar de amarlos y obligarme a estar con su madre para no hacerlos pasar por el trauma del divorcio. La mayoría de mis días transcurrían entre compromisos y responsabilidades y tenía muy poco tiempo para tomarme un respiro. Solía estar agotado todo el tiempo y el dinero desaparecía de mis manos en cuanto cobraba mis quincenas. Y, aunque vivía con Naya y mis dos hijos en el pequeño departamento que compramos en la ciudad, me sentía completamente solo. En ese momento de mi vida, el mundo para mí era sucio, opaco y terroríficamente frío. Sin embargo, el cariño que mis hijos y mi esposa me demostraban parecía crecer en razón directa de mi desprecio hacia ellos. Naya me recibía con la comida lista una vez que yo llegaba a casa después del trabajo; mis hijos, por su parte, se colgaban de mí y festejaban mi regreso.

No resistí más tiempo esta situación y abandoné todo. Una noche salí de nuestro departamento, tomé un autobús y regresé a Lofretán. En un inicio creí que había vuelto a mi pueblo en busca de paz y felicidad; pero descubrí que estaba equivocado. En realidad había regresado inconscientemente en busca del fantasma de Demetria.

Hallé el mismo lugar de siempre: la zona boscosa, las montañas nevadas, las carreteras solitarias y las grandes extensiones de la pradera donde pastaba el ganado. El pueblo resultaba una roca rodeada de matorrales. Pronto me hospedé en una ranchería y conseguí trabajo de caballerango. Habité una pequeña cabaña

construida con madera costera, ubicada en la orilla del río, y recuperé aquella tranquilidad que había extraviado en la metrópoli. De nuevo fui poseído por la nostalgia al informarme de los fallecimientos de varios conocidos y muchos antiguos amigos.

Una vez instalado en Lofretán, recorrí los viejos rincones que solía frecuentar en mi juventud. Mientras los días transcurrían, una tarde decidí caminar por las orillas del arroyo, en un intento desesperado por revivir aquellos años de ímpetu emocional, y se agolparon en mis ojos muchos recuerdos de alegría y tristeza. Entre esa maraña de recuerdos, surgió el nombre de Demetria. Un hechizo infernal, formado en los corredores más oscuros de lo inefable, me presentó ante ella en cuerpo y alma, precisamente en la orilla del arroyo donde nos conocimos años atrás. La vi emerger de las aguas heladas y caminar al margen del río. Cuando me dispuse a seguirla, desapareció.

Pero antes de que pasase mucho tiempo, la busqué por el lugar. Con los días, un par de individuos me facilitaron información. Al dar con ella, descubrí que trabajaba en un local como vendedora. Lo sorprendente es que ella ignoraba quién era yo y, sin embargo, me sonrió como aquella primera vez que nos conocimos. «Demetria»: Su nombre fue lo primero que salió de mis labios al estar frente a ella. Lucía exactamente igual a como la recordaba la última vez que la vi. No había envejecido. Su rostro y cuerpo eran los de una mujer de veinte años; ni siquiera su voz o sus gestos variaron. Cuando me presenté ante ella como aquel que abandonó veinte años atrás, dijo, con total tranquilidad –rasgo que la caracterizaba– no haberme visto antes. Y fue precisamente por esa tranquilidad en su voz, que juzgué auténtica su declaración. Ella no sabía quién era yo porque, sencillamente, no me había visto nunca.

A pesar de llevar como nombre Demetria y ser exactamente igual a la que yo conocí en mi juventud, no era la misma. Como una réplica perfecta de la primera, esta segunda Demetria me cautivó por completo. Me fue imposible separarme de ella una

vez que la hube encontrado, por lo que me apresuré a invitarla a salir. Y ella aceptó.

Comenzamos por recorrer las calles más céntricas y, con el tiempo, la invité a pasar a mi cabaña donde, frente a las llamas de la chimenea y sentados en un viejo sofá, ella me contaba quién era. Dijo ser hija de una mujer cuyo nombre compartía y quien apenas dos años atrás había muerto a causa del cáncer. Ella advirtió que la noticia de la muerte de su madre me perturbó y, como acto reflejo, me preguntó si yo había llegado a conocerla, lo cual negué inmediatamente. No quería que supiera algo respecto al amorío que mantuve en mi juventud y por ese motivo se alejara de mí.

Los días transcurrieron y mientras Demetria se hallaba una tarde recostada en mi regazo, me preguntó quién era yo, por qué le resultaba tan familiar, de dónde venía y cómo logré saber su nombre incluso antes de preguntárselo. Al responderle con mentiras en cada una de sus preguntas, hizo una declaración que me inquietó, pues dijo haber tenido sueños conmigo en una atmósfera oscura y líquida. No describió los sueños, sólo el contexto de la situación; sin embargo, adiviné a qué se refería. Al sentir su cercanía y estimulado por su confesión, hicimos el amor en el sofá aquella tarde.

Demetria durmió en mi cabaña a partir de esa noche en adelante. Los días fueron felices a su lado, justo la vida que siempre añoré. El amor que sentí por ella nunca desapareció de mi interior y me refiero a ella como un ser único e irrepetible, pues a pesar de que no era la misma mujer que conocí veinte años atrás, para mí resultaba la misma y así quería creerlo. La amé de la misma manera y con la misma intensidad. Ella se comportaba exactamente como lo recordaba.

Durante las mañanas iba a trabajar al rancho y en las tardes regresaba a nuestro hogar. Pasábamos los atardeceres acostados en el lecho y escuchábamos por horas los cantos de las aves nocturnas. Su piel nívea y sobria, aquella epidermis que memoricé en mi juventud, presentaba los mismos detalles sin ninguna

variación en absoluto. Sin embargo, un pensamiento acometió mi mente y no dejó de atormentarme; y es que, en verdad, ella nunca mencionó a su padre. Demetria, quizá sin el propósito de resultar simple, refirió su pasado en relación directa con su madre. Asimismo, ella contaba con una edad concreta en relación con los años en que la primera Demetria me abandonó. Pero, aun cuando este pensamiento me hacía sentir culpable, la felicidad, el placer y la tranquilidad que me generaba estar al lado de ella lo compensaban. Por lo tanto, procuré no mencionar los hechos del pasado y también programé mi mente para olvidar mis recuerdos. Para mí, la vida había comenzado desde este punto. Ella ignoraba quién era yo y de dónde venía; también ignoraba la relación que mantuve con su madre y, por una razón obvia, desconocía todo lo relacionado con nosotros. Y así procuré mantenerlo.

Al comenzar el segundo mes de nuestro encuentro, tal vez a la medianoche, recibí una llamada de mi esposa. Me informaba que nuestro hijo había sufrido un accidente durante un trayecto nocturno y se encontraba hospitalizado. No supe qué hacer ni qué pensar. Por mi mente cruzaron diferentes hipótesis, entre las cuales pensé que se trataba de una artimaña para obligarme a regresar a la ciudad, hablar con ella y limar asperezas.

Demetria no ignoraba que tenía esposa y dos hijos; a pesar de ello, nunca se mostró celosa ni mucho menos exigente. Cuando le comenté lo que había dicho Naya por teléfono, me recomendó abandonar la cabaña, ir a la ciudad y estar al lado de mi hijo. Le prometí que me divorciaría de Naya y, en poco menos de un mes, la llevaría al altar. Demetria pareció emocionarse con mi propuesta y me despidió con un beso en los labios. Entonces, esa misma noche abandoné el pueblo y tomé un autobús en dirección a la metrópoli.

Arminio, mi hijo, había sido víctima de un accidente automovilístico. Mientras regresaba a casa la noche anterior, una camioneta lo atropelló. Sus brazos y piernas estaban rotos y se encontraba en la sala de urgencias. Al momento en que los

médicos se esforzaban en salvarle la vida, vislumbré la figura llorosa y quebradiza de mi esposa.

Naya me confrontó con violencia por haber abandonado la ciudad sin siquiera darle aviso. Por mi parte, la reprendí por haber descuidado a nuestro pequeño. Inmediatamente, ella me acusó de siempre haber sido un padre ausente, y cuando no obtuvo respuesta de mi parte, sospechó que estaba con otra mujer en el pueblo. Al sentirme descubierto –sólo de un flanco–, me arrojé al vacío y le confesé la verdad. Le dije que había regresado con la mujer que siempre amé. Naya perdió el control y trató de sacarme los ojos, pero la sujeté de los antebrazos y la arrojé al suelo. Y, al momento en que gimoteaba, le manifesté aquellas verdades que mantuve ocultas en mi pecho durante tantos años. Declaré que odiaba mi vida a su lado en una ciudad inmunda, que nunca la había amado, que sólo me casé con ella porque guardaba cierta semejanza con la mujer que de verdad amé y, finalmente, que nuestra hija llevaba su nombre. Ella enmudeció y después de asumir que había liberado mi consciencia, me retiré del lugar sin darle tiempo a que me contestara.

La recuperación de mi hijo tomó un mes. Exactamente, en los días en los que Arminio se mantuvo hospitalizado, le pedí el divorcio a mi esposa. Creí que el asunto sería complicado, largo y escabroso; sin embargo, al parecer Naya reconoció que nuestro matrimonio no tenía sentido y accedió a firmar los documentos sin poner dificultad alguna. Una vez que dieron de alta a Arminio, yo estaba divorciado y listo para regresar al lado de Demetria.

Al llegar al pueblo, luego de un mes de permanecer lejos, fui recibido por una abominable sensación de malestar. Una fuerza desconocida me susurró desde un oscuro corredor de mi alma que algo muy malo había ocurrido en mi ausencia.

Cuando abrí la puerta de la cabaña, un espantoso hedor fue expulsado del interior. Nubes de moscas revoloteaban por el lugar y al aproximarme a la sala, descubrí una figura demoniaca completamente deformada, purulenta y cubierta de larvas.

Cerca de esta efigie tiesa y putrefacta, había una nota. Demetria descubrió la verdad luego de que un desconocido en el pueblo le dijera que yo había sido la pareja de su madre. En la nota me explicaba que en la vida de su madre jamás hubo ningún otro hombre más que yo.

La revelación póstuma de esta verdad me avergonzó y destruyó por completo. Demetria se había colgado de una viga para vengarse de mí; su cuerpo permaneció suspendido de la soga durante un mes y debido a la gravedad, su cuello –aquel elegante cuello alabastrino que tanto me sedujo– se estiró de una manera diabólica, hasta que sus restos tocaron el suelo y formaron una espiral que, hasta el momento en que la encontré, aún transpiraba oscuros líquidos pestilentes.

Lo había perdido todo: mi familia, mi paz terrenal y mi salvación espiritual. Del mismo modo, Naya se había encargado de que mis hijos no tuvieran contacto conmigo. Quise interponer una demanda por la custodia de ellos, pero las autoridades descubrieron que no tenía los medios económicos ni la estabilidad emocional necesaria para hacerme cargo de dos infantes. Así que permanecí en el pueblo como caballerango. Con el pasar de los años envejecí y surgieron, como una maldición, unos terribles dolores que no me permitían mover. Cuando fui hospitalizado, los médicos me dijeron que había enfermado de cáncer de estómago. Estuve internado en el hospital en contra de mi voluntad y solicité me dieran de alta para regresar a morir a mi pueblo. Para ese entonces, Demetria, la hija que tuvimos Naya y yo, había cumplido dieciocho años. Cuando se enteró de que mi vida miserable y lastimosa estaba por extinguirse, juró hacerse cargo de mis cuidados.

Entonces, mi hija y yo llegamos al pueblo. Vivimos en la misma cabaña que, después de un tiempo, compré al antiguo propietario. Nadie conocía mi secreto, esa sucia verdad que me atormentaba cada vez que veía a mi hija a los ojos. Sólo se decía, entre las bocas de los individuos, que una de mis jóvenes amantes había cometido suicidio en la cabaña por una razón desconocida.

El miedo recorría mis venas al imaginar que alguna vez esta inmunda verdad fuese revelada a mi hija. Y es que, ciertamente, mi amor por la primera Demetria me había incitado a cometer un imperdonable y asqueroso incesto con la segunda.

Al pasar el tiempo, mi hija adquirió la costumbre de bañarse en el arroyo. Le prohibí en muchas ocasiones que lo hiciera, con la excusa de que iba a pescar un resfriado. Lo cierto es que nunca fui demasiado rígido con ella; todo lo contrario. En verdad fui un padre amoroso y comprensivo. Pero esa costumbre que tenía ella, de pasar tiempo en ese lugar, me produjo regresiones hacia un pasado que durante años intenté matar y enterrar en lo más profundo de mi mente. Y cuando descubrí a mi hija nadando en las aguas heladas del arroyo, el fantasma de Demetria regresó. Comenzó a acosarme en mis sueños con aquella repugnante forma alargada y goteante en que la encontré.

Sin embargo, lo más horroroso y a la vez extraordinario que ocurrió al final, fue que con el pasar de los años mi hija comenzó a adquirir los mismos rasgos faciales y corporales de Demetria. Su cuello empezó a alargarse y a obtener una forma aristocrática. Sus ojos se prolongaron y consiguieron un color cada vez más claro. Incluso, su andar y gestos se tornaron exactamente iguales a los de mi difunta amante. Esto representó para mí una maldición enviada por Dios como muestra de los tormentos que me tiene destinados después de la muerte. Y, desde entonces, evité llamarla por su nombre, puesto que, al emitirlo, en mi alma se formaban coágulos que gritaban mi culpabilidad; por lo que procuré llamarla con calificativos amorosos y, de la misma manera, le pedí no pronunciar su nombre en mi presencia. Me maldije a diario por haber bautizado a mi propia hija con aquel diabólico nombre.

Intenté pasar por alto estos cambios físicos en ella, pero el horror se hizo cada día más evidente. Sus rasgos y movimientos se transformaron en los de Demetria. Incluso llegó el día en que no logré distinguir entre mi hija y la mujer cuyo fantasma me perseguía. No obstante, me vi forzado a actuar cuando

ella, una noche, mientras escuchábamos el sonido de las aves nocturnas, me susurró al oído las palabras: «He tenido sueños extraños contigo, padre». ¡Era la misma voz! ¡La misma voz pausada y austera de Demetria! No fue necesario decir algo más y la invité a dar un paseo por la pradera. Caminamos en dirección al arroyo y cuando llegamos a la orilla más honda, le pedí que tomáramos un baño en las aguas heladas. Nos desnudamos y, una vez dentro, tomé el cuello de lo que alguna vez había sido mi hija y sumergí su cabeza en el agua. Pataleó y luchó con todas sus fuerzas para escapar. Y mientras su cuerpo se retorcía, el sentimiento paternal que adquirí desde su nacimiento intentó persuadirme de soltarla y permitirle vivir; sin embargo, la razón me dictó apresurar su muerte, pues esa mujer ya no era mi hija. Ella era Demetria.

La morfología del miedo

Para mi amigo Gualberto R. R.

Mi tío me llamó por teléfono una tarde, como a eso de las cinco o seis, para avisar que mi hermano había muerto. Dijo que lo habían matado en el pueblo. No le pregunté detalles porque, de inmediato, abandoné mi escritorio para regresar al lugar donde nací.

En ese entonces trabajaba en una ciudad lejana y mi pueblo natal quedaba a unas seis horas en autobús. Cuando colgué el teléfono, solicité a mi patrón un permiso para ausentarme por unas cuantas semanas. No tuve ánimo de explicarle el motivo, sólo quería que me dejara salir temprano para llegar a mi pueblo al día siguiente. Esa tarde, además de la noticia, mis emociones estaban alteradas, y cuando me negó el permiso y me ordenó regresar a trabajar en el escritorio, le di un golpe en la cara. Siempre había querido hacerlo.

Nunca tuve el valor de enfrentarme a los abusos de mi jefe. Él era un tipo obeso y amargado que solía disponer de mis horarios a su antojo. Siempre he sido una persona callada y que soporta arbitrariedades, no por disciplina, sino porque trato de evitar confrontaciones. Desde pequeño fui un niño asustadizo y nunca aprendí a enfrentar los problemas con valentía. Pero ese día, en el que me enteré de la muerte de mi hermano, por primera vez me decidí. Renuncié a mi trabajo después de haberme liado a bofetadas con mi patrón. Carraspeé y escupí una bocanada de sangre contra su escritorio. El malnacido me había roto la nariz de un puñetazo, pero a pesar de eso, había valido la pena.

La verdad es que nunca me gustó trabajar en ese lugar. Había desperdiciado cinco años de mi vida en ese empleo. Todos los días iba de mal humor, cansado y con un fastidio por la atmósfera y la forma de ser de los individuos que laboraban allí. Era un ambiente urbano, en la periferia de una ciudad asquerosa, poblado de delincuentes y porquería. Me sentí libre una vez que salí de ese edificio. Dejaba atrás aquella cloaca socialista en donde nunca pude hablar lo que verdaderamente pensaba.

Tomé el autobús en la madrugada. Cuando desperté, había llegado al pueblo. Eran algo así como las once de la mañana o el mediodía. Mi tío me esperaba sentado en una banca de la estación de autobuses. Estaba dormido cuando lo vi. Al despertar dijo que había ocupado la noche entera en llegar a recogerme. Explicó que vivía en una cabaña, construida con sus propias manos, en el interior del bosque, y fue por eso que tardó tanto tiempo en llegar al centro del pueblo.

Las casas situadas en las colinas tenían un aspecto desgastado, como si estuvieran deshabitadas desde hacía décadas. Sólo vi a unas cuantas personas caminar por las banquetas y a un par de niños sentados en los jardines del parque. En un principio me pareció que mis paisanos preferían pasar el día encerrados en sus viviendas, pero poco después me llegó la idea de que posiblemente el pueblo estaba vacío y que justo esas pocas personas, mi tío y yo, éramos los únicos en el lugar.

Mi tío estacionó su camioneta en una esquina cercana al Ayuntamiento. Desde ese lugar pude ver la espesura del bosque y las montañas cubiertas de nieve. Era un paisaje de una belleza tremenda. La nevada había caído días antes de mi regreso. Y, ciertamente, la temperatura estaba bastante baja, incluso en el centro del poblado. Recuerdo que esa mañana, al subir a la camioneta, descendía una ligera lluvia de invierno y las ráfagas de viento producían un chiflido al filtrarse entre los viejos tejados de las casas.

Había llegado en la temporada más fría del año y, gracias a la altitud del lugar, la temperatura se encontraba a unos cuantos

grados bajo cero. Recuerdo que el agua de la llovizna que golpeó el parabrisas de la camioneta pronto se convirtió en escarcha.

Mi tío me condujo hacia un restaurante cercano para desayunar algo caliente. Era el mismo sitio donde mi padre solía llevarme a almorzar. Esperaba encontrar el lugar vacío, pero nos topamos con la misma mujer que atendía el lugar cuando yo era niño. Nos sentamos en un gabinete y mi tío me preguntó acerca de los años que estuve lejos del pueblo. Durante esos minutos procuramos intencionalmente evitar en la conversación el tema de mi hermano y lo que le había ocurrido. Cuando pedí la cuenta, mi tío se levantó para ir al sanitario. La mujer llegó al gabinete con una bandeja para recoger la mesa y me preguntó si yo era aquel niño que solía ir en compañía de «don Francisco». Aquella mesera me reconoció fácilmente. «Te recuerdo. Eras ese niño que lloraba por todo». Cuando le dije que sí, comenzó por darme las condolencias por la muerte de mi hermano mayor. Entonces aproveché la ausencia de mi tío para preguntarle qué había sucedido. Ella pensó que yo ya conocía la noticia de lo que pasaba en el pueblo, pero cuando le dije que no, se santiguó y extrajo de su pecho una cadena de plata de la que colgaba un pequeño crucifijo. Lo estrujó en su mano y se persignó varias veces. Ella y yo éramos las únicas personas en el restaurante, pero aun así, giró la cabeza a uno y otro lado, para asegurarse de que nadie escuchara. «A tu hermano lo mató el Sicárrido...», pero cuando estaba por preguntarle a qué se refería, mi tío regresó a la mesa y tuve que salir con él del restaurante.

Condujo hacia el rancho donde me crié con mis padres. Allí se celebró la misa de cuerpo presente de mi hermano mayor. El ataúd se hallaba colocado en la mitad de la sala. En el lugar estaban algunos vecinos, mi prima y los amigos de mi difunto hermano. El capellán había terminado de realizar la ceremonia cuando llegamos.

El ataúd se encontraba abierto y pude ver el cuerpo. Parecía como si le hubiera explotado una bomba encima. Faltaban algunas de sus extremidades, así como su rostro, sus ojos y sus

entrañas. Ni siquiera estaba seguro de que ese cadáver hubiera pertenecido a mi hermano porque, sencillamente, era imposible reconocerlo. El blanco de los huesos se podía ver a simple vista. De pronto sentí ganas de vomitar y tuve que entrar a la cocina a tomar un vaso de agua. Mi prima me sirvió una taza de café y me la hizo tomar sentado en un banco del comedor. Ella seguía justo como la recordaba; después de tantos años no había cambiado.

Me valí de la soledad del comedor para preguntarle sobre lo que le había ocurrido a mi hermano. Entonces, ella contó que mi hermano fue de caza rumbo a la montaña con un grupo de amigos y desapareció. Mi tío y varias personas del pueblo lo buscaron por tres días hasta que encontraron sus restos en lo más oscuro del bosque. Cuando le insinué que los hombres con los que fue a cazar pudieron tener algo que ver con su muerte, ella contestó rápidamente que no. «Fue el Sicárrido», aseguró.

Al salir del comedor, le dije a mi tío que cerrara la tapa del ataúd y la sellara con clavos, pues tenía la sensación de que los asistentes al funeral estaban ahí por el morbo que provocaba el cuerpo despedazado de nuestro familiar. De pronto, por detrás, el capellán me tocó el hombro y dijo que mi hermano había muerto como todo un valiente. Un grupo de tres hombres barbados y con chaquetas de piel enfatizaron las palabras del cura al decir que mi hermano fue a la montaña a cazar al Sicárrido y este ser lo había devorado. Mi tío no les dio la razón. Según él, la criatura que atacó a mi hermano fue un oso y todas esas historias sobre el Sicárrido eran puras tonterías.

Uno de los asistentes en el funeral contó que todas las noches en su rancho escuchaba el sonido del animal. Según este hombre, el Sicárrido emitía un sonido estridente, como el de las cigarras, de ahí el nombre con el que se le conocía en el pueblo. Pero además de eso, el hombre indicó que aquel ser estaba relacionado con la entrada del invierno, pues se aparecía en los bosques que rodean las montañas cada vez que caían las nevadas. Otros individuos relataron que esa bestia ya había

atacado antes a personas del pueblo y a algunos animales de las granjas y los ranchos cercanos al bosque.

Yo intenté fingir escepticismo, pues no quería parecer un cobarde frente a ellos. Lo cierto es que un pavor indescriptible se apoderó de mí, porque sabía muy bien de aquello de lo que narraban. Sin embargo, esa experiencia que viví hace tanto tiempo volvió a mi memoria de repente. La había olvidado, quizá porque mi mente trató de protegerme de ese recuerdo durante años. Pero precisamente regresó en uno de los inviernos más fríos del pueblo.

Mi memoria es muy volátil y la verdad es que recuerdo muy poco de cómo ocurrió. Sólo sé que tenía unos seis o siete años; no lo sé. Era, en palabras sencillas, un niño pequeño. Mis padres aún estaban con vida. Mi hermana y yo jugábamos en el potrero. Recuerdo que nos gustaba golpearnos con las boñigas de los caballos mientras imaginábamos que eran proyectiles. Sin embargo, fue en ese invierno que la nieve llegó a cubrir la pradera y los terrenos de nuestra propiedad. Mis padres bajaron al pueblo y mi hermano mayor se quedó con nosotros en el rancho a limpiar la nieve del tejado de la casa.

Mi hermana y yo corrimos al potrero y comenzamos a jugar con la nieve que apareció esa mañana. A un costado del potrero se encontraban los primeros árboles del bosque. A mi hermana y a mí nos daba miedo acercarnos a esos árboles porque solían ser una vegetación, tan elevada y espesa, que la luz del sol no penetraba en su interior. Aunque parezca exagerado, puedo jurar que es verídico porque cuando una persona se adentraba en el bosque del pueblo, tenía que utilizar una linterna para no perderse en la oscuridad. En su mayoría eran árboles de abedul, los cuales siempre guardaban lechuzas y tecolotes entre sus ramas.

Aquella mañana la nieve había cubierto la frondosidad del bosque. Mi hermano mayor empujaba la escarcha del tejado con una pala, mientras Leonor y yo jugábamos en el potrero; sin embargo nos adentramos más y más en el bosque sin darnos cuenta. Cuando dejé de reír, mi hermana ya no se encontraba

conmigo. Me detuve un momento para gritar su nombre, pero no respondió. Entonces escuché una estridulación, como la de un grillo, pero más fuerte y profunda. Pude percibir ese sonido en todas direcciones, por lo que empecé a correr hacia la casa. Cuando estaba a punto de llegar al potrero, me detuve. Quise regresar por Leonor; había desaparecido. Entonces, me interné nuevamente en el lugar. Caminé unos metros y, de pronto, sentí que algo me había golpeado la espalda. Creí que Leonor había aparecido y me arrojaba bolas de nieve. Pero no había nada detrás de mí. Di unos pasos más y volví a ser golpeado con un poco de nieve. No obstante, estaba solo. Pensé que Leonor se encontraba oculta detrás de algún árbol; pero estaba equivocado. Cuando comencé a desesperarme, otra vez sentí un golpe de nieve en mi espalda. Esta vez descubrí que la nieve caía desde las ramas de los árboles.

Cuando levanté la vista, lo vi. Se encontraba abrazado a las ramas más elevadas de un pino y sus ligeros movimientos hacían caer la nieve que envolvía las copas de los árboles. Aquella bestia seguía mis pasos y su estridulación hacía eco en lo profundo del bosque. La verdad es que no presté atención a otra cosa más que a su rostro, sobre todo a su mirada. Recuerdo muy bien que sus ojos eran como los de la lechuza. Aquella mirada me dejó petrificado; sin embargo, no era una mirada que me resultara maligna, aunque sí peligrosa. De hecho, me observó fijamente, sin parpadear. Sus ojos eran muy grandes y de un negro intenso. La sensación que experimenté al ser atrapado por su vista fue como si hubiera sido hipnotizado, pero lo más desconcertante fue que esa mirada estaba acompañada de una extraña sonrisa. No sé cómo describirlo, mucho menos explicarlo, pero aquello podía sonreír. Supongo que eso fue lo que me provocó terror. Cuando logré reaccionar, corrí en dirección a la casa. Y mientras lo hacía desesperadamente, le grité a mi hermano mayor que me auxiliara. Él corrió hacia los árboles y me levantó de la nieve. Pude escapar de aquella bestia, pero a partir de ese día jamás volvimos a ver a Leonor.

Mis manos se encontraban temblorosas y eso provocó que el café que contenía mi taza se derramara en el piso. Mi tío y los demás lo notaron, pero no se atrevieron a insinuar que tenía miedo. Para curarme en salud, les dije que gracias a vivir durante tantos años en la ciudad, ya no estaba acostumbrado al clima helado de Lofretán y por ello no podía controlar mis temblores y el castañetear de mis dientes.

Mi prima me trajo una cobija y me sirvió más café.

El capellán y los demás individuos allí reunidos asumieron que yo desconocía sobre la existencia de ese animal al que nombraron Sicárrido, por lo que comenzaron a contarme lo que habían descubierto o sospechado sobre la bestia. Sabían, en un principio, que era un plantígrado, pues algunos cazadores de la zona habían encontrado huellas de cinco dedos con las uñas marcadas en la nieve. Era una serie de pisadas que medían veintidós centímetros por quince. Esas huellas indicaban que las patas delanteras miraban hacia dentro y las traseras paralelas al sentido de la marcha; sin embargo, en otros sitios se había detectado que el animal dejaba huellas solamente de sus extremidades posteriores, lo que hizo pensar a mi tío que se trataba de un oso, pues a veces estos animales suelen andar en dos patas. En cualquier caso, la presión que dejaban las huellas en la nieve reveló que se trataba de una criatura de enorme tamaño y peso.

Mi tío me condujo hacia una de las habitaciones donde se hallaba un viejo ropero de roble, lo abrió y me entregó un rifle M1 Garand, junto con una caja llena de municiones. Él, por su parte, tomó otro rifle, cepos, un cuchillo, baterías y un pedernal. Una vez más cruzamos la sala y, con voz fuerte, dijo a la gente allí reunida que entre él y yo nos encargaríamos de cazar a lo que fuera que anduviera por el bosque. Les indicó, con palabras lacónicas, que demostraría a todo el pueblo que ese supuesto monstruo no era más que un oso, el cual había venido a parar aquí por puro azar. Prometió que lo cazaríamos y traeríamos su cadáver hasta la plaza para exhibirlo y probar que tenía razón.

Me sentí un poco apenado al advertir cómo las miradas de esas personas se dirigían hacia mí. Sin embargo, mi tío pareció estar orgulloso de que yo me ofreciera a seguirlo hasta el interior del bosque para ir en busca de aquello que mató a mi hermano. Incluso, los asistentes del funeral nos aplaudieron y felicitaron.

Sepultamos a mi hermano a la mañana siguiente. La carroza que condujo su ataúd se atascó por unos minutos en el fango formado por la llovizna. Tuvimos que empujar entre varios hombres para que la llanta saliera del lodo.

Poco antes de abandonar el cementerio, mi prima caminó hacia mí para decir que tuviera mucho cuidado y lo decía porque según ella tenía un muy mal presentimiento. Mi tío, es decir, su padre, era ya un hombre viejo y con problemas del corazón. Explicó que esa mañana había despertado con una mala sensación sobre lo que pudiera ocurrir en los pies de la montaña. «Cuida bien del viejo –me pidió–. Ya es algo imprudente y no escucha claro». Yo le prometí protegerlo de cualquier peligro y ella pareció tranquilizarse. Entonces, se despidió de mí con un beso en la mejilla y me vio subir a la camioneta en compañía de mi tío.

Era un hombre de setenta años, acabado por el trabajo en el campo, la insatisfacción y el fastidio. Uno tenía que hablarle a la cara y casi a gritos para que te escuchara con claridad. Tenía costumbres desagradables, pues a veces se rascaba la nariz, eructaba y tosía; no obstante, lo amaba. Lo consideré mi padre desde que mi hermano y yo quedamos huérfanos. Nos amó y nosotros a él. A mi prima la consideré mi hermana, quizá porque quise sustituirla con ella. Él nunca hizo diferencias entre ella y nosotros. Fue un hombre que se ganó mi amor y admiración.

Esa mañana lo vi en detalle después de tantos años de estar lejos de él. Sus manos callosas y gruesas sostenían el volante con rigidez, como si me dijeran que estaba asustado. Pero en ese momento no quería saber si estaba preocupado por algo. Su seguridad era lo único que me mantenía tranquilo; finalmente, me sentía poco menos que un cero a la izquierda. En otras palabras, era consciente de mi inutilidad y cobardía y quizá era más

un estorbo que una ayuda para él. Sin embargo, pensaba que en caso de que mi tío estuviera secretamente asustado por aquello desconocido, yo debía asumir su papel paternalista.

Nos dirigíamos a aquella cabaña construida en el bosque. Se encontraba a varios kilómetros del pueblo, cuesta arriba. El camino estrecho y serpenteante, trazado por un inexplicable orden espontáneo en los peñascos que te subían a la montaña, estaba cubierto por troncos, rocas y fango arrastrados por los vendavales y la tormenta. Luego de librar esos obstáculos del camino, subimos un poco más y una densa niebla invernal apareció de repente. Mi tío encendió las luces del vehículo, pero aun así era imposible ver lo que estaba a más de un metro de distancia. Y mientras conducía rumbo a la cabaña, me preguntó si todo estaba bien en mi vida. El viejo quería saber si yo era feliz. Le dije que sí, pero con desfachatez y vergüenza. Sabía que ese trayecto iba a ser largo porque mi tío se había propuesto conversar conmigo sobre la vida. Lo cierto es que nunca me ha gustado hablar de mí o de lo que pasa en mi existencia, así que traté de cambiarle el tema y le pregunté sobre el Sicárrido. Entonces el viejo me contestó: «Pa' serte bien sincero, hijo, creo que es un oso». Lo cual era ridículo, pues los osos no se dan por estos lugares. A pesar de lo evidente, le di la razón.

Me encontraba asustado, por no decir que estaba muerto de miedo, aterrado, con el pavor en la sangre. Cada vez nos hallábamos más y más en el interior del bosque. La niebla era espesa y la oscuridad producida por la densidad de la vegetación hacía más difícil avanzar. Mi tío dijo que la gente del pueblo era muy dada a creer en fantasías. Le respondí que pensaba lo mismo; hasta traté de sonar espontáneo al referirme a todos esos pueblerinos como una banda de ignorantes y supersticiosos que se creían cualquier cuento. El viejo me aconsejó que, a pesar de que aquello que merodeaba en el bosque podía tratarse de un oso, tuviera mucho cuidado, y no me confiara. Cuando lo mencionó, sentí un líquido helado recorrer mis venas porque sabía que aquello no era un oso. Sumado a esto, siempre tuve miedo del bosque.

Desde niño, el bosque simbolizó para mí la desaparición de mi hermana menor. Había en mis entrañas una asociación horrorosa entre el bosque, mi hermana y aquella criatura.

Era por eso que me había ido a vivir a la ciudad, para alejarme de los árboles. Pero quería y debía aparentar valentía frente al viejo. Pues, para ser honesto, entre mi hermano mayor, ahora difunto, y yo, existió una rivalidad enfermiza, dado que ni siquiera puede llamarse competencia. Recuerdo muy bien que siempre me culpó por la desaparición de nuestra hermana. Muchas veces intenté justificarlo, en virtud de nuestros lazos de sangre, pensando que tenía razón. Pero a lo largo del tiempo tuve la corazonada de que él había envenenado la mente de nuestros padres para ponerlos en mi contra. Cada que tenía la oportunidad me llamaba cobarde frente a ellos, me humillaba en público y culpaba a mi cobardía por la desaparición de Leonor. Le guardé un odio profundo por ello. Mis padres y aquella gente cercana a mí, especialmente nuestro tío, nos habían clasificado de manera muy cuadrada, pues a él lo catalogaron como a un joven intrépido, mientras que a mí me consideraban un muchacho malcriado y miedoso. Todo ello me resultaba bastante injusto. Y aunque nunca lo he confesado, su muerte repentina me generó una ligera satisfacción.

Y mientras avanzábamos a través de la niebla y la llovizna, mi tío mencionó que estaba feliz por tenerme de vuelta. Dijo que algún día le gustaría visitar mi vivienda en la ciudad y verme casado y con hijos. Antes de continuar con esta conversación, la camioneta donde íbamos se patinó a causa de la nieve en el camino. Mi tío no logró controlar el vehículo y nos derrapamos en el acantilado. La camioneta giró, tal vez unas cinco o seis veces cuesta abajo, hasta que se detuvo al chocar contra un árbol, ubicado poco antes del precipicio. En uno de esos giros, me golpeé la cara contra la ventanilla y mi nariz se aplastó. Tardé unos minutos en recuperar el sentido antes de darme cuenta de que algo merodeaba en la oscuridad de la vegetación. Por un instante quise pensar que mis ojos me mostraban imágenes

inexistentes. Quise creer que, por haberme golpeado la cabeza, mi mente jugaba conmigo. Pero nuevamente vi que algo comenzaba a acechar entre la espesura del bosque, cerca de donde mi tío y yo nos encontrábamos.

Al viejo se le había clavado un pedazo de rama en la pierna izquierda. La enorme astilla penetró la portezuela junto con la pierna de mi tío. Pero a pesar de la gravedad de la herida, sangraba muy poco. Al parecer, el pedazo de madera atravesado en su pierna funcionaba como un tapón.

Logré salir de la camioneta y me incorporé para auxiliar al viejo. Debía hacerlo rápido. Estaba seguro de que algo nos vigilaba desde las alturas de los árboles. Intenté no caer en pánico y me dispuse a reanimar a mi tío; se encontraba inconsciente y su pierna estaba unida a la camioneta a través del pedazo de rama que tenía clavado. Cuando recuperó la conciencia le dije que iba a sacarlo de allí, pero para eso debía quitarle el trozo de madera incrustado en su pierna. Al extraer la rama, la sangre salió de la herida de forma incontrolable. El viejo se quitó el cinturón y lo utilizó a manera de torniquete. Pero aun así, la herida era una rosa completamente florecida, cuyos pétalos de carne viva parecían crecer más a cada segundo. Entonces hice tiras mi camisa y cubrí la lesión lo mejor que pude. Saqué al viejo del interior del vehículo y lo senté en la orilla del sendero. Él, pese a su lesión, mantuvo la calma y no manifestó preocupación, o al menos no reflejaba eso en mí. Dijo que nos encontrábamos a escasos metros de la cabaña donde vivía y era mejor dirigirnos hacia allá.

Cargué al viejo hasta el lugar. Era una rústica cabaña, ubicada al pie de la montaña. La intención original había sido pasar allí la noche, para que al amanecer saliéramos a cazar a esa bestia que acechaba en el bosque. Pero todo había cambiado. Tuvimos que refugiarnos en esa casa campestre contra la nevada y aquello que nos perseguía.

La pierna de mi tío comenzaba a hincharse, aunque el sangrado se había detenido. Sin embargo, me dijo que no soportaba el dolor. Cuando revisé la lesión, la carne abierta tenía una colora-

ción escarlata y parecía palpitar en sincronía con los latidos de su corazón. Por otro lado, en el interior de la cabaña mi tío contaba con una pequeña cocina de leña, un catre, chimenea y un sótano donde resguardaba comida. Fuera de la cabaña había construido una letrina con láminas y vigas.

No teníamos noción del tiempo, pero a juzgar por la posición del sol, debían ser las dos de la tarde. Cerca del catre había un garrafón de agua con la cual limpié la herida del viejo. Él no se quejaba, pero su rostro estaba pálido y sus manos débiles y temblorosas. Sabía que el dolor le era insoportable. Para variar comenzó a nevar y la temperatura descendió drásticamente. El cuerpo del viejo titiritaba y me aconsejó que encendiera la chimenea para calentar el interior de la cabaña. A un costado de la construcción se hallaba un montón de leña partida y sólo tenía que recogerla. Coloqué al viejo en el catre y salí de la cabaña. Y mientras recogía la leña, escuché una fuerte estridulación desde el interior de los árboles. Reconocí de inmediato la naturaleza de ese sonido. Entonces corrí a refugiarme dentro de la cabaña. Arrojé la carga de leña al suelo y aseguré la puerta con el pestillo, aunque sabía que eso no iba a ser suficiente, por lo que busqué un pedazo grande de madera que me sirviera de tranca; al encontrar una viga adecuada, la atravesé en la puerta.

La estridulación del exterior penetró en el interior de la casa campestre. El terror se apoderó de mí y comencé a trepidar. El viejo advirtió mi preocupación y se incorporó del catre. Cuando preguntó qué ocurría, le dije que algo nos había seguido hasta la cabaña; pero al momento de mencionar que eso que estaba afuera quería entrar a la casa, mi voz se quebró y empecé a llorar. Él trató de consolarme, pero apenas si podía hablar. Entonces me calmé. Encendí la chimenea con la leña que logré recoger y me calenté en el fuego. El viejo se quedó dormido poco después.

El anochecer estaba próximo. El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte y el sonido de los animales nocturnos se escuchaba desde todas direcciones. Mientras el viejo dormía, revisé su herida. Sangraba poco, pero seguía abierta y palpitante. Lo

cubrí con un gabán y arrojé más leña a la chimenea para que la temperatura interna no disminuyera. La tormenta de nieve había cubierto con un grueso manto blanco la montaña y el bosque; asimismo, la ventisca intentaba arrancar el techado de la casa donde nos refugiábamos. Pronto las tinieblas envolvieron el paisaje.

Fue una noche completamente negra, pues el cielo estaba nublado y la altura y frondosidad del bosque ocultaban la cabaña. Al aproximarme a la ventana para cerrar las cortinas, volví a escuchar la estridulación de un inicio. Pronto, tomé una linterna colocada en un taburete y alumbré hacia los árboles más próximos. Entonces observé el destello de un par de ojos ubicados en las más altas espesuras del bosque. Poseído por el miedo, corrí hacia el sótano de la cabaña y encontré herramientas y vigas de madera. Para nuestra desgracia, a causa del accidente en el camino que sufrimos el viejo y yo, olvidamos las armas en la camioneta. Me sentí por completo vulnerable, cansado e indefenso. Encima de eso, nos hallábamos alejados de todo. Nunca había experimentado tanto terror e impotencia. Comencé a tapiar las ventanas y la puerta con los pedazos de viga. Sabía muy bien que aquello iba a tratar de ingresar a la casa.

El viejo despertó a mitad de la noche. Descubrí que tenía fiebre cuando le toqué la frente. Sus temblores me hicieron pensar que tal vez la herida estaba infectada. Miró a su alrededor, como si hubiera olvidado que se encontraba al pie de la montaña, con una pierna perforada y en compañía de un cobarde. Sus ojos giraban de un lado a otro y cuando se posaron sobre mí, sentí que solicitaba mi cercanía. «¿Qué ha pasado, hijo?», me preguntó, con una voz cansada y lenta. Apenas pude entender qué decía. Indicó sentirse fatigado. No era para menos. Había perdido mucha sangre. No logró incorporarse del catre por sí mismo; me explicó que se sentía mareado y con el cuerpo adolorido. Volví a limpiar su herida, la cual había obtenido una coloración más oscura. El viejo se quedó dormido poco después. No obstante, yo no pude hacer lo mismo. El terror no me permitió dormir,

ni siquiera reposar. Me sentía acechado por aquel par de ojos centelleantes del exterior. Di vueltas una y otra vez en ese pequeño espacio interno. A veces, vigilaba los árboles cercanos a la cabaña a través de los huecos que permitían las vigas con las que había tapiado las ventanas.

Me mantuve alerta en todo momento, al mismo tiempo que estaba a la mira del exterior. Antes del amanecer pude ver que algo merodeaba en la oscuridad. Se había ocultado en lo profundo del follaje. Cuando apunté la luz de la linterna en dirección a aquella figura, sólo alcancé a percibir una maligna efigie con pelaje pardo. A causa de la intensidad de las tinieblas no pude advertir con claridad qué era eso; pero de lo que estoy absolutamente seguro, es que acechó la cabaña durante toda la noche. En ese instante, me propuse resguardarme dentro de esa rústica construcción a cualquier costo. Y aunque tenía una ligera esperanza de que la criatura tuviese costumbres nocturnas, mis entrañas me decían que no saliera ni siquiera cuando el sol iluminara la pradera. Pero pocos minutos después de que el alba alumbrara el terreno donde estábamos ubicados, escuché que algo colisionó en el techado de la cabaña. Su peso hizo crujir con violencia la madera del techo a dos aguas. Luego galopó hacia la cornisa y comenzó a rascar en la madera. Se mantuvo así, yendo de un lado a otro del techado, por unos veinte minutos. Buscaba un hueco o una grieta por donde colarse a la casa. Sabía que estábamos dentro. Procuré permanecer en el más completo silencio, lo cual fue sencillo, ya que el miedo me había petrificado.

El viejo despertó nuevamente. Apenas pudo abrir los párpados. Retorcerse y sufrir habían llegado a ser para él como una segunda naturaleza.

Aunque compartíamos el mismo espacio, el viejo estaba desamparado porque no había manera de que yo pudiera hacer algo para aliviar su dolor. Su agonía me parece, aún hoy, a tantos años de haber ocurrido este suceso que estoy narrando, una de las situaciones más angustiantes que he vivido. Al acordarme del viejo ahora, soy presa de una desesperación diabólica. En ese

momento, pese a sus dolores, se aferraba a la vida con una rabia asombrosa.

Me ordenó abandonar la cabaña, encaminarme solo al pueblo y solicitar ayuda. Dijo que sus extremidades estaban entumecidas y no podría resistir mucho más tiempo. Pero me negué. Le expliqué que algo allí afuera había intentado destrozar el techado de la cabaña. Sin embargo, el viejo explicó que durante esas horas algunos animales, como los linces o los tejones, suben al techado a cazar aves o roedores y por eso se escuchaban raspaduras en la madera. «¡He visto los ojos del Sicárrido en la madrugada! ¡Los vi centellear cuando les eché la luz de la linterna!», vociferé. Y, nuevamente, el viejo racionalizó la situación al decir que con probabilidad eran los ojos de una lechuza o un búho los que había visto. Pero sus razones no fueron suficientes para convencerme de salir de esa cabaña. Sabía, y aún lo sostengo, que lo que vi no era un animal común.

Me pidió que me controlara. Casi lo suplicó. Necesitaba que fuera al pueblo lo más rápido posible para enviarle socorro. Insinuó que me había dejado llevar por esas ridículas historias del Sicárrido; pues, según él, no eran más que un puñado de mentiras. También quiso acusarme de ser un cobarde por no ir en ese momento por ayuda. Pero ni sus burlas ni explicaciones fueron suficientes para hacerme salir. Nada iba a obligarme a cruzar esa puerta.

Durante esa mañana y parte de la tarde, el viejo y yo comimos unas latas de atún, galletas y frutas secas que estaban almacenadas en el sótano de la cabaña. Para ambos, el frío sabor de esa comida enlatada nos supo de todo, excepto desagradable. Desde el accidente no habíamos probado un solo bocado de nada. Más tarde, ya un poco tranquilos, cuando tuvimos necesidad de orinar y defecar, me las arreglé para usar como bacinica una olla que encontré en la estufa de leña. El viejo se sintió avergonzado en solicitar mi ayuda para bajarle los pantalones, pero al final tuvo que aceptar que no podía hacerlo solo. No fue mi intención abrir la puerta o las ventanas para arrojar el orín y los excrementos fuera de la casa, por lo que cavé un agujero en el sótano y

enterré allí la porquería. Estaba dispuesto a atrincherarme en aquella construcción y sobrevivir a cualquier costo. Sin embargo, sabía muy a mi pesar, que me encontraba en una situación semejante a la de una ciudad sitiada por un ejército enemigo. Aquella criatura de afuera esperaba que yo cediera al hambre, la sed o la desesperación, y abandonara la seguridad de esa rústica construcción que me protegía y resguardaba. Un sexto sentido me gritaba desde los recovecos de mi alma que aquella bestia estaba escondida en algún lugar oscuro del bosque, en espera de mi salida. Sabía que se encontraba allí, al acecho.

Pronto anocheció. El viejo se cansó de suplicar que saliera de la cabaña y demandara ayuda en el pueblo. Le expliqué que alguien vería la camioneta derrapada a un costado del sendero y vendría pronto en nuestro auxilio. Ciertamente, tenía fe en que alguna persona se encontraría con la camioneta destrozada al borde del precipicio y sabría que nosotros estábamos en la cabaña. Esa era mi única esperanza. No obstante, el viejo estaba muy alterado. No quería esperar la ayuda; deseaba que yo fuera en busca de ella. Le manifesté mis dudas. Incluso le conté que había escuchado varias veces la estridulación de la criatura; pero el viejo explicó que el sonido de los grillos y demás insectos, en su conjunto, escondidos en cada roca, arbusto y árbol, producía esa ilusión auditiva que yo asocié con el sonido del Sicárrido. «Te convertiste en un torpe y miedoso citadino que no sabe reconocer los sonidos de los animales del campo», fueron sus palabras.

Los murciélagos no cesaban de revolotear. Surcaban el cielo nocturno entre los enjambres de insectos que logré ver con la luz de mi linterna. El viejo se quedó dormido otra vez. Revisé su pierna y descubrí que la circunferencia de la herida había adquirido una coloración morada mientras el núcleo de la misma comenzaba a segregar, poco a poco, un maloliente líquido amarillento. Cuando traté de limpiarla, el viejo despertó con un aullido de dolor. Cualquier contacto con la herida, por mínimo que fuera, le provocaba terrible sufrimiento. Entonces lavé la

herida con el agua de la garrafa y ya no volví a manipularla. Poco después, el viejo volvió a conciliar el sueño.

Observé su postura y respiración. Tenía miedo de que fuera a morir. Lo amaba, a pesar de su necedad. Pero también estaba aterrado por salir de la cabaña y exponernos a ambos ante esa fiera. De una u otra forma, estábamos jodidos. Sólo nos quedaba esperar a que alguien descubriera la camioneta hecha trizas en la orilla del acantilado. Sin embargo, mi mayor temor consistía en que nadie se topara con la camioneta e ignorara nuestra presencia en el lugar.

El desasosiego y la preocupación me vencieron, por lo que busqué un rincón en el suelo y me acurruqué envuelto en un gabán. Algunas chinches se escabulleron en mi ropa y me picaron; pero no hice nada para evitarlo. Estaba exhausto. No había dormido la noche anterior, por lo que me fue sencillo descansar en aquel incómodo piso de madera. Pronto me quedé dormido y soñé que la bestia merodeaba en la oscuridad del sótano de la cabaña. En mi sueño, el animal estaba cubierto por un grueso pelaje pardo y reposaba sobre sus dos patas traseras. Esta fiera medía más de dos metros de largo, tenía un hocico chato, cuello corto, orejas alargadas y su espalda y hombros eran amplios y robustos. Soñé que despedazaba al viejo en el catre y, luego de terminar con él, se abalanzaba contra mí para devorarme. El brutal desenlace de esta pesadilla me forzó a despertar al amanecer del siguiente día.

Lo primero que hice fue revisar al viejo. Seguía dormido, pero su frente transpiraba y su semblante era el de un muerto. Volví a revisar su herida y no tuve más remedio que aceptar que estaba infectada. Debía salir de inmediato por ayuda. El viejo iba a morir por alguna complicación si no hacía algo para auxiliarlo. Sin embargo, si cruzaba la puerta corría el riesgo de que ese animal nos matara. Y mientras me desmenuzaba la cabeza con este dilema, de pronto ocurrió algo extraordinario. Escuché que alguien tocaba la puerta tapiada. Al principio creí que se trataba de la ventisca invernal que hacía sonar la madera de esa

forma; pero nuevamente escuché un suave golpeteo al otro lado. Me acerqué a la puerta e intenté ver al exterior a través de un pequeño orificio.

No vi a nadie en un inicio, pero el golpeteo en la puerta continuó. Se escuchó, como si de un eco se tratara, una dulce voz que me resultó extraña en un principio, pero que luego de oírla con atención, reconocí gradualmente. Era la voz de mi hermana menor, quien detrás de la puerta tapiada, me pedía entrar a la cabaña. «Abre la puerta, por favor. Hace mucho frío aquí afuera», clamaba.

No podía equivocarme. Era su voz, pero no era ella. Corrí a despertar al viejo. No sabía cómo explicarle que la fiera había usurpado la voz de mi hermana para obligarme a abrir la puerta. Y es que, en verdad, no tenía una explicación lógica para lo que pasaba en ese momento. Hasta la fecha me sigo preguntando qué ocurrió en realidad. Era la misma voz, pero provenía de algo desconocido. Pude sentirlo.

Le dije al viejo que tal vez esa bestia era tan milenaria, con un brío tan feroz y una inteligencia tan desarrollada, que podía mimetizar ciertas particularidades de la gente para engañar a sus presas. Cuando era niño había escuchado que algunas personas seguían las voces de sus hijos hasta el interior del bosque y jamás se les volvía a ver. Pero el viejo no me creyó. Asimismo, la voz detrás de la puerta repitió esta súplica un par de veces más hasta que se extinguió en la lejanía de la montaña. Fue como si se la hubiera llevado el gélido vendaval del bosque.

El viejo enfureció. «Eres un puto lunático –dijo al tiempo que se le atoraban las palabras por la fiebre–. El miedo y el encierro te hacen escuchar cosas, pero todo está en tu cabeza», terminó por explicar. De igual manera, vi en los ojos del anciano un miedo y una desconfianza hacia mí que jamás había percibido en él. Me miraba como a una amenaza y ya no como a su sobrino, como a alguien de su familia. De veras que yo lo amé como se ama a un padre, y él, antes de todo esto, me llegó a considerar un hijo. Pero durante ese encierro en las montañas nevadas, todo

cambió. Él supuso que yo era el peor de sus enemigos. Vuelvo a repetirlo, el viejo, a pesar de la grave lesión y sus años encima, trató de aferrarse a la vida con una rabia increíble. Y fue esa misma voluntad por sobrevivir lo que lo llevó a querer matarme durante la tercera noche en la cabaña.

Yo me había dormido de nuevo sobre el piso de madera, cerca de la chimenea. Las nevadas en la montaña llegaban una tras otra y el hielo había congelado hasta mis pensamientos. Justo en la madrugada, pocas horas antes del amanecer, escuché que el viejo se encaminó con la pierna coja hasta la puerta. Comenzó a desclavar las vigas y a quitar la tranca que nos resguardaba de aquel animal. Esa noche quería escapar, quizá de mí, quizá de la muerte por gangrena. Pero yo estaba tan temeroso por lo que pudiera ocurrir si el anciano abría la puerta que al instante se lo impedí. Le dije que si intentaba abrir la entrada, ambos moriríamos, pues esa fiera se encontraba al acecho de nosotros a todas horas. Pero el viejo no se alejó de la puerta.

Encendí una vela de parafina, la cual coloqué en el taburete y vi que el viejo sostenía un cuchillo de empuñadura de asta de ciervo en la mano. Cuando me le acerqué, se puso a la defensiva e intentó amenazarme con el cuchillo. Dijo que si quería podía pudrirme dentro de esa cabaña, pero que él intentaría salvar su vida. «No voy a seguir esperando a que alguien llegue a salvarnos», sentenció.

Pero iba no sólo a poner en riesgo su vida si salía de la cabaña, sino que también iba a poner en riesgo la mía. Entonces, no sin cierta paciencia, lo tomé del brazo y traté de llevarlo, una vez más, hasta el catre. Creí que sólo estaba irritado por el fastidio de estar encerrado durante tres días en lo más remoto del bosque; pero estaba equivocado. El viejo sacudió el brazo y me dio una bofetada, cuya fuerza me sorprendió.

Caí al suelo, mientras el viejo arrancaba las vigas mal clavadas de la puerta e intentaba abrirla. Fue ahí cuando me le arrojé encima. Le grité que íbamos a morir por su culpa, que era un anciano imprudente y torpe; sin embargo, él blandió la hoja del

cuchillo y me cortó la cara. Entonces forcejeé con él. Luché por arrebatarle el cuchillo de las manos; no quería lastimarlo, sólo deseaba quitarle el arma y pedirle que se calmara. Pero no cedió. Volvió a sacudir el cuchillo y me cortó, esta vez la palma de la mano izquierda. Entonces lo empujé y me lancé contra él con todas mis fuerzas. Reñimos en el piso de la cabaña unos minutos. Intenté arrancarle de las manos el cuchillo, sin éxito. Y como ya lo he dicho, el viejo se aferraba a la vida con una rabia extraordinaria. Tanta era su voluntad por sobrevivir que en un punto superó mis fuerzas, logró dominarme y, sin darme cuenta, yo estaba debajo de él, luchando boca arriba mientras el viejo trataba de apuñalarme.

Le supliqué que no me matara, que me perdonara la vida, pero no me escuchó. Supe que creía que confiar en mí era dejarse matar un poco. Me clavó la hoja del cuchillo en el antebrazo izquierdo; no obstante, cuando trató de sacarlo, el cuchillo se quedó atorado entre mis huesos. Entonces, metí mis dedos en la herida abierta de su pierna y aproveché su dolor para arrebatarle el cuchillo y clavárselo en el costado izquierdo.

Simplemente fue un acto reflejo. No pude evitarlo. El viejo colapsó dulcemente, como si todos los años que vivió en este mundo lo hundieran de repente. No dijo nada. Sólo murió. Su cadáver, a la luz de la vela, me hizo saber que el mundo nos abandona mucho antes de que nosotros lo abandonemos.

Coloqué su cadáver, rígido por la muerte y el frío invernal, sobre el catre. Tenía tanto miedo de que la sangre en el piso de madera llamara el apetito voraz de la bestia, que fregué las tablas con agua y esparadrapos hasta eliminar el último rastro de ella. Luego, arrojé al fuego de la chimenea los esparadrapos ensangrentados para que el animal no se sintiera tentado por entrar a la cabaña.

Durante toda mi vida nunca tuve el valor de aceptar el amplio margen de incertidumbre que posee la realidad. Siempre viví temeroso de aquello que me era desconocido. Fui de ese tipo de hombres que espera que la vida sea siempre igual, que

nada cambie. Pero el mundo es un hijo de puta. Te sorprende a cada segundo. Y digo esto porque, al salir el sol al siguiente día, escuché los ladridos de un par de perros. Cuando me asomé por el agujero de la ventana tapiada, vi a unos hombres, rescatistas de alta montaña, montados a caballo y guiados por unos perros malamute de Alaska. Habían olfateado nuestro rastro desde el lugar del accidente hasta la cabaña. Entonces abrí la puerta y corrí hacia ellos. Miré a todas direcciones; pero la fiera se había ido.

Una estimulación sintética del hipotálamo

What but a soul could have the wit
To build me up for sin so fit?
Andrew Marvell. *'A Dialogue between the Soul and the Body'*

Siempre guardé una enorme admiración por el ingenio del profesor Levy. Lo conocí durante mis estudios de doctorado en la Universidad de París y sirvió como sinodal en la defensa de mi tesis. Me gané su simpatía gracias al tema de mi investigación, el cual versó acerca de un estudio sobre los daños en los nervios periféricos que inervan a las glándulas sudoríparas.

El profesor Levy se caracterizó, en la Facultad de Medicina, por ser un docente estricto y complicado, pero muy agradable fuera de las aulas. Sin embargo, este informe no tiene la finalidad de describir mi relación con el profesor Franz Levy. Lo cierto es que sobre mí pesa la responsabilidad de las causas y efectos de lo que llevamos a cabo durante más de cinco años de trabajo. He aquí los resultados.

Cuando me especialicé en psiquiatría, me cautivó el estudio del hipotálamo y el docente más diestro en dicha parte del cerebro era el ya referido profesor Levy. Una vez que me doctoré en la Universidad de París, comencé a trabajar en su oficina. Pronto conocí a su esposa y a su hijo, puesto que, después de trabajar en su estudio –un pequeño laboratorio que le dispensaba la misma Facultad–, solía invitarme a merendar a su departamento. Fue cuando me comentó acerca del padecimiento de su hijo, el cual sufría de insensibilidad congénita al dolor con anhidrosis. El niño solía experimentar osteomielitis, fracturas, infecciones bu-

cales, lesiones y quemaduras; todo ello debido a su incapacidad de detección del dolor. Fue por este motivo que el profesor comenzó a obsesionarse con el estudio del hipotálamo, pues tenía la certeza de que los padecimientos de su hijo tendrían solución a través de la estimulación sensorial de esta región del cerebro.

Los estudios en neurología han demostrado que el hipotálamo regula las funciones sensitivas, como son el dolor y el placer, además de regular la ingesta de alimentos y líquidos, la sudoración, el ritmo cardiaco, el comportamiento sexual, entre otras funciones vitales. Es por ello que colaboré en los estudios pormenorizados de esta región cerebral durante más de cinco años con Levy.

Todo fue complicado desde un principio, ya que la Universidad de París se negó a financiar nuestra investigación. Por otro lado, tuve problemas graves con las autoridades migratorias de Francia puesto que mi visado había expirado y estuve muy cerca de ser deportado a México. No obstante, Levy obtuvo un generoso apoyo económico por parte de una institución independiente de neurología, por lo que pudimos llevar a cabo las experimentaciones.

Levy desarrolló una cápsula de privación sensorial, compuesta de un espectrómetro acoplado en forma de tanque de aislamiento, con el objetivo de estimular al hipotálamo por medio de la emisión de energía para evitar su manipulación a través de una cirugía rudimentaria a la vieja usanza. Sin embargo, los problemas surgieron una vez más en el momento en que decidimos utilizar como objeto de prueba a un viejo orangután, gracias a las cualidades craneales de este animal y su semejanza con el cerebro humano. Desafortunadamente, algunos estudiantes de biología se enteraron de nuestra tentativa de usar al simio como objeto de prueba, por lo que realizaron violentas protestas en contra de la experimentación con animales. A causa de la presión de los estudiantes y los medios, decidimos renunciar al orangután y pensar en otra alternativa.

Durante un par de meses Levy y yo dejamos de tener comunicación; hasta que una tarde me llamó por teléfono para

anunciar la adquisición de un nuevo objeto de prueba. Al llegar a su estudio, Levy me mostró un enorme pulpo que flotaba dentro de la cápsula que él había diseñado. Dijo que a pesar de que el cerebro del pulpo es muy diferente al cerebro humano en cuanto a estructura, este ejemplar serviría sólo para descubrir si la cápsula cumplía con su objetivo de manipular determinadas partes cerebrales a través de la emisión de energía sin la necesidad de intervenir quirúrgicamente. Había conseguido al molusco de contrabando, con un grupo de marineros croatas que navegaban en la Costa de Ópalo.

Al colocar los sensores en la epidermis del molusco, Levy llevó a cabo la emisión de energía dentro de la cápsula y monitoreó ambos lados del cerebro del animal a través de un canal eléctrico. De esa manera, midió el registro del cerebro del pulpo en un programa de computadora, el cual recibió la información a través de cuatro canales; dos de ellos destinados a registrar, como cualquier electroencefalograma, la actividad de los electrodos; los otros dos canales tenían la función de manipular la carga de energía en el cerebro del animal. Experimentamos con el pulpo durante tres semanas. Estudiamos su comportamiento al suministrar mayor o menor carga eléctrica en su corteza cerebral. La máquina tenía la facultad de estimular sensaciones de placer, sosiego, fatiga, hambre o euforia a través de la emisión de fotones, previamente programados, que viajaban en el aparato y eran absorbidos por el cerebro del objeto de estudio, en este caso del pulpo.

En la última semana, Levy decidió poner a prueba una nueva función de la estimulación virtual. Programó la cápsula para simular en el cerebro del pulpo la sensación de dolor. Aquella máquina era un programador virtual de sensaciones que funcionaba a través de energía, por lo que nos mantuvimos tranquilos de cualquier tipo de imprevisto. Me encargué de calibrar la cápsula, mientras él programó la simulación en la computadora. Luego, al momento en que el molusco recibió la primera carga de energía, sus tentáculos comenzaron a sacudirse;

en efecto, aquella máquina funcionaba adecuadamente, pues el pulpo había experimentado dolor. La actividad cerebral registrada en la pantalla de la computadora indicaba un alto ritmo cardiaco y una alta presión sanguínea en la corteza. De pronto, el pulpo duplicó sus proporciones; su cuerpo se hinchó hasta adquirir un tamaño ridículamente exagerado. Levy me advirtió mantenerme alejado de los cristales de la cápsula. Segundos después, el pulpo estalló dentro de la máquina. Algo había resultado absolutamente mal. En los días posteriores, Levy se dedicó a investigar las causas del desperfecto. Después de todo, a pesar de ser uno de los hombres más brillantes en su materia, incurrió en un margen de error en el diseño, por lo que la máquina de simulación de sensaciones no era confiable en ese momento.

Los fondos monetarios para financiar el experimento se agotaron. Además, ya no contábamos con un reemplazo del objeto de prueba. Incluso, llegué a pensar que todo había sido un rotundo fracaso y el desarrollo del proyecto estaba por tocar a su fin. Aunado a ello, siempre fui muy escéptico e inseguro con respecto a los resultados de la investigación. Y precisamente por la cercanía del fracaso, una noche Levy me obligó a utilizarlo como objeto de prueba dentro de la cápsula. El argumento con el que me convenció de exponerlo a un riesgo tan grande fue el futuro de su pequeño hijo. Por esa razón accedí a colocarlo dentro de la máquina y suministrarle a su cerebro pequeñas cargas de energía.

La primera carga fue de electrones programados para provocarle euforia. La energía se orientó directamente a su hipotálamo. Mientras su cerebro procesaba la energía, me mantuve al pendiente de sus signos vitales en todo momento. A los pocos segundos, el cuerpo de Levy manifestó las características de la euforia, pues su respiración se agitó, su ritmo cardiaco se aceleró y su velocidad sanguínea aumentó. «Siento una fuerte desorientación, Daniel –me comunicó dentro de la cápsula–. Por favor, programa una nueva carga de electrodos para estimular sosiego».

Al instante, programé en la computadora lo que me ordenó y a los pocos segundos me comunicó desde el parlante de la cápsula con una voz lenta y apagada: «Veo desde el interior de esta máquina el reflejo de las estrellas en el infinito». Al monitorear sus signos vitales advertí que su respiración se había estabilizado, su ritmo cardiaco disminuyó y su velocidad sanguínea se ajustó a los latidos del corazón.

Dentro de la cápsula de estimulación sensorial, Levy contaba con una máscara que le permitía experimentar, de forma más efectiva, las simulaciones corporales provocadas por las cargas de electrodos programados. Luego de un par de horas de relajación, me indicó programar una nueva carga de energía para provocarle un orgasmo. Al momento de ejecutar aquella orden, escuché del parlante fuertes gemidos de placer. Aquellos sonidos de goce no se detuvieron y, luego de unos minutos, Levy suplicó detener la carga de energía. Posteriormente, me pidió ayuda para salir del interior de la cápsula. Cuando tomó asiento en el sillón, su cuerpo se hallaba tembloroso y cubierto de sudor.

«Es el placer más grande que jamás había experimentado y que tal vez jamás experimentaré. Fue un placer brutal, un goce infinito. Dudo que exista droga que proporcione semejante estímulo corporal como el que acabo de sentir dentro de esta cápsula –poco después agregó–: El cuerpo humano no está diseñado para soportar semejante tipo de orgasmo que proporciona esta tecnología. Es un placer que te transporta a otro mundo. Si no hubieras detenido aquella carga de energía, seguramente me habría vuelto loco».

Cuando se tranquilizó, me explicó después lo que había experimentado antes de la estimulación sensorial de placer. Dijo que cuando la cápsula le indujo a sosegarse, tuvo la sensación de que su cuerpo se separaba de su mente. «Este programa de estimulación virtual es muy peligroso. Proporciona emociones y sensaciones de muy elevada intensidad. Si no calibramos adecuadamente esta máquina, corremos el riesgo de morir para la próxima ocasión».

Repetimos las experimentaciones con la cápsula en los días posteriores. Las modificaciones que realizamos consistieron en estimular solamente al hipotálamo; es decir, que los efectos provocados en esta región del cerebro, únicamente se tratarían de procesos cerebrales que no tendrían repercusiones en el resto del cuerpo del objeto de prueba. De esta manera, en el siguiente ensayo, Levy, al colocarse la máscara para ingresar al interior de la cápsula y ordenar una descarga de energía de fotones programados para simular placer en su mente, su cuerpo no experimentó respiración agitada, ni sudoración, ni ritmo cardiaco elevado, ni cualquiera de los síntomas que se manifestaron aquella primera vez. Sin embargo, al salir de la cápsula, dijo haber experimentado la misma sensación intensa que apreció en aquella última sesión.

Los resultados de las pruebas demostraron que la estimulación virtual del hipotálamo, generada a partir de la emisión de energía programada, tenía la increíble capacidad de inducir sensaciones de placer, dolor, hambre, sosiego o euforia, sin que el resto del cuerpo de Levy manifestara los efectos de aquellos estímulos. En otras palabras, nuestra investigación demostró que la cápsula tenía la facultad de generar cualquier tipo de actividad cerebral sin que el resto del cuerpo se viera afectado por dicha incitación.

Sin embargo, en una de las últimas pruebas, Levy ordenó calibrar la máquina para la emisión de una enorme descarga de energía programada para provocarle dolor. Al momento de ejecutar la orden, indicó desde el parlante aumentar el flujo. Después de unos minutos dejó de responder. Cuando me percaté de sus signos vitales, Levy había dejado de respirar. Su corazón se detuvo y la actividad cerebral en la pantalla de la computadora se había interrumpido. El profesor Franz Levy, técnicamente había muerto. De inmediato corté la corriente de energía programada y saqué el cuerpo de aquella cápsula. Para mi sorpresa, Levy seguía con vida y, por fortuna, no había sufrido daño alguno.

No pude estar más feliz; pero en ese momento no entendí por qué, en los monitores, él había muerto. «En efecto –me

respondió–, estuve muerto; al menos por unos minutos». Me explicó que la potencia de la descarga de fotones, programados para generar la simulación de dolor intenso en el hipotálamo, sobrepasó su capacidad y le provocó la muerte. Por fortuna, al cortar la corriente y al tratarse sólo de estimulaciones cerebrales sin repercusiones en el resto de los órganos del cuerpo, su muerte cerebral se revirtió. Pero lo más sorprendente no fue que Levy haya regresado de la muerte, sino que dijo haber visto algo mientras se encontraba en trance.

Durante los días posteriores, Levy llamó por teléfono para decirme que nuestra investigación podía ser el inicio de un proyecto capaz de superar cualquier tipo de paliativo destinado a pacientes desahuciados, e incluso convertirse en algo mucho más ambicioso. Esta nueva técnica de estimulación cerebral lograría cambiar la forma del entretenimiento masivo; serviría para revolucionar las formas de ocio en las que la sociedad exploraría lo más profundo de sus sentidos, a través de una realidad virtual generada a partir de su propia autoconsciencia. El ser humano sería capaz de experimentar distintos grados de sensaciones sin afectar su integridad física, social o mental. Incluso –y esto era un resultado inesperado de la misma investigación– el ser humano tendría la posibilidad de descubrir aquello que se encuentra después de la muerte. El misterio más grande de la historia de la humanidad obtendría una respuesta satisfactoria a través de esta cápsula de estimulación de sensaciones. Tal vez todo nuestro pasado evolutivo alcanzaría su devenir histórico a partir de nuestra invención. Esta nueva tecnología conseguiría demostrar toda una nueva fuerza de la naturaleza que rebasa el tiempo y el espacio, y descubriríamos otro universo, totalmente ajeno al nuestro.

En teoría, la cápsula permitiría viajar libre de riesgos hacia un estado posterior a la muerte, para después regresar a la vida con aquel conocimiento. La máquina funcionaría como un portal para explorar aquel mundo que separa la vida de la muerte. Las respuestas más esperadas por la humanidad tendrían lugar:

¿Qué hay después de la muerte? ¿Hacia dónde vamos al morir? ¿Existe el alma? ¿Qué es Dios? Sin embargo, necesitábamos repetir una vez más el experimento. Levy tenía que inducir su muerte otra vez. Nada garantizaba que volvería a la vida como en aquella última sesión.

Embriagado de soberbia y deseos de éxito, Levy programó la computadora para generar un flujo de energía destinado a provocarle la muerte de manera virtual; cuando penetró hasta su hipotálamo, murió una vez más. Sus indicaciones consistieron en cerrar el canal de energía después de un cuarto de hora para posteriormente regresarlo a la vida. Y así lo hice. Al momento de quitarle la máscara del rostro, la expresión que vi en él me perturbó. Apenas logró mascullar unas cuantas frases incoherentes para después desmayarse. Cuando recuperó la conciencia me dijo que había ingresado a una dimensión en la cual la materia no tenía lugar; solamente existía el pensamiento. «Ingresé a un plano extrasensorial en donde no existen el color ni el tiempo; la única manera de explicar aquella extensión es a través del pensamiento y la percepción de la mente. Lo que hay después de la muerte es sólo el mundo de las ideas, de las formas primigenias». Su estado de excitación me hizo pensar que tal vez Levy había perdido el juicio, por lo que asumí una postura escéptica con respecto a todo aquello que me informó sobre ese plano metafísico al que penetró.

Durante la semana siguiente recibí una llamada de mi madre que anunciaba la muerte de mi padre. Una tremenda culpa se apoderó de mí, pues durante años me mantuve distante de mi familia y no podía soportar el hecho de que mi padre muriera sin que yo le hubiera dicho todo aquello que nunca pude. Mi madre, durante los últimos meses, me había suplicado en reiteradas ocasiones abandonar mis ocupaciones, por lo menos un par de semanas, para acompañar a mi padre durante sus últimos días de vida. Padecía una enfermedad crónica en el corazón y a diario le preguntaba a mi madre si su único hijo regresaría de Europa para despedirse de él. «¿Es que acaso tus estudios son más importantes que los últimos deseos de tu padre?». Este reproche, legítimo a mi parecer, me asaltó cada segundo. Mi padre, a diferencia de mi madre, tuvo un carácter tranquilo y benevolente conmigo. Nunca me levantó la voz, ni mucho menos se atrevió a corregirme por alguna falta. Su cálido recuerdo, sumado a mi egoísmo y apatía, me torturó profundamente. Por este motivo, decidí cancelar la investigación con Levy y viajar a México al funeral de mi padre.

Al llegar a México, fui recibido por mi madre, completamente devastada por la reciente pérdida. Mi intuición me dictó permanecer un par de meses en casa, pues una horrenda depresión la poseyó y temí que su estado de ánimo se agravara una vez que yo decidiera regresar a Francia para continuar con las investigaciones. Incluso, llegué a pensar en llevarla conmigo a París, pues la cruel idea de dejarla sola me angustiaba. Permanecí un mes en México y, cuando uno de mis primos me prometió hacerse cargo de mi madre mientras yo resolvía mis asuntos en Europa, decidí volver a París. Sin embargo, una semana antes de partir soñé con Levy, el cual me decía que algo maligno había escapado de aquella dimensión en la que se infiltró.

Encontré el estudio de Levy completamente destrozado. Al llamar a su esposa, me dijo que el profesor se encontraba hospitalizado a causa de una severa crisis nerviosa. Fue después de esta llamada que recibí un alarmante aviso del Hospital Lariboisière. Levy se encontraba ahí y me quería ver de inmediato; había sufrido, durante la última semana, un ataque convulsivo y el médico, que hizo el favor de informarme de su estado, aseguró que el paciente no dejaba de preguntar por mí. Según el médico, su esposa lo encontró tendido en el estudio, inconsciente, después de haber salido de aquella cápsula. Cuando recobró el sentido, débil y desorientado, la mujer aseguró que su esposo se encontraba desesperado por hablar conmigo. En cuanto colgué el teléfono me dirigí hacia el Hospital Lariboisière e ingresé a la habitación de Levy. Era un hombre joven, de apenas treinta y tres años; pero advertí su rostro gris, seco y

arrugado, como si en las últimas semanas hubiese envejecido treinta años más. Adiviné su preocupación y angustia al verle a los ojos. Lo primero que hice fue despedir a la enfermera para hablar en privado con él.

«Daniel... ¡lo vi! –me dijo con voz desesperada y temblorosa–. Traté de evitar que saliera, pero su fuga fue inevitable». Al principio no comprendí una sola palabra, pero cuando logró coordinar sus frases me enteré de que durante mi ausencia Levy se había autoprogramado para morir de nuevo. Ingresó a la cápsula y, a través de un control automático, reguló el momento de revertir su fallecimiento virtual. Me narró su viaje a través de ese mundo al que sólo van los que dejan de existir en este. Dijo que él tomó lugar en esa expedición a partir del pensamiento, pero que de alguna manera algo se le cruzó durante la travesía. Aquello que se le reveló en ese mundo, después de la muerte, era amorfo y connotaba agresividad. Levy, totalmente paralizado del miedo, dijo que hasta ese momento no tenía la más mínima idea de lo que pudo haber sido. Y, lo peor fue que lo atacó en aquel plano dimensional. Se trató de un ataque, pero no en el sentido físico, ya que en ese universo la materia y las sensaciones no tienen lugar.

El ataque consistió en un horroroso asedio de formas inefables, cuya sola manifestación le provocaron un indescriptible sufrimiento. Cuando el control automático revirtió la muerte de Levy, aquella entidad escapó, junto con él, a este mundo. Recordé que en mi sueño el mismo Levy me informaba que algo maligno había salido de esa dimensión del más allá. «Tenemos que destruir la cápsula. Ignoramos las futuras consecuencias de haber transportado a este mundo a una entidad desconocida que pertenece a otra dimensión –después de hacer una pausa, finalizó–: Los riesgos que implican explorar los planos, que debemos descubrir en el curso natural de la vida, son terriblemente peligrosos si lo hacemos de manera forzada».

Levy fue dado de alta en los días posteriores. Su salud, sin embargo, se vio mermada de manera gradual. Él y su familia se mudaron a una casa campestre en la comuna de Chantilly;

no obstante, mantuvo comunicación conmigo durante su estancia en aquel lugar. «Me ha seguido hasta aquí», le escuché decir detrás del auricular del teléfono. El tono de su voz expresaba pánico, a pesar de hablar con fluidez y un volumen moderado. «Esta mañana me despertó con un susurro y al levantarme percibí su presencia. Mis ojos no pueden verlo –agregó–, pero mis sentidos propioceptivos me indican en dónde se encuentra». Al preguntarle sobre el futuro de la investigación, Levy me ordenó destruir los documentos y deshacerme de la cápsula.

«Nuestras experimentaciones nos han proporcionado un conocimiento invaluable sobre el origen del tiempo, que corresponde con la muerte de Dios. El testimonio empírico que obtuve, durante el viaje hacia aquel plano, me dio a conocer que el universo se rige por leyes fundamentales las cuales lo destinan a morir con el objetivo de regresar a Dios a la vida. Una respuesta apresurada dictaría que nosotros somos, en el plano físico, una pluralidad disgregada en el tiempo y el espacio; pero en realidad somos una sola unidad, cuya finalidad es morir para volver a formar parte de aquel origen primigenio que es Dios. Somos minúsculas partículas dispersas en la realidad, que, de manera involuntaria, desesperan por reunirse nuevamente con Él. Sólo, a través de la muerte, nos es posible reencontrar aquella unidad originaria –la velocidad de sus locuciones aceleró hasta el punto que me fue imposible comprender sus argumentos–. Pero en el momento en que aquella entidad escapó junto conmigo a este mundo físico, el orden que mantiene el devenir cosmogónico se ha visto alterado. Las consecuencias que esto acarreará sobre el mundo son aterradoras».

Al terminar esta conversación telefónica supe que Levy se había vuelto loco. Ni siquiera estaba seguro de que la cápsula que construimos fuese, realmente, funcional. Quizá las experimentaciones en el hipotálamo de Levy le afectaron hasta el grado de producirle un daño cerebral, hipótesis que me resulta hasta este momento completamente verosímil. Así que de inmediato me dirigí a La Fayette-Dunkerque a esperar un autobús nocturno que me llevó hasta Chantilly. Durante el trayecto me

quedé dormido y soñé una vez más con Levy, quien se encontraba en un oscuro vacío mientras caía hacia un fondo desconocido y gritaba mi nombre.

Al despertar había llegado ya a Chantilly. Tomé un taxi y por fin me encontré en la casa de campo de Levy. Su esposa me recibió con el rostro desconsolado. Levy estaba postrado en un sillón, tembloroso y asustado en todo momento. «¡No debiste venir! –me amonestó al verme–. ¡Corres un grave peligro al estar aquí, Daniel! Debes irte». Su esposa se retiró junto con su hijo y nos dejó solos. «¿Cumpliste con lo que te recomendé?», me cuestionó sobre la destrucción de los documentos y la cápsula. Al responderle que había olvidado su cometido para venir a toda prisa hasta él, se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar. «No he dejado de sentir su presencia todo el tiempo. Desde que escapó, me ha acosado infatigablemente. Lo percibo en cualquier rincón, siento cómo me observa y… trata de apoderarse de mí… ¡Daniel, debes irte!».

Aquella noche, su esposa me acondicionó una habitación en el desván de la casa. Luego de tomar la merienda, sentí un tremendo cansancio y me fui a dormir a mi lugar asignado. Tardé unos cuantos minutos en conciliar el sueño, hasta que pronto me hallé completamente dormido. Recuerdo que esa noche, en la casa campestre de Levy, soñé con mi padre. Por lo regular, los sueños que tengo son siempre irracionales, absurdos y borrosos, pero aquella vez fue un sueño muy lúcido, demasiado racional como para ser un sueño.

Me encontraba en el rancho donde crecí, a mitad del potrero; el sol descendía por el occidente y los caballos galopaban hacia la llanura. Mi padre caminaba hacia mí y su apariencia era justo igual que en aquellos años en los que rebosaba salud. Al verlo comencé a llorar. «Perdóname, padre; perdóname por no haber estado contigo. No sabes lo culpable que me siento por no haber estado a tu lado». Yo sabía que estaba en un sueño, pero no pude evitar la liberación de mis penas. Mi padre colocó su brazo sobre mis hombros y me hizo caminar a su lado a lo largo del

potrero. Recuerdo que lucía como siempre, con su tejana y sus botas. «Tranquilo, hijo», me consoló. Su voz, tal cual como la recordaba, me reconfortó. Caminamos alrededor de la llanura mientras el sol descendía. «Debes alejarte del lugar donde te encuentras –me aconsejó–. En cuanto despiertes debes abandonar el lugar. Levy no miente; corres un grave peligro».

Después de esta advertencia, desperté. Las lágrimas aún escurrían de mis mejillas. Fue un sueño demasiado lúcido. Eran alrededor de las cuatro de la madrugada y sólo la luz de la entrada de la casa permanecía encendida. Decidí seguir el consejo que mi padre me dio en el sueño, aunque en mi interior sabía que era una decisión absurda. Siempre traté de ser escéptico con las supersticiones, el pensamiento mágico y las cuestiones espirituales. Me asumo como un hombre de ciencia y a lo largo de mi vida he intentado guiarme a través de un pensamiento lógico y racional; sin embargo, esa noche tuve un presentimiento extraño, una sensación ajena a cualquier emoción antes experimentada. Tomé mi equipaje y abandoné la propiedad de Levy a mitad de la noche.

Dos días después, mientras desayunaba en un restaurante cercano a la Plaza de la Bastilla, un reportaje matutino me confirmó aquel presentimiento. Un reconocido profesor de neurología de la Universidad de París había asesinado a su esposa y a su pequeño hijo de cuatro años durante una estancia en su casa campestre en Chantilly. Al parecer, las autoridades locales arrestaron a Levy y lo llevaron a la Prisión de La Santé, en donde un médico trataba de dar un diagnóstico con respecto a su salud mental.

Me las arreglé para tener una corta entrevista con Levy. Al dejarnos solos en el patio de la prisión, Levy me confesó todo. Aquella noche, la entidad lo controló por completo. Según sus palabras, su cuerpo dejó de pertenecerle y sufrió lo inimaginable, pues en contra de su voluntad, asesinó a su mujer y a su hijo y no pudo hacer nada para impedirlo. Ni siquiera logró cerrar los ojos mientras estrangulaba a su familia. Después del crimen, Levy trató de suicidarse, pero aquella entidad le frustró cualquier intento de quitarse la vida.

«¡Mátame, Daniel! –me imploró– ¡Aquéllo no me permite acabar conmigo mismo; quiere que sufra. Sólo tú puedes librarme de esta tortura». Ya no podía dudarlo más; Levy se había vuelto completamente loco. Sentí lástima por su situación y me retiré de su lado. Detrás de mí, Levy gritó desgarradoramente con la intención de convencerme de lo que había ocurrido. «¡Daniel, debes creerme! ¡No estoy loco! ¡Todo es por causa de aquello que escapó conmigo a este mundo!». Los gendarmes de la prisión, al ver su estado tan alterado, lo tomaron de los brazos y lo arrastraron al fondo de los calabozos.

Semanas después me las arreglé para desmantelar la cápsula, culpable de que Levy hubiera perdido el juicio. También deseché todos aquellos documentos que apelaban a la investigación sobre la estimulación sintética del hipotálamo. Mi objetivo fue borrar cualquier evidencia sobre lo ocurrido en ese laboratorio. Poco después, recibí una carta de parte de la Facultad de Medicina, de la Universidad de París, para ocupar el puesto de docente del profesor Franz Levy. Al tiempo que acepté la propuesta, viajé a México por mi madre y juntos regresamos a París. Compré una casa en Batignolles y traté de olvidarme de Levy.

Todo indicaba que las constantes pruebas de estimulación sintética en su hipotálamo, a través de la emisión de energía programada, le provocaron a su cerebro un daño irreversible. Creo que no hay discusión en cuanto a eso; Levy se volvió loco y asesinó a su familia, pues ya no era dueño de sus actos. Sin embargo, a pesar de mi resistencia a creer en cuestiones sobrenaturales, sigo sorprendiéndome de aquel sueño que tuve en la casa campestre y de los sueños anteriores, en los que apareció Levy y me informaba de cuestiones que conocería a futuro. Quizá, de no haber soñado lo que soñé, me habría asesinado también.

Hace apenas un par de días leí que Levy por fin logró suicidarse en una de las celdas de la Prisión de La Santé. Según los obituarios, estrelló su cabeza contra la pared hasta partirse el cráneo. De acuerdo al testimonio de uno de los gendarmes, Levy no dejaba de hablar sobre algo que lo perseguía y le obligaba a realizar acciones en contra de su voluntad. Lo que me sorprende es que no lo hayan declarado loco y lo mantuvieran encerrado con reos mentalmente sanos. Evité tomar lugar en el juicio sobre Levy ante el escrutinio público. Finalmente, su muerte selló el caso y la sociedad se olvidó de él. No obstante, a pesar de lo que hizo, siento pena por lo que sufrió. Era mi profesor, mi colega y mi amigo. Además, de alguna manera me siento responsable de lo ocurrido. Quizá, si yo hubiera evitado que Levy se usara a sí mismo como objeto de prueba de sus propias teorías, tal vez su familia y él seguirían con vida. Mi conciencia me dice que en mis manos estaba la posibilidad de evitar esta tragedia.

Por otro lado, si es que la vida después de la muerte es como la describió Levy –aquel plano al que sólo accedemos a través del pensamiento y donde sólo existen formas perfectas que persiguen el único propósito de regresar a ser parte de un todo absoluto y primigenio que es Dios–, sólo espero reencontrarme con mi padre, aunque sea por un segundo.

La plaga del sonido

Durante tres años, las alimañas devastaron al mundo. No eran aves, insectos, mamíferos o peces, por lo que resulta complicado hacer referencia a su colectivo. No eran un enjambre ni una parvada sino, más exactamente, una horda. Se agrupaban en tal número que desafiaban la comprensión. Tan inmensa fue la plaga que resultó imposible no aterrarse. Desde el exterior se mostraban como una pesadilla expulsada en el mundo, pero logré reconocer su belleza extraordinaria. Aparecieron un día en forma de una nube negra que cubría los rayos del sol. De pronto, las tinieblas ocultaron el cielo; fue una visión sublime, pero caótica ante mis ojos. Millones y millones de alimañas arrasaron con todo. Se comportaban como un gigantesco tornado en el éter. Tan concentrada era su cantidad, que a menudo transformaban el día en noche.

Surgieron e invadieron nuestras vidas. A pesar del caos aparente y la infinidad de su número, la plaga se mostraba como un organismo individual, pues daban rápidos cambios de dirección en perfecta sincronía. Estos animales, aparentemente simples, tenían un comportamiento complejo y eran capaces de aprender. Parecía que aumentaban su percepción del mundo, lo que dificultó su exterminio. El tiempo incrementó su inteligencia y pudieron adaptarse. Asimismo, la plaga no se regía por el tiempo, tal como nosotros lo experimentamos; su reacción era mucho más rápida. Del mismo modo, fue imposible capturar una sola alimaña, pues resultaban un todo, compuesto de miles de millones de partes y regido por una única mente.

Al principio se descubrió que cada alimaña contaba con un sistema de recepción sensorial, perceptivo a las ondas del aire, que funcionaba como una serie de glándulas ocultas, las cuales captaban los pequeños movimientos para imitar las acciones de las demás en perfecta sincronía. Se trataba, en resumidas cuentas, de un superorganismo, pues juntos eran algo más que la suma de sus partes. Fue como si cada alimaña añadiera su inteligencia a las demás para formar una sola mente. El origen de tan complejo comportamiento nos fue desconocido.

Pero para dar una explicación satisfactoria de aquellos años de la plaga, debo hacer referencia a mi familia. Nací en el pueblo de Arizpe; no obstante, la raíz de mi familia no se reduce solamente a los desiertos llenos de cactus gigantes, ni a la tierra yerma, ni a las serpientes de cascabel, ni a los matojos de mezquite, los halcones ratoneros o las llanuras peladas. Mi abuelo paterno fue un indígena chiricahua, nacido en Arizpe que, sin más propósito en la vida, se unió al ejército mexicano para escapar de la miseria. A los veintidós años prestó servicio a los Estados Unidos, como muchos otros soldados mexicanos, durante la guerra de Corea para combatir a los comunistas. Durante la batalla, una granada enemiga le explotó y perdió la mano izquierda. Al regresar a México, mi abuelo se casó y con la indemnización del gobierno americano, compró una granja y se dedicó a la cría de ganado bravo. Poco después nació mi padre. Él, en sus primeros años, trabajó con mi abuelo en la granja, al tiempo que ahorraba dinero para abrir una carnicería en el mercado municipal. Para capitalizar, mi padre ordeñaba las vacas, las pastoreaba y limpiaba los establos. Cuando por fin logró levantar su negocio de carnicería, conoció a mi madre. Poco después vine al mundo.

Durante mi infancia, mis padres no padecieron pobreza; sin embargo, al nacer mi hermano, mi padre cerró la carnicería y estuvo a punto de perder la granja. Todo ello se debió a que un cártel comenzó a cobrar derecho de piso a cada uno de los negocios del pueblo. Sumado a ello, mi padre empezó a emborracharse cada semana y, cuando llegaba ebrio a la granja, nos

golpeaba brutalmente a mi madre y a mí. Rufino, mi hermano menor, se salvó de recibir esas palizas, ya que solía esconderlo en el sótano de la casa para que mi padre no lo encontrara. Mi madre no soportó más esta situación y una noche escapó con un camionero mientras hacía *autostop* en la carretera.

A partir de aquel momento, mi padre comenzó a embriagarse todos los días. Ya de por sí, mi abuelo, quien falleció poco antes de que mi madre huyera, solía beber licor de maíz. Mi padre había heredado este vicio por el alcohol; pero, a diferencia de mi abuelo, mi padre se tornaba violento cuando estaba borracho. Pues bien, a pesar de que su situación no podía empeorar, una noche tuvo una pelea en una cantina que da a la orilla de la carretera, donde suelen reunirse matones y camioneros, y un desconocido lo apuñaló quince veces en el estómago.

Al estar muertos mi abuelo y mi padre, tuve que hacerme cargo de la granja, al tiempo que me vi obligado a criar y proteger a mi hermano Rufino. Todos los días anhelé que mi madre regresara a la granja; incluso llegué a tener sueños en los que ella aparecía en la cocina y nos recibía a mi hermano y a mí con el desayuno en la mesa. Al despertar de esos sueños, me daba cuenta del engaño. Todo mundo sabe que esta tierra es hostil con las personas y aún más con los niños.

Traté de darle a mi hermano la oportunidad de estudiar. Me quedaba a pastorear las reses en la llanura, las alimentaba, limpiaba los establos y ordeñaba a las vacas, mientras mi hermano asistía a la escuela. Él solía regresar a la granja y me buscaba en la llanura, montado en una vieja yegua pinta que mi padre alcanzó a comprar en un rancho cercano. A veces, una que otra vaca solía perderse y yo era quien se encargaba de buscarla durante toda la noche hasta encontrarla, para después arrearla de vuelta al establo. Cuando parían las reses, me dedicaba a vender en los rastros las vacas viejas que ya no daban buena leche; de esa manera, mi hermano y yo nos manteníamos.

Se dice que unos mineros de Australia descubrieron una abertura cuyo fondo no tenía fin; supuestamente la plaga surgió de

ese abismo. Pero antes de la aparición de las alimañas, ocurrieron un par de hechos extraños que en teoría pudieron tratarse de señales del porvenir. Sucedió que, semanas anteriores a la aparición de la plaga, un cometa de proporciones titánicas cruzó cerca del planeta y dejó un destello de luz escarlata tras su paso, semejante a una extraordinaria cola de dragón. Algunos astrónomos pronosticaron su retorno después de millones de años. Recuerdo que poco después, los noticieros dijeron que la plaga avanzaba a gran velocidad a través de continentes y cruzaba los océanos sin ninguna dificultad. Los medios de comunicación aseguraban que la plaga no era hostil con los seres humanos, pues estos oscuros animalejos se alimentaban de plantas, vegetación, frutos y semillas; sin embargo, en ocasiones solían picar a las personas.

Al tratarse de una especie desconocida, se aconsejaba a la población resguardarse en sus hogares hasta que la plaga abandonara el sitio, dado que estas alimañas solían llegar a un terreno, se alimentaban de la vegetación y luego se dirigían hacia otra zona. Sin embargo, la gente comenzó a crear historias y teorías sobre el origen y el significado oculto de la aparición de estos animales voladores. Las especulaciones iban desde cuestiones metafísicas hasta experimentaciones hechas por parte de corporaciones gubernamentales respaldadas financieramente por magnates judíos que querían destruir al mundo.

Aquella tarde pastoreaba mi ganado en la llanura, cuando de pronto vi un diluvio de estos seres descender a nuestra granja y consumir nuestras cosechas. La plaga generaba olas continuas que devoraban toda semilla que se encontraba a su paso. Únicamente, a una distancia de varios kilómetros, era posible darse una idea de la inmensidad de la plaga. Con el tiempo se descubrió que las criaturas tenían la capacidad de comer hasta cincuenta veces su peso. Además, su cotilleo era algo desconcertante para quien lo escuchaba, pues cada una producía un sonido en su interior, semejante al tic tac de un reloj; sin embargo, este cotilleo estaba perfectamente sincronizado, como un solo sistema afinado y armónico.

Antes de que las alimañas cubrieran por completo la llanura, galopé hasta nuestra casa, tomé a Rufino del brazo y nos refugiamos en el sótano. Esperamos durante horas a que la plaga se alejara de nuestra granja. Al siguiente día salimos del sótano y nos encontramos con la desolación del exterior. Todo a nuestro alrededor había sido devastado. No quedó planta, hoja de árbol, pastizal o vegetación a la vista. Lo consumieron todo a su paso; incluso devoraron hasta las nopaleras y los cactus. Mucha gente de las rancherías vecinas y personas del pueblo abandonaron sus hogares para dirigirse a zonas más seguras. Afirmaron que ésa no iba a ser la única oleada de alimañas y que las posteriores arrasarían con todo en absoluto. Antes del éxodo de la gente, se desataron robos, asesinatos, ultrajes y accidentes entre las trifulcas provocadas por el pánico y el caos. Al quedar Arizpe destrozado por el primer oleaje de la plaga y después por la paranoia de las muchedumbres, la gente huyó despavorida hacia las costas del Pacífico.

Mi hermano y yo decidimos permanecer en la granja, a pesar de que ya no pudimos pastorear nuestros ganados por falta de pastizales y vegetación. Por suerte, contábamos todavía con pastura en el interior de nuestro granero con la cual pudimos alimentar a las reses. Asimismo, poseía una escopeta, cartuchos, provisiones de alimento, agua potable y una radio de baterías. Durante la peste de alimañas, mi hermano Rufino y yo solíamos escondernos en el sótano para pasar las noches mientras escuchábamos los comunicados. Se decía que la plaga excretaba una feromona para comunicarse y que además se multiplicaba por millones en unos cuantos días. Ante semejante amenaza, la estrategia que llevaron a cabo los gobiernos fue de lo más básica, pues se utilizaron pesticidas, azufre y bombas; no obstante, todo resultó inútil y contraproducente. Fue una labor frustrante, pues las cosechas, de la mayoría de países donde se implementaron esas medidas, quedaron arruinadas. Por su parte, la plaga se hacía cada vez más poderosa, dado que creció y se dividió, igual que infinitas manchas en el cielo, y cubrió gran parte del mundo,

pues viajaba a cientos de kilómetros por hora. Estas alimañas, al unirse eran como el mercurio, pues se dividían y se reagrupaban, por lo que resultaba imposible atacarlas.

Pronto descubrí que una de nuestras reses había resultado herida durante el descenso de la plaga a nuestra granja. Noté que uno de esos animalejos la había picado. Una indescriptible sensación de terror me asaltó en el momento de imaginar que aquellas criaturas pudiesen alimentarse de carne; sin embargo, lo que vendría a continuación fue mucho más espeluznante.

Días después ensillé la yegua y cabalgué hacia el pueblo junto con mi hermano Rufino en las ancas. Cuando llegamos a la garita, encontramos un lugar completamente deshabitado y destruido. Sólo hallamos perros, ratas y coyotes en busca de carroña en los rincones de las avenidas. Al cruzar la parroquia nos tropezamos con una mujer arrodillada quien, en esos momentos, alzaba los brazos al cielo mientras suplicaba la misericordia de Dios. Tratamos de hablar con ella, pero al parecer la mujer se encontraba ensimismada en sus propios ruegos. Cuando decidimos regresar a la granja, utilizamos otras veredas alternas donde hallamos unos cuantos cadáveres los cuales habían sido devorados parcialmente por los buitres del desierto. No fue difícil darse cuenta de que aquellos difuntos fueron el resultado de las disputas durante el éxodo del pueblo. En ese instante supe que a partir de ese día, mi hermano y yo debíamos resguardarnos en la granja y no volver a pisar el pueblo, puesto que la gente que merodeaba los alrededores, a razón de su propia supervivencia, se dedicaría a la rapiña.

Todos los días, el locutor de la radio informaba sobre el avance de las siguientes oleadas de la plaga y la imposibilidad de los gobiernos, ya no para exterminarlas, sino, al menos, para controlarlas. Era tanta la cantidad de información, teorías, testimonios y supuestos, que resultaba complejo darse una idea de lo que pasaba en realidad, pues mucha información de diferentes medios se tornaba ambigua y hasta contradictoria. Pero de lo que estaban todos seguros era de que las criaturas eran herbívoras y eso era un gran alivio.

Y mientras mi hermano permanecía en el sótano de la casa, yo me dispuse a matar a un par de reses y deshidratar su carne para los días futuros. De esa manera tuvimos suministros de alimento. También tapié puertas y ventanas con vigas de mezquite, lo mismo con el establo donde guardábamos nuestro ganado. Nuestra cisterna y el pozo se hallaban repletos de agua limpia y también contábamos con suficiente pastura para nuestras vacas. Para evitar el robo de nuestro ganado por abigeos, coloqué cepos debajo de la arena. A pesar de que en aquel momento contaba sólo con diecisiete años, había crecido como vaquero y estaba acostumbrado a lidiar con situaciones difíciles; asimismo, me mantuve aferrado a proteger la vida de mi hermano al costo que fuera, por lo que siempre cargué en mi hombro una escopeta Remington y suficientes cartuchos en mi morral.

Al transcurrir los días, advertí que aquel toro que había sido picado por una de esas criaturas se comportaba de manera extraña. No dejaba de bramar, como si algo lo lastimara; también sacudía su cornamenta y se revolcaba una y otra vez en el fango. Cuando revisé la herida advertí que estaba casi cerrada. La situación no pudo ser más rara, pues a pesar de que la cicatriz había sanado, el animal se comportaba como si padeciera un terrible dolor. Durante las noches, la res no dejaba de mugir y golpeaba histéricamente el pesebre con su cornamenta. Los días y las noches transcurrieron hasta que una mañana, al abrir la entrada del establo, descubrí que esta res devoraba el cadáver de otra vaca. El pobre animal había sido despedazado por el toro y encontré sus restos dispersos por todo el lugar. Supe que este animal había atacado a la vaca y, por una razón desconocida, decidió consumirla. Visualicé la manera en la que el toro masticaba las entrañas con ferocidad y engullía las vísceras de la vaca. El hecho me aterró profundamente, pues si bien los toros son animales herbívoros, suelen consumir carne ocasionalmente; sin embargo, nunca había sabido de un toro que comiera carne de manera activa y mucho menos que consumiera carne de su misma especie.

Me las apañé para sacar al toro del establo y lo sacrifiqué a un costado del corral. No obstante, alcancé a oír un sonido mecánico en el interior del cuerpo sin vida del animal; fue un sonido muy parecido al que producían las alimañas. Por temor a que su carne estuviese contaminada, decidí quemar el cadáver del bovino y enterrar sus cenizas lejos de la granja. Semanas después, mi hermano y yo escuchamos en la radio que mucha gente había sufrido la picadura de las alimañas. Según se decía, quienes habían sido picados por la plaga solían escuchar en su interior un sonido semejante al que producen las manecillas de un reloj. Se aseguraba que a causa de este sonido, las víctimas de la picadura no podían conciliar el sueño y su salud disminuía gradualmente.

El primer caso de una persona infectada del que llegué a saber, fue el de una joven pastora que mi hermano y yo conocíamos. La mujer pastoreaba sus rebaños a una hectárea de nuestra granja, cerca de la barranca. Era la viuda de un trabajador de un rancho y tenía un niño de apenas dos años y pocos meses. Supe que había sido picada por una de estas criaturas mientras pastoreaba su rebaño en aquella ocasión en la que el cielo se oscureció por la plaga. Cuando volvimos a verla, nos contó a mi hermano y a mí, que a pesar de lo doloroso de la picadura, lo más terrible era el efecto que generaba el veneno de las alimañas. Mencionó que escuchaba en el interior de su cabeza el cotilleo de estas sabandijas, semejante al sonido mecánico de un reloj; también dijo que las escuchaba revolotear en su interior y las oía masticar y alimentarse. Advertimos su aspecto por completo demacrado y cuando le preguntamos sobre su apariencia, indicó que no había dormido en una semana, pues el sonido producido en su cabeza no le permitía descansar. Día y noche se veía torturada por aquel ruido insoportable y monótono en su interior.

A la segunda semana la mujer desapareció y, por desgracia, supimos de ella nuevamente en la televisión. Aquella vez, mi hermano me llevó a la sala y me dijo que tenía que ver lo sucedido con la joven pastora. Se informó que asfixió a su hijo de brazos porque sus lloriqueos la torturaban. Sin embargo, a pesar

de ser un hecho indignante, la población de Arizpe no se lo tomó personal y detuvieron a la mujer. No obstante, la estupidez del populacho provocó la estigmatización de aquellos pobres infelices que se sabía habían sido picados por alguna alimaña. Muchos de ellos fueron lapidados en la garita del pueblo y sus cadáveres quemados en fosas cavadas a las afueras de la localidad. La joven pastora fue una de las primeras en ser brutalizadas por el populacho.

Una segunda oleada arrasó al pueblo. El vórtice formado por la plaga parecía un organismo amorfo perteneciente a un mundo desconocido. La gran masa se desplazaba como un solo cuerpo, una entidad oscura que cambiaba de forma constantemente ante los ojos humanos. Fue durante esos días de invasión que la gente, que todavía habitaba Arizpe, descubrió que las criaturas se sentían atraídas por sonidos de cualquier clase. Por esta razón, las grandes ciudades del mundo, a diferencia de los poblados pequeños, fueron acometidas con más violencia por estos animales. Antes de contar con este conocimiento, los habitantes del pueblo trataron de hacerle frente a la plaga, pero sus ataques resultaron inútiles. Si bien las alimañas tenían una naturaleza pacífica, al verse agredidas respondían con picaduras. En realidad, se desconoce la forma en la que punzaban la piel humana, puesto que no contaban con aguijón ni nada parecido; lo que en realidad ocurría era que el simple contacto de la piel con una de sus glándulas externas producía un espantoso dolor, como si se tratara de la mordedura de algún animal ponzoñoso.

Se descubrió que las alimañas reaccionaban con violencia al sonido y, por esa razón, los habitantes guardaron completo silencio ante la presencia de la plaga. Se dejó de escuchar el tañido de las campanas, las voces, los susurros y cualquier tipo de bullicio, por más ligero que fuese. Lo único que se lograba percibir era el sonido del viento y el cotilleo producido por la plaga. Y, a pesar de su calmada superficie, las alimañas provocaron catástrofes una vez que abandonaron Arizpe. A nuestros ojos, estas criaturas eran indestructibles e infatigables.

Muchos sufrieron la picadura de estas sabandijas ponzoñosas. Por lo regular, estos pobres infelices eran aislados, pues se pensaba que podían contagiar sus males. Del mismo modo, padecían el tormento de escuchar en su interior un sonido mecánico y repetitivo. En su mayoría, después de la segunda semana sin dormir, las víctimas de la picadura comenzaban a alucinar y en su mayoría se provocaban su muerte. En raras ocasiones las víctimas morían por problemas generados por la falta de sueño y la tensión, como paros cardiacos y derrames cerebrales. Algunas de las anécdotas que logré escuchar y que más me sorprendieron, fueron la de un individuo que devoró sus manos a partir de una alucinación desconocida y la de una mujer que se roció gasolina y se prendió fuego. Los otros, que terminaron con su vida, por lo regular se disparaban o se colgaban.

Sin embargo, más allá de las víctimas de la picadura de la plaga, Arizpe se convirtió en una tierra salvaje y oscura. Había mencionado que a los individuos que resultaron con picaduras se les estigmatizó, a razón de la creencia del posible contagio de sus males a los demás. Por esta razón, muchas familias fueron apartadas de sus parientes afectados por la plaga, lo que produjo violentos enfrentamientos entre autoridades y particulares. Del mismo modo, el Gobierno –sin importar el país– se volvió cada vez más autoritario y agresivo. Se prohibió el comercio con los «apestados» y sus viviendas fueron marcadas con una cruz carmesí. Cualquier persona que fuese sorprendida en convivencia directa con los «apestados» sería condenada al ostracismo y, en casos más extremos, a la lapidación.

Las autoridades, a través del uso de decenas de retroexcavadoras, hicieron tres gigantescas fosas en donde fueron arrojados los cadáveres de los «apestados», para después incinerarlos. Antes de reducir aquellos cuerpos a cenizas, se alcanzó a percibir un ruido interno en los cadáveres y era precisamente aquel familiar y aterrador sonido del cotilleo de la plaga. De la misma manera, ningún gobierno del planeta, a pesar de las malas reputaciones y limitaciones diplomáticas que les acarrearon los perjuicios de

la plaga, logró desarrollar un antídoto al veneno de las alimañas, pues sencillamente el mundo desconocía la naturaleza de estas criaturas.

Se pensaba que, a través de los efluvios de los cadáveres, viajaba la peste. La realidad era que dichos males no podían ser de ninguna manera contagiosos, sino únicamente generados por la picadura de uno de estos organismos. No obstante, a pesar de las prohibiciones y medidas tiránicas, muchos malnacidos se dedicaron a la rapiña, pues invadían las viviendas abandonadas, saqueaban negocios y profanaban los cadáveres para despojarlos de sus vestimentas.

Aquella anciana psicótica iba por el pueblo con la denuncia de los excesos de la humanidad y la cercanía del Juicio de Dios y lo hacía de un modo espeluznante. El terror se podía respirar. Muchos en Arizpe padecieron la peste del insomnio sin siquiera haber sido picados. La explicación más racional era que estos supuestos contagios se debían sólo a la autosugestión y la paranoia. Varios de estos «apestados» eran mujeres embarazadas que no pudieron migrar a sitios seguros, por lo que permanecieron en este pueblo desértico que muy pronto se convirtió en un verdadero infierno. Y, pues bien, ya que ningún hospital o partera se atrevió a atender a las apestadas, estas mujeres parían a sus hijos en condiciones deplorables y gran cantidad de niños eran encontrados entre los brazos de sus madres muertas, mientras el infante todavía succionaba de sus pechos.

Asimismo, otras de las acciones más lamentables que hizo el Gobierno fue sacrificar a aquellos niños recién nacidos por creerlos potenciales esparcidores del mal. Muchos de nosotros, ciertamente, consideramos esa medida como una acción irracional y cruel, pero la propaganda oficial dictaba que era por el bien de las mayorías y por nuestra propia supervivencia. Incluso, se llegó al punto de exterminar perros, gatos, ratones y cualquier animal que anduviera de lugar en lugar y pudiera llevar en su pelaje los efluvios de la peste. Sumado a las medidas dictatoriales del Gobierno, la constante amenaza de la plaga, la miseria y el

hedor, mi hermano y yo tuvimos que hacer frente también a los atracos e intimidaciones de los abigeos.

Creímos que únicamente Arizpe se encontraba en esa situación tan lastimosa, pero estábamos equivocados; el mundo entero se hallaba en la misma situación. La plaga acarreó hambruna, enfermedad y muerte. Aquellos predicadores, que en un principio nos resultaron un manojo de maniáticos, ahora los juzgábamos como profetas auténticos. Por otro lado, los abusos del Gobierno se volvieron habituales; no obstante, una segunda amenaza surgió de inmediato. Grupos de delincuentes, pandillas y bandas de atracadores merodearon los caminos, saquearon casas y cometieron todo tipo de crueldades. Mientras tanto, avionetas arrojaban inútilmente pesticidas a las colosales nubes negras que componían las hordas de la plaga.

Las alimañas consiguieron sobrevivir a todo tipo de intentos de erradicación. Ni una sola de esas criaturas murió. Asimismo, las encontramos en cada rincón del planeta e intentamos adaptarnos a su presencia. Las medidas implementadas fueron evitar cualquier tipo de sonido que pudiera estimular una reacción en ellas.

Una tarde ensillé la yegua y cabalgué hacia el desierto, donde pocas veces vi rondar las nubes de la plaga. Sin embargo, lo que me encontré en el lugar resultó mucho más peligroso que las alimañas. Un grupo de maleantes rondaba el desierto en una camioneta. Al instante, clavé mis talones en los ijares de la yegua y escapé a todo galope de ahí. De pronto, me di cuenta de que el vehículo me perseguía y torcí las riendas para dirigirme hacia el pueblo, con la falsa esperanza de recibir auxilio por parte de los habitantes. En mi interior sabía que aquellos pocos pobladores se habían convertido en un conjunto de individuos malvados, asustadizos y preocupados solamente por su propia supervivencia. ¿A quién engañaba? Por lo que decidí llegar a la granja y enfrentarlos con todo lo que tenía.

Poco a poco les gané terreno y, al llegar a la granja, la camioneta se detuvo en la reja. Ingresé a la casa, escondí a Rufino en el sótano y me dispuse a detenerlos. Subí al tejado y les disparé un par de cartuchos. La camioneta no respondió al ataque, dio la vuelta y desapareció. Durante días me mantuve atento al retorno de aquellos individuos. Solía conjeturar que regresarían mejor armados, con refuerzos y con alguna estrategia para saquear la granja y acabar con mi hermano y conmigo. Sin embargo, nada ocurrió.

Una noche, cuando me encontraba extenuado de cansancio y abatido por la tensión, me recosté en un catre colocado en una esquina del sótano. Mi hermano Rufino prometió hacer guardia mientras yo descansaba. Realmente necesitaba dormir un poco para recuperar energías. Entonces cerré los ojos y en pocos segundos quedé completamente dormido. Todavía recuerdo que, en aquella ocasión, soñé otra vez con mi madre, quien regresaba a la granja y nos recibía a mi hermano y a mí con el desayuno en la mesa. De pronto, Rufino me sacudió del hombro. «Despierta, Lucrecio, despierta –me susurró con voz extremadamente baja–. Hay alguien dentro de la casa». Y así era, pues escuché pasos arriba del sótano donde nos encontrábamos. Supe que sólo se trataba de una persona, pues no escuché otro tipo de sonidos sobre nuestro piso de madera. Escuché que los pasos se dirigían hacia la cocina, luego al comedor y luego, otra vez, hacia la cocina. Creí que el invasor buscaba algo en específico. Rufino se hallaba demasiado nervioso y se refugió debajo del catre donde dormíamos.

Las pisadas del merodeador continuaron yendo del comedor a la cocina, una y otra vez. Cada sonido producido por las botas de aquel individuo me desconcertaba más y más. «Debemos mantenernos callados y no hacer ruido», le aconsejé a mi hermano, pues temí que el desconocido nos escuchara y acabara con nosotros. Tomé mi escopeta y corté cartucho de la forma más silenciosa y sutil posible. Los pasos de aquel sujeto continuaron yendo de uno a otro lugar. Su velocidad era pausada, como si no tuviera prisa por encontrarnos. Lo más perturbador, para Rufino y para mí, fue el hecho de que aquella persona no emitiera ningún otro sonido más que el de sus propias pisadas sobre la

madera. Intuí que era alguien en buena forma física, quizá un matón de unos ochenta o cien kilos, pues el eco de sus botas delataba su tamaño. Eso creí en un principio a causa del miedo.

Cuando las pisadas se dirigieron hacia la puertecilla que da a las escaleras del sótano, supe que sería nuestro fin. Entonces coloqué el cañón de la escopeta en el techo de madera, justo debajo donde se encontraba parado aquel desconocido, y accioné el gatillo una vez. Las astillas volaron alrededor. De pronto, escuché caer el cuerpo herido de aquel individuo; sin embargo, no emitió quejido alguno. «¡Dispara otra vez! ¡Dispara otra vez, Lucrecio!», me gritó mi hermano, temeroso de que esa persona se pusiera de pie. Así que coloqué la escopeta en posición y disparé una vez más hacia la dirección donde se encontraba tendido el cuerpo.

El ruido de las detonaciones nos dejó sordos por un momento. Tuve miedo de subir las escaleras y ver el cuerpo sin vida del invasor. La luz eléctrica era inexistente en nuestra granja, así como en todo Arizpe, gracias al colapso del país. Tuvimos que esperar la luz del amanecer para ver el rostro del individuo. Me recosté en el catre y abracé a mi hermano. La verdad no recuerdo haber padecido tanto terror en mi vida como en aquella ocasión. Pensé que una numerosa banda de criminales ingresaría a la casa y nos matarían de la peor forma. Mantuve cerca de mí la escopeta cargada, resuelto a vender cara mi vida en caso de que nos viésemos asaltados por gente dispuesta a hacernos daño.

La interminable espera por fin concluyó. La luz de la aurora entró por los agujeros del piso de madera, los cuales escurrían sangre. Mi hermano se colocó detrás de mí, mientras yo avancé con la escopeta bien sujeta entre las manos. Al salir del sótano, ingresamos lentamente a la cocina, donde hallamos los despojos de quien la noche anterior trató de sorprendernos. Y, en efecto, estaba muerto. Sin embargo, al acercarnos más al cadáver, gradualmente logramos reconocer de quién se trataba. A pesar de los andrajos, la mugre, la desnutrición y la sangre coagulada, reconocí a mi madre, a quien no había visto desde hacía muchos años y que en ese momento se hallaba muerta a mitad de la cocina.

La enterramos en las dunas del desierto. Cada mañana, mi hermano y yo le rezamos breves oraciones para su eterno descanso. Asimismo, durante los meses de mayo a septiembre, que es cuando florece el sauce, adornamos su tumba con estas flores encendidas, con la esperanza de que nos perdone en la otra vida.

Afortunadamente la plaga desapareció sin necesidad de realizar una nueva empresa de erradicación. Cierto amanecer, la luz del sol expuso lo que todo mundo deseaba ver: habían muerto de forma espontánea. Miles de millones de cadáveres de estos animales envolvían cada rincón del mundo. Eran criaturas increíbles, organismos que desafiaron la lógica de este planeta, pues, a pesar de no contar con alas, podían volar a gran velocidad. Los paleontólogos y biólogos descubrieron su origen. Se trataba de una criatura que existió hace quinientos cuarenta millones de años, durante el periodo Cámbrico; un animal verdaderamente prehistórico. Se dijo que era el ancestro de todas las especies conocidas. El misterio de tan extraño sonido, producido en su interior, quedó resuelto, pues las criaturas contaban con un reloj interno; no obstante, se desconoce la causa por la cual las víctimas de su picadura sufrían el acoso de este sonido, incluso después de la muerte. Se aseguró que estos animales activaban dicho sonido con las fases de la luna. De la misma manera, después de la erradicación espontánea de la plaga, aún existieron casos de personas acosadas por el sonido. Varios laboratorios desarrollaron antídotos contra el veneno de las, ahora, extintas alimañas, pero dichos antídotos resultaron contraproducentes.

Sin embargo, pocos meses después de la desaparición de la plaga, el mundo descubrió un hecho completamente nuevo. Aunque el surgimiento de la plaga fue asombroso, la aparición de los huevecillos fue más extraordinaria. Estas alimañas colocaron billones y billones de huevecillos en el oleaje de las costas de todo el mundo. Los hombres de ciencia de varias universidades del planeta aseguran que la sangre de estas criaturas tiene la respuesta para la vida eterna.

Los fabricantes de humores

And in false sleep will from thee shrinke
John Donne, *'The Apparition'*

Era la semana antes de Año Nuevo, un lunes al mediodía, fresco y agradable, en el que Leandro contó a su esposa que no había podido dormir la noche anterior. En realidad, Leandro llevaba sin dormir tres días consecutivos; pero no quiso confesar ese detalle. Era un día demasiado encantador como para echarlo a perder por algo sin importancia.

Salió para la calle, con su maletín en la mano. Era un individuo de apariencia formal, extremadamente pulcro. Ocupaba dos horas en bañarse, cepillar sus dientes, acicalar su cabello y desinfectar sus cavidades corporales. Se dedicaba a vender cosméticos y productos de higiene femenina. Era un apasionado de la limpieza y el orden. No soportaba la suciedad en su ropa, en su hogar, ni mucho menos en su persona. A su esposa, Matilde, la obligaba a mantener la casa y, en especial la cocina, completamente esterilizadas, como una sala de operaciones. Evitaba caminar por calles o avenidas transitadas para no pisar basura o fango. Tampoco saludaba a las personas con la mano, ni hacía cualquier otro tipo de contacto corporal. Lavaba sus manos incontables veces al día y desinfectaba su ropa cada vez que llegaba a su hogar. Asimismo, era muy escrupuloso con las comidas. Por lo regular, compraba cubiertos desechables, para no tener que preocuparse por los gérmenes que pudieran sobrevivir al agua y al jabón.

Ella amaba con devoción los ojos de su marido. Eran unos hermosos ojos color violeta que centelleaban a la luz del día.

Matilde solía ordenar la casa durante varias horas, para evitar que Leandro la reprendiera. Era un trabajo extenuante y, al parecer, nunca suficiente. Él siempre exigía más limpieza, más orden y más desinfectante en las habitaciones. Cuando conoció a Leandro, en un principio le resultó encantador. Además, era el único hombre que conocía que se preocupaba por su apariencia, por la higiene y por su aroma. Era diferente al resto, según ella. Para Matilde, un hombre que huele bien, admira el orden y es estricto con su aseo personal, es alguien digno de confianza. En aquellos años, Leandro era para Matilde sinónimo de responsabilidad.

Pero después del matrimonio, Matilde reconoció que su marido amaba la limpieza más que a ella; pues la realidad era que Leandro nunca se atrevió a tener intimidad con Matilde sin el uso de preservativos y un montón de antisépticos. Él solía explicarle que los genitales humanos guardan gran cantidad de bacterias y gérmenes, por lo que es indispensable la mayor protección al momento de tener relaciones sexuales. Es por eso que, a pesar de que la gran ilusión de Matilde era ser madre, nunca pudo embarazarse.

Ese mediodía, Leandro fue a vender sus cosméticos y productos de higiene a una colonia acomodada de la ciudad. Se sentía cansado, pues no había dormido durante las últimas noches y además el clima invernal le provocaba dolor de huesos. Durante el trayecto, una camioneta de reparto de paquetería cruzó la calle y le salpicó la cara con el barro formado por la lluvia de la noche anterior. Sintió tanto asco e incomodidad que ni siquiera se atrevió a moverse del lugar donde estaba parado. Luego de esperar unos minutos, caminó lentamente hacia un rincón y se limpió el rostro con un pañuelo esterilizado que siempre llevaba guardado en un botiquín.

Leandro era infeliz, al igual que su esposa. Sabía que tenía un problema con la limpieza; pero no podía ignorar la suciedad. Mucha gente solía decirle que necesitaba estar en contacto con la mugre para que su cuerpo reconociera las enfermedades y las bacterias, y así desarrollara anticuerpos. Él sabía todo eso;

sin embargo, las náuseas que lo asaltaban al tocar una superficie ennegrecida por la inmundicia, eran inevitables. Al final de cuentas, él era consciente de que el mundo en su totalidad era un océano de porquería y que, para sobrevivir en él, tenía que convertirse también en excremento. El problema era que Leandro no tenía deseos de formar parte del mundo.

Cuando llegó a su casa eran algo así como las diez u once de la noche. No había vendido nada. Estaba de mal humor. Matilde lo recibió con la merienda en la mesa, pero no tenía hambre. Se encontraba fatigado y fue a la recámara. Se recostó en la cama e intentó dormir. Poco después, ella se acostó a su lado y lo abrazó. Pero una vez más, Leandro no pudo dormir esa noche.

Al amanecer salió a desinfectar el patio trasero. Leandro gastaba mucho dinero en la compra de plaguicidas y repelentes, pues a pesar de que él y su esposa no tenían mascotas en la casa, sus vecinos contaban con perros y gatos que a veces iban a parar en su jardín. Él creía que esos animales llevaban pulgas, chinches y otro tipo de bicharracos en sus pelajes y por ello solía fumigar su jardín y techado cada mañana. Y justamente en esa ocasión, su vecino, el señor Tesifonte, lo saludó con cordialidad desinteresada desde su cercado. Leandro sólo levantó la mano derecha y continuó con lo que hacía, pero el señor Tesifonte tenía ganas de platicar un momento. Para romper un poco el mutismo, comentó que Leandro lucía terrible. «Sus ojeras cuelgan como bolsas –dijo familiarmente–. Debería dormir más temprano, Leandro».

Entonces le explicó que él procuraba ir a dormir todos los días a buena hora; pero que en las últimas noches se le había dificultado conciliar el sueño. Podía estar toda la noche dando vueltas en la cama hasta que amanecía. «Yo tenía el mismo problema que usted –le informó con tono misterioso–. Fue hace tiempo. La verdad, me pasó que no podía dormir porque tenía preocupaciones en la cabeza. Tal vez a usted le preocupa algo. Lo digo con todo respeto». Después, el señor Tesifonte le recomendó comprar diferentes marcas de barbitúricos y

tomarlos una hora antes de ir a dormir. Leandro dijo que debía ir a trabajar y no contaba con tiempo de pasar al médico por una receta. Por lo tanto, su vecino ingresó a su hogar y regresó con un pastillero repleto de barbitúricos. Cuando se los entregó a Leandro, volvió a repetir: «Sólo tome uno cada noche, una hora antes de acostarse». Luego, se despidieron y Leandro continuó con la fumigación del jardín y del techado de la casa.

Precisamente esa noche, una hora antes de acostarse, tomó una pastilla de las que le entregó su vecino. Bebió un poco de agua y la tragó. Fue a dormir de buen humor e incluso se puso travieso con Matilde. Sin embargo, las horas pasaron y no pudo dormir. Se levantó de la cama para ver el reloj. Eran las cuatro de la madrugada. Matilde se despertó y le dijo que diera una vuelta a la manzana para que se cansara un poco y regresara a dormir. Así lo hizo, y cuando regresó a la recámara descubrió que no tenía ni una pizca de sueño.

Durante las siguientes noches, Leandro tomó el doble de barbitúricos con la esperanza de poder dormir. Sin embargo, se mantuvo despierto hasta el amanecer. Daba vueltas alrededor de su vecindario todas las noches y, como nunca podía conciliar el sueño, veía la televisión, leía o, simplemente dejaba pasar las horas recostado en su sillón. A pesar de que no podía dormir, se encontraba en buenas condiciones físicas. No sufría de dolores de cabeza, de malestares corporales u otros síntomas del insomnio.

Las festividades de Año Nuevo terminaron. Leandro había permanecido despierto durante más de tres semanas y su esposa lo obligó a consultar a un médico. Y como siempre ocurre cuando una persona va al médico, Leandro sintió que esa visita al consultorio era un ritual mecánico y desprovisto de interés por parte del hombre del estetoscopio. Se puso a hablar de sus padecimientos de insomnio y se le entregó una receta en donde el médico le recomendaba comer bien, tomar otro tipo de drogas y no fumar. Así lo hizo. Pero la receta no dio resultados. Leandro había permanecido despierto durante esa

semana de prueba. Los narcóticos no producían ningún efecto en su organismo. Así que optó por buscar otra alternativa más efectiva. Una tía materna le recomendó por teléfono que fuera a un consultorio de magnetoterapia. Leandro se tomó el tiempo para someterse a un tratamiento de imanes. Los médicos de esa clínica le aseguraron que después de la sesión magnética podría dormir apaciblemente esa misma noche. Pero para su desgracia, Leandro no logró conciliar el sueño.

Su insomnio pertenecía a una clase distinta. Iba para dos meses sin dormir. A pesar de eso, se mantenía cuerdo, sin padecer alucinaciones o complicaciones digestivas. Aun así, decidió buscar una cura para su trastorno. Recordó que su madre solía ser devota de la medicina homeopática, por lo que resolvió ir a un hospital homeopático de la ciudad. Ahí, los doctores le recomendaron tomar cierta cantidad de gotas en las comidas y luego lo despidieron. Leandro mantuvo el tratamiento con gotas a lo largo de un mes, sin embargo, el tratamiento homeopático tampoco tuvo ningún efecto. Ahora había permanecido despierto por tres meses consecutivos. Y como lo indiqué, Leandro no sufría síntomas graves que suelen presentarse cuando el cuerpo humano pasa prolongado tiempo sin descansar; a pesar de eso, tenía miedo de que a largo plazo le surgiera alguna enfermedad nerviosa a causa del insomnio.

Dejó el tratamiento homeopático y recurrió a la acupuntura. En su ciudad existe un barrio chino en donde varios locales ofrecen sesiones de este método tradicional, quienes prometen curar enfermedades y males nerviosos. Leandro le dedicó algún par de semanas a esta medicina curativa oriental, pero tampoco pudo dormir. A su juicio, el insomnio que sufría era irremediable. Entonces acudió a una clínica de sofrología, en donde le prometieron que su estrés desaparecería; aunque él no se sentía estresado por nada en particular. Al término de cinco sesiones, Leandro se sintió estafado, porque cada vez que llegaba a su hogar con la intención de conciliar el sueño, simplemente no dormía. Sólo daba vueltas en su habitación, leía revistas o des-

infectaba sus pertenencias. Por lo que abandonó esa clínica y fue con un doctor en hipnoterapia; pero cuando se sometió a la hipnosis, ni siquiera pudo cerrar los ojos y adormilarse. Sencillamente su cerebro se negaba a reposar.

Y de esa manera, Leandro recurrió a diferentes alternativas para curar su trastorno de sueño. Se sometió a largas sesiones de ozonoterapia, asistió a procesos de radiofármacos en clínicas de medicina nuclear y asimismo, compró decenas de productos naturistas para poder dormir; pero todo resultó inútil. Eran ciento ochenta y tres días los que había permanecido despierto, sin siquiera dormir una hora.

Su ánimo comenzó a cambiar. De pronto se percibía irritado cuando un sonido estridente o una luz muy penetrante se presentaban ante él. En definitiva, la falta de sueño lo afectó, aunque no con la gravedad que él esperaba. Asimismo, su manía por la limpieza se agudizó. Limpiaba las superficies de su hogar cada noche hasta que amanecía. Frotaba tantas veces las paredes de su casa que la pintura comenzó a desprenderse. Matilde, su esposa, se distanció de él, y es que aunque Leandro había hecho todo lo posible para curar su insomnio, ella ya no se sentía segura a su lado. Él la consideraba sucia, como si estuviera cubierta de inmundicia. Incluso evitaba tocarla. Ella se angustió y con el tiempo se deprimió. Pensó en dejarlo, pero no lo hizo. Tenía la idea de que no podía abandonar a su marido cuando él más la necesitaba. Trató de comprenderlo. Él no se comportaba así por egoísmo; él estaba enfermo y debía ayudarlo a superar su mal de sueño. Todo era por eso, pensaba ella.

Leandro también se sentía desesperado. Después de un año sin dormir y luego de recurrir al uso de cloroformo, opioides y óxido nitroso, compró en una veterinaria un suministro de tranquilizantes para animales. Al llegar a casa, se encerró en la recámara y se inyectó varias dosis del tranquilizante; sin embargo, la sustancia no surtió ningún efecto. Como si de una enfermedad o maldición aberrante se tratara, Leandro no pudo dormir ni siquiera un minuto.

Ninguna terapia, tratamiento o químico le ayudó a recuperar el sueño. Y aunque no sufría de daños mentales o físicos, su ánimo comenzó a apagarse gradualmente. Matilde ya no le dirigía la palabra y él sabía muy bien que con el tiempo se iba a divorciar de él. Asimismo, su manía por la limpieza iba en aumento. A veces, evitaba salir durante días a la calle por el miedo que le provocaba la contaminación en el viento. Pensaba que el aire del exterior estaba contaminado con partículas y gases nocivos. Las veces que Leandro caminaba fuera de casa, lo hacía con mascarilla y desinfectante en la nariz. Esta situación lo orilló a dejarse seducir por la idea del suicidio. Todas las noches que pasaba frente a la televisión, con los programas de ventas después de la medianoche ante los ojos, su mente le decía que con una bala en la cabeza lograría dormir, aunque fuera un poco.

Pero una noche, cuando Leandro permanecía absorto en su sillón, un comercial, de esos que sólo se aparecen una vez en la madrugada después de que la programación muere, anunció a los fabricantes de humores. El comercial aseguraba que cualquier mal físico, nervioso o psicológico tenía solución con ellos. A pesar de que no era información específica, ya que sólo duró unos cuantos segundos hasta que las barras de color SMPTE aparecieron en la pantalla, Leandro anotó el número de teléfono que dictaba el comercial. Él se sentía desahuciado, creía que su mal era incurable. Pero a pesar de ello, decidió intentarlo una última vez. Marcó el número de teléfono esa misma noche y una voz le respondió que los fabricantes de humores estaban disponibles en cualquier ciudad del mundo, las veinticuatro horas del día. Leandro reservó una cita al día siguiente y la voz en la línea le indicó la dirección donde lo esperarían.

Llegó al lugar a eso de las dos de la tarde. Se encontraba en los suburbios de la ciudad, en el número uno de la calle Mádison, la cual se hallaba escondida entre las demás avenidas del arrabal. Era un lugar que daba la pinta de ser peligroso. Había limosneros que habitaban bajo los puentes de la carretera que pasaba por encima, las paredes estaban cubiertas por anuncios viejos

que se desmoronaban por la lluvia y el sol y en cada cuadra, Leandro se topaba con jaurías de perros callejeros. La puerta del lugar tenía un letrero con la leyenda: «FABRICANTES DE HUMORES. SÓLO CON CITA». Sin embargo, el edificio daba la apariencia de encontrarse abandonado. Desde el exterior, las ventanas se notaban opacas y sin luz en el interior. La fachada de la construcción de concreto era gris, fría y tétrica. Y lo que más llamó la atención de Leandro, fue el absoluto silencio que existía en esa calle.

Aunque se había tomado la molestia de visitar el lugar, no se sentía seguro de entrar al edificio. Ignoraba quiénes eran aquellos fabricantes de humores. Nunca había escuchado hablar de ellos. Pero cuando estaba a punto de dar la vuelta y regresar a su casa, la puerta de entrada se abrió. «Pase, por favor, Leandro. Lo estábamos esperando», le dijo un individuo que vestía un traje gris con una corbata rojo escarlata. Leandro titubeó unos segundos antes de ingresar al lugar.

Ya dentro, el edificio lucía completamente diferente. El recibidor se veía limpio, ordenado y profesional; justo lo que a Leandro le agradaba. El individuo del traje gris lo hizo sentar en un sillón y luego desapareció por un pasillo. Leandro observó que las paredes de ese recibidor estaban cubiertas por un papel tapiz color crema con figurines que parecían caballitos de mar. En el lugar se escuchaba un fondo musical agradable y a su alrededor se percibía un aroma a dulces. Dio un par de vueltas y tomó un volante que se encontraba en la barra del recibidor. El volante informaba que ese lugar era una fábrica especializada en «medicina humoral». Aunque jamás había escuchado hablar sobre este tipo de tratamiento –a pesar de que había recurrido a todos los métodos clínicos que conocía para curar su insomnio–, le pareció que esa fábrica podía ayudarlo.

Esa tarde, Leandro se sometió a un largo y doloroso estudio dentro de las paredes de aquel edificio. Se había recostado en una especie de camastro, donde un individuo con el rostro cubierto con mascarilla, gafas y una cofia de polipropileno, le

extraía sangre de un brazo, para luego obligarlo a orinar en un frasco que le entregó junto con una toalla desinfectante. Más tarde, otro par de individuos con el mismo atuendo, le solicitaron ingresar a una cámara de cristal, en donde examinaron su cuerpo con detalle. Acabada la toma de muestras de sus fluidos y su persona, le informaron que le entregarían los resultados de sus estudios al siguiente día, en el mismo sitio.

Leandro regresó al edificio a la hora convenida para conocer los resultados que arrojaron los análisis de sus fluidos. Sin embargo, antes de que le informaran sobre las muestras, advirtió que los trabajadores de ese lugar eran tipos extraños que se desplazaban sin hacer ruido. Aunque no experimentó desconfianza, se sintió intimidado de alguna manera.

El mismo hombre que vestía el traje gris el día anterior, lo condujo a una oficina apartada de los consultorios y al llegar allí, le ofreció asiento. Sosegado frente a Leandro, extrajo los documentos que detallaban los padecimientos de su cuerpo y los colocó sobre el escritorio. «Usted sufre de discrasia humoral», le dijo por fin. El hombre del traje gris le explicó que, de acuerdo a los análisis que le realizaron el día anterior, su cuerpo no producía bilis negra, la cual es la sustancia encargada de generar el sueño y la tranquilidad.

Leandro estaba desesperado y se dejó convencer por lo que le dijo aquel hombre del traje gris. De acuerdo al diagnóstico de ese lugar, el exceso de producción de bilis amarilla en su cuerpo había relegado la producción de bilis negra y, asimismo, su sangre y su flema se habían corrompido. El tratamiento que le recomendó ese hombre era someterse a una limpieza de sangre y flema, para que después le fuese suministrada una dosis de bilis negra cada semana durante un año.

Justo ese día, Leandro se sometió al tratamiento. Un par de individuos lo condujeron dentro de una sala de quirófano, lo desnudaron y le introdujeron sondas de goma en la nariz, la boca y el recto. De aquellas sondas comenzó a evacuar un líquido blancuzco que llenó la bolsa de desperdicios biológicos. La

agitación dominó a Leandro, pero una enfermera que se hallaba a su lado le acarició el cabello, al tiempo que le decía que esa sustancia que salía de sus cavidades a través de las sondas de goma era flema. Poco después, un par de individuos más, lo canalizaron de ambos brazos y le suministraron un extraño líquido de color negro. Sus venas se hincharon de manera ridícula y Leandro experimentó una potente somnolencia, después de mucho tiempo de padecer insomnio.

Cuando despertó, se encontraba todavía recostado en el camastro del quirófano. Había dormido varias horas. Se sentía revitalizado, contento y con hambre. El hombre del traje gris lo miraba, sentado en una silla que daba en un rincón de la sala. Le dijo que aquella tarde le drenaron la sangre, la flema y la bilis amarilla, y también le suministraron en su sistema una dosis de bilis negra para que, desde ese momento, sus cuatro humores estuvieran equilibrados. Le recomendó regresar al lugar la semana siguiente para que le fuese inyectada una nueva dosis de bilis negra, pues su cuerpo estaba incapacitado para producirla.

Leandro se vistió y antes de salir solicitó la cuenta. La recepcionista le indicó que los gastos generados por el tratamiento serían saldados después de un año. Él exigió que le fuera informada la cifra exacta por el tratamiento; pero la recepcionista le respondió: «Usted no se preocupe por el dinero. Después de todo, la salud no tiene precio».

De esa manera, Leandro asistió cada semana a aquel edificio para que le fuese proporcionada una nueva dosis. El tratamiento era milagroso; había recuperado su vitalidad, su energía y felicidad. Ya podía dormir cada noche como cualquier persona. Del mismo modo, su manía por la limpieza había desaparecido. Leandro ya no se preocupó más por tocar superficies percudidas, ni por lavar sus manos, desinfectar su habitación, ni todo aquello que lo abrumaba y que estaba relacionado con la mugre. Y como consecuencia de ello, recuperó su vida sexual con Matilde. Ella, por su parte, también se sintió agradecida por aquel tratamiento maravilloso. Realmente sus vidas habían cambiado.

Leandro desconocía cómo aquellos fabricantes de humores producían la bilis que le inyectaban. De alguna manera, eso le generó misterio, no obstante, era algo que debía tenerlo despreocupado. Su vida había cambiado. Y por si fuera poco, una noche Matilde lo recibió con una merienda espléndida y una noticia todavía más afortunada; por fin, su sueño de ser madre se iba a cumplir.

Cada semana asistía a ese edificio para una nueva inyección de bilis negra. Sin embargo, luego de un par de meses, Leandro comenzó a padecer una protuberancia repentina en la piel. La hinchazón se hallaba en su región lumbar y cada vez que la tocaba, experimentaba un ligero dolor. Cuando asistió con los fabricantes de humores para su sesión semanal, el hombre del traje gris, que más que médico parecía un abogado, le indicó que esa protuberancia no era más que una ampolla que a veces se formaba por el tratamiento. Le dijo que no se preocupara, pues desaparecería luego de un tiempo.

Pero la protuberancia comenzó a crecer cada semana. A veces, Leandro tenía la sensación de que esa bola en su espalda palpitaba por algunos momentos. El miedo estaba presente; sabía que aquella hinchazón era el resultado de las sesiones semanales con los fabricantes de humores. Sin embargo, no estaba dispuesto a interrumpir el tratamiento. Su vida había mejorado y por fin, después de mucho tiempo, se sentía feliz. Por lo que continuó yendo cada semana a inyectarse aquella sustancia. De la misma manera, trató de mantener oculta esa aberración corporal de los ojos de su esposa, pues sabía que ella le iba a pedir que recurriera a otro tipo de medicación para curar sus males de sueño.

Cuando Leandro se encontraba solo en casa, se desnudaba y con ayuda de un pequeño espejo, revisaba la hinchazón que crecía detrás de su cuerpo. Justamente, se trataba de una protuberancia de coloración morada de un tamaño considerable y que, además, crecía cada vez que Leandro se revisaba. Cuando la vio por primera vez, sintió repugnancia y miedo. Quizá era un

síntoma de una enfermedad mucho más grave, pensaba él; pero, después de todo, estaba dispuesto a mantenerlo en secreto.

Una noche, mientras Leandro y Matilde hacían el amor, ella besó su cuello y acarició sus hombros hasta bajar a su espalda. De pronto, la mano de Matilde, que acariciaba la zona lumbar de Leandro, sintió un enorme abultamiento que se movía por sí mismo. Ella, horrorizada por la extraña sensación en su mano, saltó de la cama y encendió las luces de la recámara. Leandro, avergonzado por el descubrimiento, le pidió que se calmara. «¿Qué fue eso? ¿Qué fue eso?», gritaba sin parar. «Es sólo una ampolla, mujer. Tranquilízate», le suplicó. Pero ella no paró de gritar y de exigir que se quitara la bata de dormir. Entonces él, con mucha vergüenza, se desnudó y le mostró la espalda. Matilde gritó desesperadamente y estuvo a punto de llamar a una ambulancia, pues ya no se trataba de una simple protuberancia, sino de un tumor repulsivo que se removía dentro de la piel de Leandro.

Él le pidió que se callara, que volviera a la cama y se olvidara de lo que vio. Le explicó que todo se debía, tal vez, a las terapias de inyecciones con los fabricantes de humores y que esa bola desaparecería con el tiempo, pues así se lo habían hecho saber ellos. Pero Matilde sentía horror por lo que crecía en la espalda de su esposo y se negó a compartir la cama con él nuevamente.

No obstante, mientras los días transcurrían, aquella protuberancia en la espalda de Leandro creció cada vez más y también aumentaron los dolores y la sensación de movimiento. Incluso, el tamaño de esa bola en su espalda le dificultaba vestirse, pues su camisa y su chaqueta no podían abrocharse.

Una tarde, mientras Leandro caminaba por las calles del centro de la ciudad, con su maletín repleto de productos de higiene y cosméticos, sintió que la protuberancia que cargaba a su espalda comenzaba a moverse frenéticamente. Fue tanta la incomodidad y miedo que experimentó en ese momento, que corrió hacia un local de sanitarios públicos. Pagó unas cuantas monedas e ingresó a un cubículo para desvestirse. Cuando se

tocó la parte baja de la espalda, sintió que su mano se humedecía con un líquido viscoso y caliente. De repente, esa bola que crecía detrás de él, expulsó una materia grumosa cubierta de una sustancia pegajosa y de un olor pestilente. Leandro bajó la mirada y advirtió que el piso del baño se hallaba empapado de ese fluido negro que salió de su espalda. Asimismo, las paredes del cubículo estaban manchadas. La materia que expulsó parecía un montón de fideos húmedos y transparentes; sin embargo, a los pocos segundos, esa materia adquirió una forma compacta y comenzó a reptar por el suelo. Horrorizado, Leandro salió del cubículo y observó aterrado cómo aquella cosa se arrastraba por el piso y se metía en la taza del excusado.

Al llegar a casa, limpió la parte de su espalda donde reventó aquella ampolla. Tuvo que deshacerse de la ropa que traía puesta, pues la pestilencia era insoportable. Después de limpiar y desinfectar la llaga, se colocó una gasa y vistió ropa limpia. Trató de tranquilizarse con un poco de música; pero no podía dejar de escuchar a aquella aberración filtrarse por las tuberías del drenaje de esa estación de baños públicos.

El embarazo de Matilde transcurrió entre caricias y besos de Leandro. Él se había convertido en un hombre amoroso y cálido, muy diferente a como lo fue en los primeros años de su matrimonio. Era la primera vez que Matilde tenía la sensación de que su marido la amaba más a ella que a la limpieza. Es más, ya estaba segura de que Leandro se había olvidado para siempre de esa molesta obsesión por la higiene. Durante los meses de gestación, Matilde dormía abrazada a Leandro, y juntos gozaban de un apacible y entrañable sueño, o al menos eso aparentaba él.

Sin duda alguna, ella había recuperado esa felicidad que por tantos años le fue negada. Sin embargo, Leandro, a pesar de encontrarse libre de insomnio y obsesiones, en ciertas ocasiones experimentaba una insoportable angustia por algo desconocido que recorría su mente. Algunas veces, un ligero sonido o un pensamiento accidental lo tomaban por sorpresa y le provocaban temblores incontrolables durante horas.

Sucedió, como saben los que lo llegaron a conocer, que el hijo de Leandro y Matilde nació una noche en uno de tantos hospitales de la ciudad. El niño simbolizó las ilusiones cumplidas de su madre; y para Leandro, representó el fin de una etapa demoledora para sus nervios y su vida cotidiana. Y como nació un veinticuatro de marzo, decidieron llamarlo Gabriel. El niño heredó el mismo color violeta de los ojos de su padre. Fue un niño hermoso y sano que estaba destinado a crecer rodeado de amor y atenciones.

Ignoro si por una fatalidad accidental o por un maleficio demoníaco, Leandro volvió a despertar durante las madrugadas. Podría decirse que aunque él asistía, guiado por un fervor religioso, con los fabricantes de humores para inyectarse aquella desconocida y quizá contaminante sustancia negra, su sueño se volvió frágil y complicado. El caso fue que un olor nauseabundo lo despertaba cada madrugada. Entraba como una sombra a través del rosetón de su recámara y contaminaba su tranquilidad. Consistía en un aroma putrefacto, insoportable y que además le resultaba familiar. Era la misma fetidez que percibió aquella ocasión en la que su cuerpo expulsó aquella materia grumosa en la estación de baños públicos.

Una noche, mientras Matilde y su bebé dormían, Leandro fingía leer *Wieland* de Brockden Brown, sentado en el sofá de su estudio. Esperaba volver a percibir ese asqueroso hedor que entraba por el rosetón. Pasadas unas horas, apreció la fuerte emanación del exterior, por lo que corrió hacia el jardín y tomó un azadón como arma. Todavía el pánico no lo asaltaba; sin embargo, gracias a la luz de los faroles del alumbrado público, que le aclaró el terreno de su propiedad, visualizó una grotesca criatura, carente de forma, que reptaba en el césped del patio. La entidad se retorcía y expulsaba de su epidermis un denso líquido amarillento que apestaba todo a su alrededor. Se percibía como un olor a carne podrida. En virtud de esto, Leandro sintió unas terribles ganas de vomitar y, aunque intentó reprimir las arcadas, el asco lo venció. Entonces corrió a un rincón y volvió el estómago. Cuando giró para buscar con la mirada a este ser que se arrastraba asquerosamente, ya no lo encontró. Incluso, la fetidez había desaparecido.

No fue hasta el siguiente día que Leandro reparó en aquella misma pestilencia, la cual bajaba desde el ático de su vivienda. Supo lo que iba a descubrir, por lo que se preparó antes de subir. Tomó un costal donde guardaba las hojas secas del otoño y un par de guantes de carnaza por motivos de precaución.

Por cada escalón que lo ascendía hacia el lugar, Leandro percibía un hedor cada vez más intolerable. Justo en el instante de girar la manija, vio que el piso estaba manchado por una secreción amarilla y pegajosa. Al cruzar la puerta se encontró con la aberración, adherida al cristal de la ventana, como aquellas estampillas que suelen pegarse en los vidrios agrietados. El ser se movía con dificultad y al tratar de descender, su piel se estiró de manera caricaturesca, como si fuera queso gratinado. Leandro estuvo a punto de arrojar una bocanada de vómito contra el cristal; sin embargo, se contuvo y tragó el contenido de su arcada. Cuando se aproximó, decidido a terminar con esto, reparó en que la criatura tenía un par de ojos que semejaban antenas, como los caracoles, sólo que arqueadas y no erectas. De estos ojos también pudo distinguir párpados y pupilas. Sin embargo, lo que más lo desconcertó fue cuando descubrió que el color del iris de esta aberración tenía la misma coloración violeta que el iris de su hijo.

En la senda de la locura, Leandro despegó al ser del cristal de la ventana y, al momento de hacerlo, los líquidos segregados de la piel del invertebrado, humedecieron los guantes de carnaza. La peste se volvió insoportable. A pesar de eso, Leandro envolvió a la criatura en una bolsa de plástico y la tiró al interior del costal. En ese momento pensó en echarlo al contenedor de basura, pero supo que la potencia de la hediondez llamaría la atención de los vecinos; por lo que decidió cavar un hoyo en su patio trasero y enterrar a la criatura.

Cavó lo más aprisa que pudo. Quizás un metro y medio de profundidad. Ya exhausto y enfurecido, amarró el costal con ca-

ble de cobre y lanzó a la aberración al agujero, con la esperanza de no volverla a ver. Posteriormente tapó el hoyo, lo cual le llevó la mitad de tiempo.

Semanas después, cuando comenzó a recuperar la calma y el descanso, un repartidor entregó a su puerta un paquete de cierta dimensión. Aquella mañana, justo en el momento en el que Leandro se disponía a salir, casi tropieza con la caja envuelta en aluminio. Decidió cogerla y regresar al interior de la casa. Matilde aún dormía en la recámara con el bebé. Leandro colocó el paquete sobre la mesa del comedor y, mientras lo desenvolvía, percibió una hediondez tremenda. El pánico lo poseyó y apartó la caja lejos de él. Pensó en echarla a la basura lo más pronto posible; pero por asco y miedo, evitó tocarla con las manos. Ideó salir por una pala que guardaba en su garaje; no obstante, cuando estuvo a punto de marcharse del comedor, el paquete comenzó a abrirse desde su interior y, poco a poco, apareció aquella masa deforme y glutinosa.

La aberración se escurrió por la mesa y descendió a sus pies. Cualquiera que hubiera visto esta escena en la cocina de Leandro, habría pensado que eso que se deslizaba por el piso era un guisado o un puré cremoso que alguien había derramado por error.

El olor era insoportable. Aquel fenómeno segregaba una mucosidad transparente y pegajosa que apestaba todo a su alrededor. Una vez más, Leandro experimentó unas náuseas incontenibles; pero esta vez se dominó y resolvió tomar una bolsa de plástico en donde introdujo a esta criatura. Ya dentro de la bolsa, salió de la casa y la lanzó a un contenedor de basura que se hallaba a varias cuadras de su vivienda. No se retiró de ese lugar hasta ver con sus propios ojos que el camión de recolección de desechos se llevara consigo la bolsa de plástico que había ido a echar allí. Sin embargo, al regresar otra vez a su hogar, la pestilencia y las secreciones del esperpento lo recibieron de inmediato al cruzar la puerta. Y aunque el olor lo incomodaba, en realidad lo que más le preocupaba en ese momento era que Matilde preguntara por el origen de ese aroma dentro de la casa.

Leandro abrió las ventanas, desinfectó el interior y fregó el comedor y el piso hasta que el olor desapareció. Aun así, tenía miedo al imaginar que Matilde descubriera a la criatura y le cuestionara sobre su origen. Y más que un miedo inexplicable, se trataba, más bien, de una amarga vergüenza. Él, que siempre había cuidado de su apariencia, que había sido tan escrupuloso con su higiene y que solía ser bastante especial con su aroma corporal, no podía aceptar que un ser tan asqueroso y repugnante hubiera salido de su interior. Especialmente no podía aceptarlo frente a Matilde, su amada esposa. Y mientras reflexionaba en la magnitud de este bochorno, sus labores de limpieza contra las secreciones se intensificaron; hasta que, luego de unos momentos, el olor y las mucosidades embarradas en la superficie de su vivienda desaparecieron.

Una tarde, Matilde salió con el bebé a dar un paseo en carriola por el parque de la ciudad. Leandro dijo que se sentía cansado y se quedaría a tomar una siesta en lo que ella regresaba. Por lo que Matilde se marchó con el bebé y lo dejó solo. Realmente no se sentía cansado, sino aterrado. Había percibido un desagradable olor que se filtraba por el rosetón. Fastidiado por sentirse acosado por esta pestilencia, salió, martillo en mano, hacia el jardín de su casa; sin embargo, luego de darle varias vueltas a la periferia de su propiedad, no halló nada. Cuando regresó al interior de su hogar, la peste lo tomó por sorpresa. Y, justamente, esa entidad, deforme y viscosa, se encontraba adherida al techo de la sala. Entonces tomó una escoba y trató de bajarla de allí, pero la criatura producía un líquido adhesivo tan efectivo, que todos los intentos por hacerla caer fueron inútiles. A razón de esto, Leandro, ya desesperado, comenzó a golpearla con el palo de la escoba. Y sin esperarlo, ésta se desplazó hacia un rincón del techo en donde ya no pudo apalearla. Asimismo, el ser había dejado tras de sí un rastro de secreción amarillenta que goteaba trabajosamente y ensuciaba la alfombra de la sala.

Ocupado en atrapar a la criatura que se había refugiado en un rincón del techo, Leandro no se dio cuenta de que Matilde había

regresado a la casa antes de lo previsto. Para evitar el bochorno y las explicaciones, decidió salir por la puerta trasera de la vivienda antes de que ella se diera cuenta.

Después de unas horas ausente, Leandro regresó a casa. Al entrar, Matilde lo esperaba sentada en el sillón de la sala. Se le notaba distante y un poco hostil en su recibimiento. «¿A dónde fuiste?», le cuestionó con tono amenazante. «Con el señor Tesifonte, a ver a sus gatos», respondió con naturalidad. A pesar de los esfuerzos por mantener la calma, Leandro no dejaba de sentir tensión en su interior. La sala apestaba, pero inexplicablemente Matilde parecía no notarlo. «¿Me quieres tomar el pelo?», le reclamó con violencia. Entonces apuntó hacia la cocina y Leandro vio que la criatura se hallaba enroscada dentro de un frasco de vidrio transparente. «Lo descubrí al regresar con el bebé. ¿Quieres explicarme de dónde salió?». Por lo que no quedó otro remedio que asumir su responsabilidad. «Salió de mi ampolla, como los barros que expulsan grasa y pus cuando han madurado lo suficiente, querida. Esa es la verdad», le confesó con vergüenza. «Tiene tus ojos, Leandro. ¡Tiene tus ojos! ¿Cómo esperas que lo tome? No quieras engañarme. ¡No puedo soportarlo!». Y Leandro la abrazó y le juró que era la verdad. «Fue por la maldita medicina que me inyectaron en ese lugar. Lo juro por la vida de nuestro hijo que no te estoy mintiendo, querida», le dijo con un nudo en la garganta y a punto de llorar.

Matilde decidió perdonarlo. Ambos se abrazaron y se besaron. La reconciliación intimidó a Leandro más de lo que hubiera imaginado, pues descubrió que toda la situación era por completo ridícula. Por un lado, el niño no dejaba de llorar, quizá por hambre o quizá por desazón; por otro, Matilde se advertía más preocupada por observar con detenimiento a la entidad que se encontraba atrapada en el frasco de vidrio. Contemplarlo le producía a Leandro pavor y asco. Visto a través del cristal, resultaba un pedazo de lengua de vaca en escabeche. Ella no dejaba de mirarlo y de hacer preguntas como: «¿Qué clase de cosa es ésta?» y, «¿ya viste lo sucio que es?» Entretanto, Leandro permaneció

en el mismo lugar, sin obtener una respuesta lógica para estas cuestiones.

Pensó que Matilde arrojaría por el drenaje a aquel adefesio; pero ella lo conservó en el frasco, encima de la alacena durante varios días. Y, sin darse cuenta, una tarde, Leandro descubrió que el frasco se encontraba vacío. Cuando se lo comentó a su esposa, ella le dijo que lo había dejado salir. «¿Qué? ¿Pero cómo es posible? ¿Por qué?», fue lo que alcanzó a cuestionar. Y ella: «El pobrecillo no podía estar en ese frasco por siempre», le respondió con tono compasivo. Matilde lo había liberado en el jardín. La entidad se arrastraba por el techado de la casa. Su sola presencia había ahuyentado a los gatos del señor Tesifonte, los cuales acostumbraban a merodear por allí todos los días.

Leandro no podía explicarse la extraña ternura que esa repugnante criatura generaba en su esposa. No había ninguna razón que pudiera responder a eso. Y, sin embargo, cada día Matilde convivía más con el engendro. A veces le silbaba, otras veces lo cogía con las manos y lo colocaba en una pileta para que su piel se humedeciera y, en otras ocasiones, lo alimentaba con leche en polvo con la ayuda de un biberón. Parecía como si Matilde no pudiera ver lo horripilante que era esta aberración. Algunas veces, Leandro se preguntaba si este adefesio era repulsivo sólo para él. Y, a pesar de que era Matilde quien se sentía más conmovida por la criatura, la aberración acosaba a Leandro cada vez que podía.

El engendro se adhería al cristal del rosetón y lo vigilaba sentado en su estudio. Luego, cuando menos lo esperaba, hallaba al adefesio colgado de un muro mientras sus estirados ojos lo veían caminar por los pasillos. Lo encontraba en todas partes y a cualquier hora. Y en todas las ocasiones que Leandro intentó apartarlo con violencia, Matilde intervino en defensa de la aberración. Lo llamaba desalmado y criminal. Entonces, Leandro se retiraba con timidez, al tiempo que ella lo agarraba sin asco y lo arrullaba en sus brazos.

Una noche, mientras Leandro tomaba un baño de tina, la criatura se internó en las tuberías y emergió del desagüe de la bañera. De

pronto, sintió entre sus piernas la sensación de unos tentáculos que lo acariciaban, por lo que saltó con horror. La criatura chapoteaba en el agua jabonosa y del orificio, semejante a un esfínter, emitía trabajosamente los sonidos: «Pa... pa... pa... pa... dreee...», una y otra vez. Y esta voz diabólica estaba asociada, en la mente de Leandro, con aquel olor repulsivo del drenaje y la putrefacción.

Leandro toleraba la presencia de la criatura en su hogar, pues Matilde se mantenía aferrada en conservarla a su lado. Incluso se había desinteresado de su propio hijo. Y Leandro, cada vez más incómodo y enfermo por la existencia de esta aberración en su casa, se ocupaba de cuidar a Gabriel. Sin embargo, durante las mañanas se veía obligado a salir a trabajar.

Una tarde, tal vez un poco más oscura de lo normal, Leandro regresó a su vivienda y, al llegar a la sala, encontró a Matilde sentada en el sillón al tiempo que sostenía al bebé y a la aberración cerca de sus senos. Los amamantaba simultáneamente y, cuando vio que Leandro observaba horrorizado aquella escena, le dijo: «¡Mira cómo se alimentan de mí! ¡Les encanta la leche de mamá! Sobre todo a este de aquí, que me succiona como si fuera una aspiradora». Y con una inclinación de cabeza, apuntó a la criatura.

Cada día, el hombre sospechaba que esta criatura era inteligente y, sobre todo, que experimentaba sensaciones hostiles. El engendro quería ganarse el amor de Leandro, deseaba conquistarlo, provocarle ternura y afecto, así como lo había conseguido con Matilde. Ella lo adoptó como a su bebé, pero Leandro sólo sentía asco y miedo por él. No podía sentir otra cosa frente a su presencia. Asimismo, observó que la criatura competía agresivamente con Gabriel. Se removía para llamar la atención cuando el bebé lloraba por irritación o cuando tenía hambre; también se alimentaba ferozmente de los senos de Matilde hasta dejarlos secos algunas veces. Pero nada de eso funcionaba con Leandro. Por lo que una noche, esta criatura se deslizó entre las sábanas que cubrían la cuna del bebé.

Leandro, quien acostumbraba a darle el beso de las buenas noches a su niño, se acercó a su frente y reparó en la coloración

amarillenta de su piel. Al aproximarse a su rostro, vio que de la boca del bebé emergía esa masa informe que tanto lo había atormentado. Entonces, enfurecido, cogió con los dedos al engendro, lo extirpó de la garganta de su hijo y lo lanzó contra la pared. Rápidamente lo pisó, con una rara sensación de furia provocada por el hartazgo y el miedo, con el talón, una y otra vez, hasta convertirlo en escombros. Y mientras lo hacía, supo que era algo que debió realizar desde el principio.

Fatigado y confundido por lo ocurrido, Leandro se desplomó suavemente en una esquina del cuarto. Matilde ingresó a causa del escándalo y, al ver lo que había pasado, comenzó a gritar histéricamente. De inmediato se abalanzó contra su esposo y comenzó a golpearlo en el pecho y en la cara: «¡Asesino! ¡Maldito asesino! ¡Lo mataste!», pero Leandro no alcanzó a comprender nada.

Cuando despertó, se encontraba sentado en una sala de interrogatorio. No eran policías quienes se hallaban frente a él. Eran médicos. «Con que no puede usted dormir, ¿eh? –Leandro estaba confundido y no supo qué responder–. Bueno, eso no importa. Sólo queremos saber por qué lo hizo. ¿Cómo pudo matar a su propio hijo, desgraciado bastardo?». «Esa cosa no era mi hijo –respondió Leandro–. Eso se metió en la garganta de mi niño y lo asfixió porque sentía celos. Esa cosa quería mi atención». Pero uno de ellos le explicó que en su casa no descubrieron nada que no fuera el cadáver de su hijo. Trataron de explicarle que aquella criatura de la que hablaba no existía. Entonces, Leandro contó todo desde el principio. Habló de su insomnio, de la clínica de los fabricantes de humores, del embarazo de Matilde, de la protuberancia de su espalda y de lo terrible que fue el acoso de esa criatura.

Uno de los hombres de la sala se aproximó a Leandro, le levantó la camiseta y le mostró, con ayuda de un espejo, que no había ninguna cicatriz en donde se suponía que esa criatura había salido. Otro hombre le dijo que aquella clínica, en donde se suponía se hallaban los fabricantes de humores, no existía.

«¡Pero les digo que es cierto! ¡No estoy mintiendo! –gritó Leandro–. Todavía recuerdo el nombre y el número de la calle. Es un edificio que está en los suburbios de la ciudad, en el número uno de la calle Mádison».

Entonces, un hombre que se encontraba a su costado izquierdo, le respondió con tranquilidad: «Ya nos lo dijiste muchas de veces. Esa calle no existe. El insomnio que padeces es tan grave que no te ha dejado dormir por años. Llevas más de tres años sin descansar. Eso ha provocado que veas imágenes y situaciones que no son parte de la realidad. Te compadezco. Pero debes aceptar que estás enfermo. Lo que hiciste con tu niño no fue tu culpa. Aun así, estarás en este lugar hasta que te cures. De eso se encargará el doctor Orbán». De pronto, Leandro vio entrar por la puerta de esa habitación al mismo hombre del traje gris que solía recibirlo en la clínica de los fabricantes de humores.

Un alma ajena

He was my North, my South, my East and West,
My working week and my Sunday rest,
My noon, my midnight, my talk, my song;
I thought that love would last forever: I was wrong.
W. H. Auden. *'Funeral Blues'*

A las tres y media de la madrugada, del nueve de julio del presente año, Abelardo Gracián recibe una llamada de parte del gerente de la maquiladora donde trabaja su esposa. Abelardo apenas logra despabilarse cuando el hombre, del otro lado de la línea, le hace saber que Trótula ha sufrido un accidente. Poco a poco, la sangre le sube a la cabeza y permanece estupefacto unos minutos antes de cortar la comunicación. Hubiera sido mejor que el gerente se anduviera con rodeos antes de informarle sobre el incidente. La forma en que le comunicó el suceso fue tan poco delicada que por un momento le pareció una broma de mal gusto.

Sale apresuradamente del edificio de departamentos a través del elevador y cuando pisa la calle, que en ese instante se encuentra inundada por una torrencial lluvia de verano, un automóvil ya lo espera en la esquina del inmueble. Abelardo indica en la pantalla del asiento la dirección de la maquiladora. El servicio automático de transporte no tarda ni cinco minutos cuando al momento se encuentra ya en la entrada del lugar. Sabe de antemano que recibirá malas noticias, pues el sitio se halla rodeado de patrullas, ambulancias y paramédicos. Trótula era la encargada del área de control de calidad y solía trabajar en las madrugadas de todos los viernes. El día anterior ella le había dicho que no

se sentía feliz en ese empleo, pues le parecía bastante rutinario, sin vida y deprimente. Las maquiladoras se autorregulan y no necesitan ningún tipo de manipulación humana para funcionar. Trótula era la encargada de vigilar que los productos manufacturados, eyectados por las máquinas, emergiesen correctamente. Abelardo había advertido desde hacía años que su esposa no era feliz y se sentía sola. El amor que él le ofrecía en el hogar no era suficiente. La falta de contacto humano en el trabajo la convirtió en una mujer reservada y melancólica. «Las máquinas son frías, Abelardo», solía decir mientras tomaban el desayuno frente a la pantalla del comedor.

Un policía militar se acerca hasta él y lo conduce al interior de la fábrica. Durante el corto trayecto, el gendarme le aconseja tranquilizarse, pues lo que está a punto de ver lo perturbará sobremanera. La mitad del cuerpo de Trótula se halla prensado por una maquiladora de productos aeroespaciales. Los restos de la mujer se encuentran esparcidos por todo el lugar. Incluso, algunas partes de ella cuelgan del techo, dado que la turbina logró arrojarlas hasta allí. Abelardo todavía recuerda que la mañana anterior, cuando estaba a punto de salir del departamento, Trótula le preguntó si algún día dejaría de amarla. «Eso nunca pasará, mi amor», le respondió sin pensarlo. En este momento, desea haberle dicho algo menos convencional.

Trótula era una mujer de más de un metro con setenta centímetros, de cabellera rubia ondulada y una figura escultural. El gerente de la maquiladora siente lástima por lo ocurrido. Una mujer tan especialmente bella, reducida a un amasijo licuado de despojos. Pero de quien siente todavía más pena es por Abelardo; él ya es un hombre cincuentón y poco agraciado. Incluso, algunas personas, más precisamente las mujeres, lo consideran un individuo ridículo y desagradable. Jamás, en el resto de su vida, logrará conseguirse otra mujer como ella. Este momento de su existencia es en verdad lamentable.

Un agente virtual aparece en los monitores de la pared. Se ha manifestado para resolver el asunto del seguro de vida de

Trótula, pero Abelardo no está dispuesto a cobrar ningún beneficio por la pérdida de su esposa. Ella fue la única mujer que de verdad lo amó, sin importar sus defectos. Aún puede escucharla cuando le hablaba al oído durante las noches. Eso es lo que más extrañará de ella. Nunca se burló ni le reprochó sobre su extraña personalidad. No obstante, está muerta y nada puede hacer, a pesar de que algunos de sus conocidos han optado por conseguirse parejas artificiales.

Una compañía de seguros ofrece el servicio de mimetizar físicamente a seres queridos fallecidos. Sin embargo, para Abelardo esa no es una opción. A su juicio, esos seres artificiales no tienen vida, no pueden amar ni generar ningún tipo de emoción; sólo aparentan comportarse como seres sensibles. Abelardo desprecia a aquellos hombres que se han conseguido a esos ginoides para curar sus penas. «Se engañan a sí mismos. Eso no es un ser humano –solía decirle a Trótula, mientras tomaban el almuerzo–. Seamos francos. Esas cosas obedecen a un programa de la personalidad del difunto, lo siguen punto por punto, pero al final de cuentas, sólo se trata de una ilusión». Trótula siempre le daba la razón y nunca discutía con él. Ella sabía que Abelardo era un conservador con respecto a todos estos nuevos estilos de vida. «Las personas de ahora son demasiado autocomplacientes, demasiado frágiles. No quieren enfrentarse a la realidad ni al dolor. Somos una sociedad de cobardes».

Antes de regresar al departamento, se aproxima a los restos de Trótula. Por fortuna, su cabeza sigue intacta. Abraza los restos prensados en la maquiladora y se despide de su esposa con un beso en la frente.

Al siguiente día espera el servicio de paquetería. Cuando tocan a su puerta, le entregan una diminuta caja que guarda la píldora que se encontraba integrada bajo la corteza cerebral de Trótula. A pesar de que es un conservador y un ludita, Abelardo había tenido cierta tolerancia con el uso de la píldora de circuito integrado en el cuerpo de su esposa. Ella le dijo que esta nueva aplicación facilitaba la vida de las mujeres. Incluso se había con-

vertido en toda una sensación para los consumidores. Es una pastilla de algunos milímetros, hecha de un material amigable con el cuerpo humano, que tiene la función de procesar información del cerebro, específicamente del hipocampo.

Abelardo nunca se atrevió a someterse a la nueva tendencia de la píldora, pues pertenece a la Iglesia del Aleph, por lo que su religión no le permite vacunarse, tatuarse la piel ni introducirse materiales ajenos al cuerpo. Sin embargo, Trótula se implantó la píldora poco después que esta se comercializara. La píldora de circuito integrado permite acumular información que muchas veces el cerebro no logra procesar. Esta información queda almacenada en un *software* que puede ejecutar esa información cuando el usuario del servicio lo requiera. De esta forma, la píldora sirve como una aplicación que facilita la vida diaria y piensa por el usuario. Muchos comentaristas la asocian a un tipo específico de inteligencia artificial; sin embargo, sus funciones son bastante simples. Con el uso de esta píldora, los usuarios recuerdan de manera automática fechas, lugares, espacios, personas y cualquier tipo de información. Trótula, quien era una mujer muy distraída y olvidadiza, compró la píldora con la intención de evitar la pérdida de objetos que a veces extraviaba en el trabajo y situaciones parecidas.

Después de la partida de Trótula, Abelardo se convierte en una concha vacía. Los meses pasan, mientras él hace la misma rutina. Sale en las mañanas a trabajar en la biblioteca, desayuna en silencio en el mismo local de alimentos, regresa a su departamento y se pone a leer las noticias del día en la computadora. Los empleados de los cubículos que rodean la biblioteca, saben que Abelardo es la única persona que tiene fotografías de su esposa enmarcadas en el escritorio. En los treinta años que lleva como bibliotecario, jamás había sido consciente del aburrimiento, la soledad y el fastidio que se respira en el lugar donde trabaja diariamente. Pero ahora sabe que Trótula era quien lo salvaba de este empacho. Y ese vacío emocional en él, se vuelve cada día más profundo gracias al silencio, abandono y desinterés que se vive en su lugar de trabajo.

A Abelardo le agradaba servir como bibliotecario público porque se trataba de una labor tranquila y silenciosa. La biblioteca siempre había sido una curiosidad para unos pocos, porque para la mayoría era, básicamente, una obsolescencia. En los treinta años de servicio, Abelardo sólo recuerda una ocasión en la que un curioso decidió consultar un libro de biología evolutiva. Realmente es un lugar inservible y deprimente, como su personalidad actual. Asimismo, ese silencio reconfortante y arrullador que antes experimentaba en la biblioteca, ahora le resulta tortuoso.

Al regresar, advierte el mismo silencio y la misma soledad que lo acosan en su trabajo, pero todavía más acentuado en la asfixia de su departamento. Pasa las horas sentado en su sillón sin mover un músculo. Sabe que la monotonía lo va a orillar a la locura. Siente una densa depresión que lo ahoga a cada segundo. Durante su vida se esforzó en no tener amigos y, los pocos familiares que llegó a conocer, ahora están muertos. Trótula fue el único ser humano que hablaba con él. Abelardo no necesitaba a nadie más. Ella era la razón de su vida.

Cada dos meses asiste a las ceremonias de la Iglesia del Aleph, en donde los miembros expresan sus deseos escritos en una carta que depositan en un buzón de acero pintado de azul marino. Sin embargo, para Abelardo ninguna de esas personas que comparte su fe le es familiar. Nunca tuvo la oportunidad de sentarse a hablar con alguien de su comunidad religiosa. Finalmente, decide escribir sus deseos en una libreta y deposita la hoja en el buzón. «Daría mi vida por estar una vez más con mi esposa».

En los atardeceres suele salir a caminar alrededor de la ciudad. Cruza las avenidas más transitadas y se dirige a los suburbios, para, luego, llegar a la playa. Acaba de adoptar la costumbre de explorar los clubes nocturnos con el suficiente ruido interior para obligarlo a olvidar su pérdida. Pero se da cuenta de que no embona, puesto que su presencia incomoda a los asistentes. Su apariencia e introversión lo hacen ver sospechoso, pero no quiere regresar a su departamento. Allí habita la peor de sus pesadillas, una entidad que lo atormenta y le genera terror. Es,

justamente, aquella sensación asfixiante que en realidad le es difícil de describir; la percibe como un producto malformado entre la melancolía y el fastidio. Y respira este monstruo todos los días; es la atmósfera de su soledad absoluta. Por ello, evita a toda costa llegar a dormir a su habitación. Sabe que las noches son el peor momento. No obstante, lo más tormentoso para él, es que nunca ha tenido la capacidad de llorar. Su cuerpo nunca tuvo la facultad de liberar las emociones negativas que envenenan su mente.

Ha dejado de dormir durante semanas, precisamente para escapar de esa melancolía asesina que lo brutaliza en la oscuridad y el silencio. Pero el cansancio lo obliga a regresar. Cuando cruza la puerta de su departamento, se dirige como un autómata a la recámara. Piensa que aquellas semanas de insomnio son suficientes para que su cerebro se apague automáticamente y de esta forma burlar esa insoportable sensación de ahogo que experimenta cada vez que está solo y en silencio. Pero el cansancio no es suficiente. Su mente lo acorrala con la voz de Trótula quien, desde un oscuro túnel de su memoria, le grita: «¿Por qué tratas de olvidarme?». El cuestionamiento produce un eco infernal que rebota en las esquinas de su cerebro y multiplica el ardor de su espíritu. Después de unos momentos, Abelardo intenta caminar hasta la ventana para respirar el malicioso aire nocturno de la ciudad. Cuando abre la ventana, la gélida brisa del exterior le recuerda que su departamento se encuentra en lo más elevado del edificio y una caída desde esa altura podría matarlo. Sin acobardarse, trepa el balcón y se arroja sonriente hacia el concreto.

Cuando despierta, se da cuenta de que se halla ubicado dentro de una cápsula. Luego de unas horas, un médico le informa que sus fracturas y lesiones han sanado, después de un mes dentro del hospital. Ha estado inconsciente durante cuatro semanas consecutivas. Y esto le genera un daño emocional profundo. No pudo reunirse con Trótula; ni siquiera estuvo cerca de intentarlo. Su cuerpo colisionó con el parabrisas de un automóvil, estacionado bajo el balcón de su departamento, lo que amortiguó la caída.

Luego de ser dado de alta, se dirige hacia su vivienda. Todo permanece en su sitio. Busca su computadora portátil, la toma y sale en dirección a un restaurante cercano. En la barra, mientras bebe un refresco, lee el titular de una noticia del mes pasado. De acuerdo a un estudio de la Universidad de Yale, se descubrió que aquellas píldoras de circuito integrado, además de sus funciones originales, tenían la facultad de separar el cuerpo de la consciencia. Este sorprendente descubrimiento señala que aquellas personas que decidieron someterse a la aplicación de la píldora para mejorar su rendimiento mental, habían transferido su consciencia a una interfaz virtual. De pronto, muchos analistas de medios de comunicación, ingenieros en sistemas, filósofos, sacerdotes y opinólogos de redes sociales, discutieron este fenómeno como un nuevo paso del ser humano en la búsqueda de lo intangible.

Los buscadores de la web ofrecen a Abelardo miles de páginas relacionadas con este develamiento. Varios articulistas se preguntan si, a partir de esta tecnología, es posible preservar el alma de un ser humano y transferirla a una realidad virtual para que viva eternamente. Bajo esa posibilidad, algunas personas asumen una postura desfavorable sobre el uso de esta píldora. Incluso, un pequeño grupo de hacktivistas anónimos aconseja, no sólo rechazar el uso de esta tecnología, sino también sabotear a la compañía que produce estos artefactos. Paradójicamente, el uso de esta píldora ha exaltado los olvidados fervores metafísicos de la gente. De manera accidental, una aplicación virtual ha demostrado que el alma existe y se puede manipular, igual que los datos de una página de Internet.

La biblioteca pública ha indemnizado a Abelardo por incapacidad. Ahora, él pasa día y noche encerrado en su departamento mientras reúne información. Ciertos datos son evidentes para él; otros, aunque más oscuros, no le resultan sorprendentes. De antemano sabe que los embarazos naturales, derivados en abortos, son practicados por la organización Sanger Access, aunque hay una ausencia de información sobre qué se hace con el pro-

ducto desechado. No obstante, las intervenciones que practica Sanger Access son esporádicas, pues el embarazo subrogado, la fecundación *in vitro* y la clonación han facilitado la procreación humana de manera responsable y controlada. Sin embargo, ha encontrado informes que demuestran que muchos de los seres humanos creados *in vitro* mueren de forma accidental, o al menos eso es lo que reportan los laboratorios. Al buscar información sobre el paradero de los desperdicios biológicos de los laboratorios, una página no oficial conduce a Abelardo a un restaurante de platillos exóticos. Asimismo, cuando intenta rastrear el paradero de los restos biológicos que maneja Sanger Access, de nuevo los datos lo conducen al mismo laboratorio.

La sociedad tiene conocimiento de estos seres que son creados artificialmente. Por lo regular, los embriones supernumerarios no tienen proyecto parental, por lo que se conservan vivos por congelación, en espera de una eventual utilización posterior. Asimismo, se ha descubierto que la organización Sanger Access, en realidad, no destruye el producto, sino que, más bien, lo extrae para colocarlo en incubadoras. Lo cierto es que los progenitores de estos seres ni siquiera están interesados en saber qué uso se les da, a lo que ellos mismos consideran desechos biológicos. Estos cigotos, extraídos del vientre, son incubados por los mismos laboratorios que se encargan de crear lo que ellos llaman «tecnofetos». Los seres en esas incubadoras se desarrollan a partir de la asistencia del laboratorio. Cuando logran alcanzar los doce meses de crecimiento, son vendidos a la población.

Legalmente, una persona puede comprar a uno de estos seres creados a partir de la reproducción asistida, pues estos, ya por haber sido creados en un laboratorio o, por otro lado, haber sido rechazados por sus progenitores, no tienen un estatus legal ni son reconocidos como ciudadanos. A veces se les considera como pertenecientes a la especie humana, pero de un nivel inferior, sin derechos ni reconocimiento cívico, a pesar de varios colectivos que intentan reclamar su dignidad. El destino de algunos de estos embriones congelados consiste en ser implantados

en la matriz de una mujer que tiene el deseo de convertirse en madre. Bajo esta causa, este ser ya puede considerarse un ciudadano con derechos. En cambio, los otros embriones que no sean implantados en una mujer, crecerán en las incubadoras y no serán clasificados como ciudadanos. Asimismo, se sabe que muchos de ellos son vendidos a pederastas. Y es que, en efecto, son considerados como una subespecie humana destinada al servicio de verdaderos humanos.

De la misma manera, estos seres son asimilados en la mente de la sociedad como tumores, es decir, conjuntos de carne y hueso creados sin la intención de dar vida a un individuo, sino, más bien, para dar satisfacción a las necesidades de una población. Es por ello que se ha descubierto la existencia de varios restaurantes que han conseguido licencia para vender su carne. Esto, aun cuando no es bien visto por la mayoría de la sociedad, no es condenado ni castigado. Un platillo tiene un precio elevado, pues la carne proviene de personas que autorizaron vender su cuerpo después de morir o el mismo restaurante compró a uno de estos embriones creados artificialmente. Por otra parte, los aficionados a esta comida exótica prefieren la carne de un humano de laboratorio que de la persona fallecida que autorizó la venta de su cadáver, pues además de que la carne es más suave, no existe el tabú de estar comiendo a un semejante.

Abelardo asiste personalmente a la clínica. Las paredes blancas del lugar lo intimidan. Una secretaria le ordena esperar sentado en la entrada del consultorio. Cuando un hombre de bata sale por la puerta, Abelardo se pone de pie y le entrega una papeleta que se le dio al ingresar. El hombre de la bata lo hace pasar.

–Quiero un embrión que tenga el mismo parecido –le dice al hombre de la bata, al tiempo que le entrega una fotografía de Trótula.

El hombre de la bata lo conduce al interior del consultorio, donde le muestra una fila de incubadoras que resguardan embriones criogenizados. Después, lo lleva a una sala donde le invita a sentarse en un sillón, mientras le muestra un catálogo de

procedimientos para mantener el desarrollo del producto que está por comprar. En ese laboratorio, asimismo, ofrecen la venta de una incubadora que acelera el desarrollo corporal del embrión.

El equipo técnico se encarga de programar al ser solicitado de acuerdo a las características que indicó Abelardo. Será una mujer de cabello claro, alta y atractiva. No será exactamente igual a Trótula, pero para eso Abelardo tiene una solicitud adicional. Le encarga al hombre de bata blanca que de acuerdo al tiempo necesario, cuando la mujer se desarrolle, le sea implantada en la corteza cerebral la píldora de circuito integrado.

Cuando el ser es programado, se le entrega a Abelardo en su domicilio. El producto es colocado en una incubadora de aceleración de desarrollo corporal, mientras está suspendido en una solución criogénica. Ubican la incubadora en la sala de su departamento. La máquina está programada para despertar a esta mujer cuando haya alcanzado la edad exacta que tenía Trótula.

Día tras día, Abelardo descubre que ella aumenta de tamaño. Durante la primera semana es apenas un conjunto de células imperceptibles a simple vista. En la segunda semana, ya puede verse en el cristal una masa informe y rosada. En la tercera semana, sorprendentemente, puede distinguirse una forma humana diminuta y frágil. En la cuarta semana se aprecia como un feto de ocho meses.

Todos los días, Abelardo observa el desarrollo de la mujer que crece dentro de su hogar. La solución azulada que la mantiene en desarrollo la hace ver cada vez más hermosa. Ciertamente, es un ser bellísimo, pero por desgracia, no es Trótula. Abelardo lo sabe y no quiere engañarse a sí mismo. Y, a pesar de ello, puede asegurarse a sí mismo que es eso un problema que podrá arreglarse fácilmente.

Mientras espera el momento de despertarla, Abelardo ocupa el tiempo en ordenar su departamento. También le compra ropa y obsequios que solían agradarle a Trótula. Pero por las noches, cuando las luces de la ciudad ingresan por sus ventanas,

él se dedica a observar el perfeccionamiento de este ser que vive dormido dentro de la cápsula. Sus párpados están eternamente cerrados y no tiene consciencia de sí misma. Sin embargo, él ha sido testigo de sus diferentes etapas. Incluso logró tomar fotografías y videos de las distintas fases de crecimiento de esta nueva mujer.

Han transcurrido cinco años desde que ella habita en su departamento. Al parecer ha alcanzado la etapa exacta de desarrollo corporal que tenía Trótula. Antes de que despierte, Abelardo programa la cápsula para que le sea implantada la píldora de circuito integrado en la corteza cerebral. Espera un día más antes de abrir la incubadora. Muy en el fondo siente una dolorosa nostalgia por despertarla, pues se ha acostumbrado a verla dormida dentro de ese círculo de cristal. Extrañará verla flotar dentro de aquella solución criogénica, tan tranquila y callada. Pero el objetivo que persiguió desde un principio es mucho más importante.

A la mañana siguiente, Abelardo abre la incubadora. Ella emerge fatigosamente y él la conduce con cuidado y lentitud hasta la recámara donde ambos solían dormir.

–¿Qué fue lo que pasó? –le pregunta con una voz que a Abelardo le conmueve. Es una voz dulce y quebradiza, muy diferente a la que tenía Trótula–. Recuerdo que… estuve muerta.

Abelardo no puede reprimir sus sollozos y la abraza. Sus lamentos son largos y profundos, pero son lamentos de una tristeza superada. Y mientras él llora en su regazo, ella mira confundida a su alrededor.

–¡Resucitaste! ¡Lo sabía! ¡Resucitaste!

–Pero… ¿cómo? –le vuelve a cuestionar.

A pesar de que ella no se parece a Trótula, es ella. Sus recuerdos son los de su esposa, también sus gestos y su personalidad.

–Por favor, dime que eres ella. Dímelo. ¿Cuál es tu nombre?

Esta mujer, confundida y asustada, se levanta del lecho y camina torpemente hasta la ventana. Se toma un momento para recuperar el aliento y cuando da la media vuelta, advierte a su

lado un espejo. De pronto se queda petrificada. Mientras mira su reflejo, se toca la cara y su cuerpo desnudo.

–¿Qué pasó conmigo? ¿Por qué no me veo igual?

Pero Abelardo, sentado en la esquina de la cama, mantiene su mirada con ojos húmedos sobre ella.

–Por favor, dime cómo te llamas –le suplica.

–Trótula –le responde, mientras permanece ensimismada en su propio reflejo.

–¿Y yo? ¿Cuál es mi nombre? ¿Recuerdas quién soy?

Ella no despega los ojos de su imagen. No siente vergüenza de su nuevo cuerpo, tampoco experimenta nostalgia por el que perdió. Está, de alguna manera, agradecida por encontrarse una vez más en el mundo, pero no puede dejar de sentir terror por una causa desconocida.

–Eres Abelardo, mi esposo –responde finalmente.

Él, al escuchar la respuesta, se pone de pie, la toma de la cintura y la besa en los labios.

Ese día permanecen acostados en la cama por largas horas. Él le hace el amor varias veces sin que ella parezca disfrutarlo. Cuando le pregunta si se siente bien, ella le explica que está confundida. No puede creer que haya regresado a la vida. Entonces, Abelardo decide explicarle cómo la resucitó en un cuerpo diferente. No omite detalles y su narración es pausada. Ella, por momentos se siente horrorizada, pero cuando Abelardo termina la explicación, recupera la calma.

–¿Qué hiciste con mis restos? ¿En dónde me encuentro sepultada?

–Decidí incinerar lo que quedó de ti después del accidente. La urna donde guardé tus cenizas está encima de ese ropero –le dice, apuntando con el índice hacia el mueble.

Ella se pone de pie y camina en dirección a la urna. Toma el objeto de mármol y comienza a llorar. La frialdad del objeto que constriñe en su pecho le provoca espasmos.

–Te recuerdo a ti, recuerdo también que morí en las maquiladoras. Pero no puedo recordar mucho de la vida que tuve a tu

lado. Hay miles de partes que faltan en mi memoria. Quiero que me perdones si no me consideras la misma.

Abelardo sabe que es ella. La misma que perdió, pero ha vuelto a recuperar. No importa si en su memoria faltan algunas piezas. Está seguro de que las recobrará lentamente. Él le jura que le ayudará a ser la misma mujer que fue años atrás.

Mientras el tiempo pasa, Trótula recupera gradualmente la memoria. Aquellas reminiscencias de su vida y su infancia aparecen en su mente día tras día. Abelardo descubre que su esposa, reencarnada en un nuevo ser, recobra la memoria a partir del último día de su vida, como si sus recuerdos fuesen un celuloide que gira a la inversa. Trótula, en las primeras semanas, parece estar alegre de volver a vivir a su lado. La encuentra sonriente cada vez que la ve. A veces la invita a dar largos paseos por los jardines de la ciudad, visitan los museos y ven películas viejas en los cines de los suburbios. Cuando regresan al departamento, Abelardo le hace el amor y ella parece disfrutarlo. Además, observa que Trótula ha vuelto a adoptar aquellas costumbres que tenía antes de morir, como cocinar pasteles y leer aquellas novelas rosas que tenía almacenadas en una repisa de la recámara.

Ha recuperado lo que más amaba y, gracias a ese milagro, decide volver a laborar en la biblioteca. No tarda mucho en solicitar otra vez su lugar de trabajo. Sin embargo, comienza a reemplazar algunas fotografías que decoraban su escritorio. La Trótula de hace algunos años ahora tiene un cuerpo nuevo, pero su alma es la misma. Su rostro es más claro y más vitalizado. Su pecho es angosto y sus piernas delgadas. Pero es ella, finalmente. Abelardo ha recuperado la calma que perdió después de la partida de su esposa. No obstante, ha regresado. No puede estar más feliz por eso. Cuando vuelve a su departamento, Trótula lo espera sentada en la sala. Él la besa en los labios y la conduce a la recámara. Duermen largas horas abrazados y al amanecer caminan por las calles tomados de la mano.

Pero, luego de un año, Trótula abandona esa vitalidad. Abelardo ya no la percibe alegre ni cordial. Por momentos,

ella pierde la paciencia, insulta a Abelardo al llamarlo «viejo estúpido» y destruye las decoraciones del departamento. Él intenta tranquilizarla. Se pregunta qué ha podido generar ese cambio en su personalidad. «Mi Trótula no era así. Nunca lo fue. Ella era la mujer más noble del mundo», recuerda mientras la mira destruir los cuadros y los jarrones.

El primer incidente ocurre una noche que Abelardo sale de la biblioteca y entra a una cafetería a comprar un jugo de frutas. Mientras espera la bebida en la barra, descubre a Trótula, quien está sentada en una mesa del fondo, en compañía de un joven de unos veinte años. Están tomados de las manos y se besan con timidez. Abelardo se aproxima hasta ella y la separa del desconocido. La toma del brazo y la lleva hasta el departamento. Durante el trayecto, le pregunta por qué ha hecho eso. Pero Trótula solamente sonríe, como si el haberlo lastimado le generara satisfacción.

Esa noche, ella lo despierta.

–Quiero que te vayas –le dice lacónicamente.

No hace falta saber por qué razón lo ordena. Ella ha dejado de amarlo. Pero lo que no puede explicarse, es la causa de que ella ya no lo ame. Una vez más, vuelve a cuestionarse si de verdad esa mujer es Trótula, la esposa que perdió hace unos años. En su mente cabe la posibilidad de que no sea la misma, de que en ese cuerpo habite un alma ajena.

Una tarde, cuando Abelardo regresa a su departamento, encuentra a Trótula parada en el borde del balcón. Su intención es arrojarse directamente a la calle, pero él alcanza a impedírselo. La toma de la cintura y la arrastra hasta la recámara. Ella gime y manotea. Le grita que la suelte, que no se atreva a tocarla.

–¡He recordado todo! –le señala–. ¡Siempre te he odiado! ¡Nunca fui feliz a tu lado! Hiciste de mi vida un infierno rutinario y nunca tuve el valor de decírtelo a la cara. Por eso fue que me suicidé aquella noche en las maquiladoras. ¡Porque ya no soportaba vivir contigo! Eres el hombre más ridículo del mundo.

Abelardo la suelta. Todo tiene sentido para él en ese momento. A lo largo de su vida siempre se cuestionó la razón por

la cual Trótula vivía con él. Su muerte repentina no fue un accidente, sino algo planeado. El amor que por ella siente está más vivo que nunca. No puede dejar de amarla, por más que ella lo aborrezca. Pero ahora, ella no quiere ser amada, ni por él ni por nadie. Desea librarse de ese lastre, ya sea a través de la ventana o por otros medios. Sin embargo, Abelardo también ha pensado en la manera de retenerla a su lado. Entonces, vuelve a tomarla del brazo y la arroja a través del balcón.

Ha decidido repetir el proceso. Llamará al laboratorio y solicitará un cuerpo nuevo para aquella alma prisionera. Pero esta vez no piensa despertarla de aquel sueño suspendido en esa solución criogénica. No. Sólo la mantendrá dentro de su departamento. Podrá contemplarla día y noche, tranquila y silenciosa, y sabrá que su compañía será eterna.

Nuestra tierra está maldita

A Stranger came to the door at eve,
And he spoke the bridegroom fair.
Robert Frost. *'Love and a Question'*

Aquella tarde, mi madre había regresado al rancho en compañía de nuestro perro. El animal caminaba detrás de ella, sin pisar su sombra. Su lengua colgaba del hocico y goteaba pequeñas perlas de baba que dibujaban un rastro puntilloso en la arena incandescente. Ese viejo perro, a quien llamábamos *Pambazo*, solía dormir durante el día dentro de las caballerizas e irónicamente solía despertar en las noches para merodear en los alrededores en busca de comida; pero de manera extraña, aquella tarde se mantuvo en todo momento a un costado de mi madre.

Yo estaba molesta con ella. Ignoré su llegada y fingí no haber escuchado el sonido de la puerta al cerrarse. No es que hubiera hecho algo para provocar mi enfado. Simplemente me sentí irritada aquella tarde. No me gustaba mi vida en esos momentos. Siempre arrastré una intensa melancolía, quizás por una causa egoísta o quizás por una razón justa. De cualquier forma, la situación me era triste.

En aquellos días, la vida en el rancho me resultaba insoportable. Tenía la sensación de que el mundo me llamaba, pero no podía llegar a él. Mi padre murió joven y me heredó el rancho. Nuestra propiedad saltó de generación en generación. Pero a diferencia de mis ancestros, yo fui la única hija de mi padre. Representé la primera excepción de varones primogénitos, después de una larga línea de descendientes. Además, tenía catorce años

cuando quedé huérfana. Por lo tanto, mi madre y yo nos hicimos cargo de las labores de la propiedad.

Para ser honesta, amaba mi hogar. Mi madre y yo vivíamos con tranquilidad. Cultivábamos nuestras tierras y criábamos rebaños de cabras y borregos en la pradera. Aprendimos a manejar un viejo tractor Deere que mi padre logró recuperar después de haberlo empeñado en el pueblo. Sin embargo, cuando él faltó, la soledad y el miedo se hicieron presentes en el hogar.

Las jornadas de labores bajo el sol me irritaban. Eran largas horas fatigantes que, poco a poco, me afectaban estéticamente.

Siempre supe que era bella. A diferencia de las mujeres del rumbo, yo era más alta y de piel clara. Pero por encima de cualquier detalle, el color azul de mis pupilas era lo que más les llamaba la atención a los hombres del pueblo. Y sin embargo, tuve que realizar las labores en el rancho, que en realidad deben de ser obligaciones masculinas. Mi madre no podía hacerlo todo. Y mientras pasaba la vida en esta tierra y este sol, intentaba imaginarme en otro lugar, gozando de otra situación. Algunos días fantaseaba con ser una actriz de televisión; otros, me concebía como una cantante. Eran pequeños vacíos en la mente que me ayudaban a pasar las horas. Pero lo que en verdad anhelaba con locura, era conocer la ciudad. No había otra cosa que deseara con mayor intensidad. Todos los días le preguntaba a mi madre cuándo me llevaría a conocer Asteria. Ella siempre respondía con las mismas preguntas. Su principal preocupación era la propiedad que nos dejó mi padre. «¿Quién le va a dar de comer a los animales? ¿Quién va a vigilar que no se roben la herramienta?». Pero yo intentaba darle cualquier motivo para ir, al menos una vez, a la gran metrópoli. No me faltaban justificaciones.

Conocía la ciudad de Asteria por las fotografías. Idealizaba aquel lugar como el sitio indicado, en donde mujeres como yo, conquistan sus sueños. En mi falta de criterio, pensaba que al momento de pisar el concreto de la ciudad, alguien importante se me acercaría para solicitarme como modelo en alguna empresa de ropa. Y aunque tarde, el día llegó. Mi madre compró un

boleto de autobús y fuimos a la ciudad para conseguir un medicamento que ella necesitaba.

A lo lejos vi los rascacielos a través de las ventanillas del autobús. El ferrocarril, el océano humano, el ruido, el caos y las luces explosivas cautivaron mis sentidos provincianos. Nunca antes me sentí más viva. Y, sin ir más allá y sin ánimos de exagerar, aquella metrópoli se convirtió en el amor de mi vida. Adoré cada pedazo de ciudad, desde los departamentos más elevados hasta el más sucio y oscuro rincón de las plazoletas. Pero a pesar de su encanto aparente, descubrí a los gusanos que viven en el subsuelo urbano; seres carbonizados por el exceso de modernidad. Y aunque vivían rodeados de multitudes, existían en absoluta indiferencia y soledad. Los descubrí en madrigueras malolientes, acurrucados entre podredumbre, perdidos en sus divagaciones mientras esperaban el minuto siguiente de vida.

Uno de ellos cruzó frente a mi madre. Su olor fue lo primero que me desconcertó; era un aroma a enfermedad y miseria. Aquel ser cargaba una atmósfera tan oscura como la mugre que lo cubría. Con la vista perdida en la nada, caminó frente a nosotras. No obstante, fue el primero de muchos. La ciudad se encontraba infestada por esta plaga; y puesto que no eran propiamente animales, su comportamiento motivaba a tratarlos como si lo fueran. Nadie deseaba acercarse a ellos; las multitudes repelían su cercanía. Esa fue la primera vez que los vi y para ser honesta, me llamó la atención su forma de vida.

Jamás regresé a aquel lugar. Lo experimenté como un sueño que se evaporó a la distancia. Y sin darme cuenta, me encontraba una vez más rodeada de humildes casas y senderos campiranos. Fue como si el rancho donde vivíamos mi madre y yo nos atrajese igual que una fuerza magnética. Me asumí la prisionera de mi propio hogar. Asimismo, me era imposible escapar. Me era digamos, en un sentido físico y metafísico también, inútil desprenderme de esta tierra. Y por ello procuraba ocupar mis pensamientos en diligencias ociosas. Una de ellas fue leer algunos libros que encontré en el cuarto de mi padre. Desconocía esa

costumbre en él, pues nunca lo vi leer uno de esos libros que guardaba celosamente dentro de un baúl.

Él era el representativo hombre de campo, curtido por el trabajo y el mal tiempo. Quizá –sospecho– le avergonzaba leer frente a nosotras. Pero por una rara corazonada, siempre supe que tenía predilección por la poesía; y resolví aquella conjetura al momento de descubrir que todos los libros de ese baúl eran poemarios de autores en lengua inglesa. Y, pues bien, los leía una y otra vez, hasta memorizar páginas completas. Luego trataba de declamar lo que había memorizado para olvidar el desesperanzador desasosiego de abandono y frustración de cada tarde. Y gracias a un poema de Whitman, descubrí por añadidura que no había manera de salir de aquí, puesto que cada átomo de mi cuerpo era parte de esta tierra; mi alma y cada molécula de mi sangre nacieron aquí, de esta tierra y estos vientos. Y como estaba escrito en el poema, me engendraron padres que nacieron aquí, de padres que engendraron otros padres que nacieron aquí, de padres e hijos de esta tierra y de estos vientos también. Y todos habían nacido y muerto aquí; esta tierra y sus restos estaban unidos. Por lo tanto, nunca podría desprenderme de este lugar, pues sería como decapitar un cuerpo. Por desgracia, tuve que tratar de olvidar aquel lejano territorio donde habitaban mis deseos y esperanzas de una vida diferente. Y con el tiempo olvidé que existía tal lugar.

Siempre viví con el miedo de quedar atrapada en esta tierra. Mi temor consistía en padecer alguna enfermedad o accidente que no me permitiera hacer mi vida en otra parte. Pero también era consciente de que mi destino estaba anclado a este lugar. Mi madre, mis hábitos y mi lengua se encontraban arraigados aquí, y una causa moral, más allá de mis deseos, no me permitía escapar. Tales ataduras amargaron mis días.

Como de costumbre, mi madre solía ir a misa cada mañana. Compraba imágenes de santos y las colocaba en un pequeño altar, próximo a nuestra sala. Yo acostumbraba a leer el reverso de ellas y, al tomar una sobre la vida de San Francisco de Asís,

aprendí el significado de la palabra bilocación. Lo imaginé como una habilidad ajustada a mi situación y maldije el hecho de no haber nacido con la capacidad para encontrarme en dos lugares al mismo tiempo. De pronto, brotaron en mi interior feroces deseos de que el continente se partiera en dos y me llevara hacia otro cielo, junto a personas diferentes, que hablaran idiomas distintos.

De la misma manera, resguardadas en la lejanía de nuestra casa, el pueblo mismo era un sitio de atracciones para mi espíritu joven. El rancho se encontraba a unos cuantos kilómetros de distancia de las primeras viviendas del pueblo. A cierta hora del día me ofrecía para ir a comprar alimentos a una tienda de abarrotes; mi madre solía darme la bendición mientras me suplicaba tener cuidado. Pero lo que ella no comprendía es que, por razones de aislamiento, el pueblo me resultaba semejante a una pequeña ciudad, es decir, un sitio donde podía distraerme. Yo procuraba gastar cualquier oportunidad para ir allá. Montaba una bicicleta y pedaleaba a toda velocidad para pasear alrededor de los vecindarios y el parque. Y al momento de hacerlo, imaginaba estar vagando por las calles de una ciudad extranjera.

Pero una tarde advertí que la ciudad había llegado hasta mí.

Para regresar del pueblo a mi hogar debía atravesar un largo sendero en medio de matorrales y vegetación. De vez en cuando me tocaba ver por allí liebres y otros animales del bosque. Ese pasaje me era indiferente y nunca tuve la intención de adentrarme en la frondosidad de aquel sitio. Traducía la cantidad considerable de árboles y arbustos como un muro que me obligaba a seguir mi camino a casa. Pero esa tarde descubrí que una parte de la ciudad que visité, y de la que tanto anhelaba, había llegado hasta aquí. Sin embargo, no de la manera que hubiera deseado.

Enroscada entre el follaje, oculta bajo el manto de las sombras de los árboles, encontré a una de esas criaturas que habitan el subsuelo urbano. Al hallarme a unos metros de distancia de él, reparé en ese olor rancio que caracteriza a su especie. No sólo quise evitar su contacto, sino también su mirada, pues al igual

que un roce con sus andrajos, sus ojos podían ensuciarme. Y fue justamente lo que ocurrió. Su vista me cubrió de suciedad. Sus ojos me manosearon el cuerpo, como si me ultrajara de un vistazo. Me contempló crapulosamente y penetró en mí hasta el punto de revelarme un terror que me era desconocido hasta ese momento.

Al llegar a casa conté a mi madre lo que había visto. Ella se mostró preocupada por aquella nueva –o mejor dicho, «indeseable presencia»–, según me dijo luego. Y, además, agregó: «La ciudad, aquel sitio que tanto te fascina, es malintencionado, abusivo y cruel. Todo lo que toca lo corrompe. Es una enfermedad contagiosa». Y luego de esto, salió en dirección al huerto y miró a la distancia, como si su intuición le dijera que aquel fragmento expulsado de la ciudad hubiese invadido nuestra tierra.

Con los días me olvidé de lo que vi. Pero una mañana, cuando pastoreaba mis rebaños en un punto alejado de la pradera, reparé en la misma entidad citadina que vino a parar a esta región.

Yo acostumbraba a pastorear a nuestro rebaño montada en un potro tordillo bastante manso. Además, *Pambazo* me acompañaba. Era de esos perros que pueden estar echados durante horas y parece que duermen, pero en realidad están alertas todo el tiempo. Sin embargo, a medida que ese individuo se aproximaba hasta nuestro campo, mi caballo comenzó a encabritarse y a relinchar con desesperación. Poco faltó para que cayera al suelo. No obstante, por fortuna, cuando el desconocido se encontraba a unos metros, *Pambazo* comenzó a ladrarle hasta ahuyentarlo. Entonces lo vi alejarse con pasos rígidos hasta el fin del horizonte. Sus movimientos y su andar me hicieron creer que, aunque tenía la forma de un ser humano, cabía la posibilidad de que no lo fuera.

Tanto llamó mi curiosidad, que esa misma noche le pregunté a mi madre por aquellos seres. «No tienen alma, hija». «¿La perdieron o nacieron sin ella?» –le pregunté con sobresalto. Y ella me dio una de las respuestas más desconcertantes que he escuchado: «Fue la misma ciudad quien les robó el alma. Por

eso vagan por aquí y por allá, sin sentido. No tienen lugar en el mundo». Y cuando mi madre dijo eso, sentí envidia por aquellos individuos sin alma, porque yo también quería vagar y olvidarme de que estaba ligada a esta tierra.

Pero una noche antes cayó una tormenta. Fue una tormenta en toda la extensión de la palabra. Muchos árboles de la pradera fueron derribados por los rayos que, a su vez, reventaron los cables de luz eléctrica y de comunicación. Por lo regular eso ocurría cada año, sobre todo en la temporada de lluvias primaverales. Al día siguiente, específicamente a eso de las dos de la tarde, mi madre regresó a casa en compañía de *Pambazo*. Yo me había quedado en el rancho a mi pesar, pues al no haber luz eléctrica a causa de la tormenta de la noche anterior, no pude ver la televisión ni escuchar la radio. Estuve muy aburrida durante la ausencia de mi madre, pero ella finalmente volvió. Entró a la casa y me dijo con voz apagada, casi como un susurro: «Asegura la puerta y reza un Padre Nuestro». Yo no sabía qué pasaba por su mente; pero lo que sí se echaba de ver fue que mi madre estaba asustada por algo que vio en el camino de regreso. No pude contener mi inquietud y le pregunté qué había ocurrido. «Me siguió hasta aquí». Dijo que se lo topó en el sendero que atraviesa parte del bosque y que había caminado detrás de ella. Entonces miré por la ventana, pero sólo vi el paisaje solitario de la pradera. No había nada afuera.

La lluvia de la noche anterior alborotó el calor. Recorrí el potrero y me di cuenta del jadeo de los animales. Entonces acarreé cubetadas de agua a los bebederos. Y antes de terminar con la labor, reparé en que *Pambazo* ya no se encontraba echado en la paja del establo. Lo llamé con un par de silbidos, pero el viejo perro había desaparecido. Pensé que había subido las colinas en busca de algo; no me preocupé demasiado y olvidé el asunto.

Era una tarde sin nubes. El sol se hallaba en su máximo esplendor e iluminaba de un rocío dorado la epidermis de la pradera. Dentro de la casa se sentía un calor sofocante, por lo que salí a tomar el aire, sentada en los escalones de la entrada. El

viento soplaba con ligereza y, como era la costumbre, únicamente podía escuchar el canto de los pájaros y el sonido de las ramas de los árboles al sacudirse. Mi madre estaba dentro de la cocina y preparaba la cena de esa noche. «Busca unas velas de cebo dentro del cajón del ropero y ponlas en la mesa antes de que anochezca». Pero después de ponerme de pie y obedecer lo que me había ordenado mi madre, vi que en la lejanía de la pradera un esperpento aparecía de entre los sembradíos de alfalfa. Y lo que me resultó más extraño, fue que *Pambazo* no ladraba en ese momento. Era un perro que siempre daba aviso cuando un extraño entraba a nuestra propiedad.

Me puse de pie y le dije a mi madre que esa parte de la ciudad estaba en el rancho. «Cierra la puerta y asegura las ventanas», me ordenó de inmediato. Lo cierto es que aquel extraño y elefantiásico individuo no me generaba miedo; lo que sí me perturbó fue la espeluznante mirada de terror que descubrí en el rostro de mi madre. Se encontraba tan alterada que ni siquiera pudo poner la rejilla a la ventana de la cocina. Yo aseguré la puerta y coloqué el seguro a las ventanas de la sala y las recámaras. Sin embargo, cuando volví a mirar hacia la pradera, aquel adefesio ya se encontraba a unos metros de la casa. Y aunque me miró fijamente, descubrí que su mirada apuntaba al vacío. Tal vez tenía el don de la bilocación, pues quizá su mente se encontrara en otro lugar; quizá la dejó en la ciudad, mientras su cuerpo estaba aquí, en nuestra tierra.

Mi madre, sabiendo que estábamos solas, a varios kilómetros de la civilización, sin luz eléctrica y aterradas, sufrió un ataque de ansiedad. Tuve que sentarla en la sala y desabrocharle la blusa para que recuperara el aliento. Cuando empezó a respirar de nuevo, escuché un par de golpes secos en la puerta. Lo observé desde un ángulo lateral de la ventana. Su mano cochambrosa azotaba la madera de la entrada. Sin embargo, reparé en el hecho de que a cada golpe dejaba una huella oscura sobre la pintura blanca de nuestra puerta. Al principio imaginé que se trataba de la mugre o el lodo que sus manos indecentes estaban acostum-

bradas a tocar; pero poco después, descubrí que las huellas de sus manos eran de un rojo escarlata.

Los golpes con la mano continuaron por unos minutos. Luego, las patadas a la puerta. Entonces subí al balcón y desde allí le grité que se marchara, pero continuó pateando nuestra entrada. Bufaba y sacaba espumarajos con una bestialidad aterradora; era un cuerpo sin mente que se movía a partir de una voluntad extraña y desconocida.

Le lancé un zapato desde lo alto del balcón y le grité que se largara. A pesar de su apariencia de espantapájaros, su postura y su energía eran infatigables. Los empujones con el hombro continuaron. En su harapienta chaqueta desgarrada tenía manchones de sangre. Entonces supe que ese desgraciado vagabundo había matado a mi perro. Por lo tanto, decidí tomar todo objeto que estaba al alcance de mis manos y se los arrojé desde el balcón. Muchos de los proyectiles le dieron en la cabeza, pero nada pudo ahuyentarlo. No fue hasta que recordé que mi padre solía guardar un rifle calibre veintidós en su cuarto; el problema fue que nunca aprendí a usarlo.

Corrí por el arma y, al tomarla, para mi sorpresa sólo encontré una bala. Sin embargo, pensé que con eso sería suficiente. Bajé al primer piso de la casa y aparté a mi madre. Sujeté el rifle y disparé a la puerta con la idea de que la bala había golpeado al indigente, pues por unos segundos, los golpes cesaron. Y aunque sentí un alivio repentino, una roca rompió los vidrios de una de las ventanas. Luego siguieron otras, y otras, y otras más. Todos los cristales de la casa se quebraron. El esperpéntico desconocido gritaba y balbuceaba palabras ininteligibles y mientras lo hacía emitía pequeñas risitas.

Mi madre me miró a los ojos y me sujetó de las manos, como si conociera lo que iba a ocurrirnos. Y es que en realidad nadie se enteraría de nuestra existencia después de muchos días, ya que nuestra tierra era un terreno muy poco transitado por los habitantes del pueblo. Nuestra tierra se encontraba remota de incluso otras rancherías.

El cuerpo enclenque del espantapájaros humano colisionó contra la puerta con una fuerza brutal. Después escuché que sus extremidades golpeaban el suelo, como si hubiera caído luego de estrellarse contra la entrada. Pero advertí, por la sombra, que se puso de pie y volvió a encarrerarse para otra vez empujar su cuerpo contra la puerta. Estaba decidido a entrar a toda costa. Entonces, entre mi madre y yo colocamos un sillón detrás de la puerta para ralentizar el ingreso; luego atravesamos la mesa del comedor. Pero cuando mi madre intentó ayudarme a empujar un viejo ropero de la recámara más próxima, escuché que su espalda tronó, como una rama seca y cayó al piso. Cuando traté de levantarla y llevarla hasta la sala, sus huesos volvieron a crujir. Empezó a quejarse. La desesperación se apoderó de mí y lo único que pude hacer en ese instante fue llorar a su lado.

Los golpes no se detuvieron. Poco después, el citadino tomó un pedazo de madera del exterior y comenzó a destrozar el marco y el seguro de una de las ventanas.

Mi madre me tomó de las manos y me las apretó con angustia. Nos miramos un momento antes de que esa parte asquerosa y repulsiva del exterior ingresara a nuestro hogar. Mi madre me pidió, con voz abatida, que la abandonara para escapar por una pequeña salida que había en la buhardilla. Pero no fui capaz de dejarla sola. Me quedé a su lado. Supe entonces, que nuestra tierra se había reducido a un espacio de unos cuantos metros. Ya no era nuestra tierra. La ciudad la absorbió, como aquellas heridas que al infectarse comienzan a pudrir el tejido.

Nunca fui capaz de escapar, en el sentido físico, de este lugar. Aquí murieron las esperanzas y los sueños de muchas generaciones de mis ancestros; y la muerte de sus esperanzas maldijo esta tierra. Lo que sí logré hacer en aquellos momentos fue emular el don de la bilocación, como lo hacían antaño los santos europeos; y por tanto, trasladé mi mente a otro espacio; un lugar remoto y urbano en donde estaba segura, libre y feliz.

El horror que habita tu mirada

To the substances of terror he was sufficiently alive,
but of its shadows he had no apprehension.
E. A. Poe. *'The Sphinx'*

Jacobo vivía en una sombría ciudad llamada Asteria, en donde sus habitantes tenían la costumbre de evitar cualquier expresión de afecto. Laboraba como amanuense en una oficina de correos. Día tras día le llegaban cientos de cartas del exterior que debía reescribir, puesto que los destinatarios no eran capaces de soportar palabras desconocidas.

Su habilidad para identificar ese tipo de palabras se había agudizado a lo largo de los años. Quizá era uno de los mejores copistas de la ciudad, pero era un empleo que aborrecía. Nunca fue un hombre inclinado a la lectura. Detestaba el olor de los libros viejos y el sonido del papel, y lo que más lo irritaba eran las bibliotecas y las librerías. Odiaba mirar a las personas con un libro frente a la nariz; pero odiaba todavía más verlas escribir. Sin embargo, estaba destinado a vivir rodeado de palabras. Su labor como amanuense así lo requería.

Los últimos años de su vida habían sido de completo sufrimiento. Su trabajo lo había agotado hasta tal punto que, sin darse cuenta, el futuro comenzó a darle igual. La comida y las bebidas le resultaban insípidas. Simplemente comía y bebía para mantenerse con vida, pero no disfrutaba los alimentos de ninguna manera. Y, eventualmente, los días también le resultaron insípidos. Sus gesticulaciones forzadas, como las risas y los saludos por las mañanas, le provocaban dolor en el rostro. Por un

extraño motivo necesitaba mantenerse alejado de la gente, a pesar de sentirse solo y deprimido. Padecía jaquecas a todas horas y su vista comenzó a debilitarse. Pronto aparecieron arrugas en su frente y sus músculos sufrieron temblores insólitos. Sus horas de sueño eran escasas y, poco a poco, su mal humor comenzó a surgir. Y llegó el momento en que su mismo cuerpo reaccionó al fastidio.

Cierta mañana, Jacobo ya no pudo ponerse de pie. Fue como si los años de lectura y escritura hubiesen caído sobre él con el peso de una biblioteca. Sin embargo, incluso con estos malestares se presentó a trabajar puntualmente, como cada mañana. Al término del día, la incomodidad y las molestias lo vencieron. Su cuerpo se derrumbó, inconsciente y cuando volvió en sí, se encontraba tendido en la cama de un hospital. Le habían colocado algodón en las fosas nasales para controlar una hemorragia y su brazo izquierdo estaba canalizado a una manguera con suero.

El médico le diagnosticó una severa crisis nerviosa.

–Esto lo he visto con pacientes que trabajan en lugares oscuros –le dijo mientras leía su expediente–. El cerebro humano es terriblemente resistente. Puede soportar la tensión por años y años; hasta que una situación un tanto desconcertante se presenta y los nervios se quiebran. Entonces todo se viene abajo. Se caen las uñas, surgen hemorragias nasales, estreñimiento y otras complicaciones que no le digo a usted por pudor.

Fuera del hospital hacía un triste día color gris, a pesar de ser plena primavera. Caía del cielo una lluvia obesa que ensombrecía prematuramente el atardecer.

–Su cerebro se encuentra agotado. No debe exponer sus nervios a más tensión. Yo le recomiendo tomar un largo descanso en un lugar tranquilo y apartado. Aléjese de la ansiedad y el estrés. Pero, sobre todo, aléjese de las letras.

Jacobo tenía una prima llamada Ligia que vivía en un pueblo lejano. Como si fuera la sombra de un sueño, rememoró que había pisado aquel lugar cuando era niño. Sin embargo, todavía recordaba los verdes campos, las sombras de los cedros y el si-

lencio de los páramos. Ese era un buen lugar para curar sus nervios. Una vez que fue dado de alta, tomó un tren hacia Lofretán.

Aún tenía un poco de fiebre al llegar al pueblo. Eran las diez de la mañana. Un hermoso día de primavera lo recibió al bajar del tren. Su prima vivía en un ranchito apartado del pueblo, cerca de las montañas nevadas. Jacobo decidió llegar a pie hasta la casa de campo de su prima. Hizo alrededor de una hora de trayecto. La encontró tendiendo ropa. Tenía pocas esperanzas de que se reconocieran mutuamente; sin embargo, al verse corrieron el uno hacia el otro y se reencontraron con un abrazo y un beso en la mejilla.

Le explicó los problemas de salud que padecía en la ciudad y la recomendación del médico sobre pasar unas semanas lejos de la desesperación de la metrópoli. Se preguntó cuánto tiempo podría permanecer al lado de Ligia, puesto que ella era soltera y vivía apartada de todo en esa solitaria propiedad campestre. Imaginó una existencia longeva y agradable juntos, aislados del sonido de las muchedumbres y las infernales calles perpendiculares.

Durante las mañanas, Jacobo despertaba con el cantar de los mirlos y al bajar a la cocina, Ligia lo recibía con el desayuno preparado en la mesa. Los primeros días los pasó tendido en la hierba de la pradera, bajo la sombra de un cedro. A través de los años, Ligia había sembrado un huerto de árboles de manzana. Recargado en una roca, Jacobo la miraba cortar los frutos más cocidos y menos picoteados por los gorriones. Luego, antes del crepúsculo, caminaban lado a lado alrededor de los páramos que rodeaban el rancho. Ligia solía vestir una falda larga color blanco que siempre se manchaba de lodo al pasar por las ciénagas formadas por las lluvias nocturnas. Ella sacudía sus ropas y, al levantar la cabeza, sus rubios cabellos parecían arder a contraluz del atardecer. Era una imagen bellísima que motivaba a Jacobo a permanecer el resto de su vida en ese lugar.

Él amaba esta tierra desde siempre. No sólo eran la calidez de Ligia y su tremenda belleza; era la forma de hablar de la gente,

las flores de las praderas, las comidas, la nieve en las montañas, las costumbres cordiales y la falta de palabras. Dicho de otra manera, Jacobo adoraba este sitio porque le resultaba absolutamente opuesto a la ciudad de Asteria.

Al medio día, Jacobo acompañaba a Ligia al centro del pueblo a comprar pasteles y mermeladas. Los techos color carmín de las casas llamaban poderosamente su atención. Al regresar al rancho, ambos cruzaban un páramo desde cuya altura se podían ver las colinas más próximas a la montaña. Y, sin embargo, a pesar de la paz que generaba el paisaje, Jacobo solía experimentar una feroz sensación de desconcierto. Por su parte Ligia, quien era una joven muy perspicaz, siempre reparaba en las expresiones de su primo al mirar hacia los cerros.

–Yo también tengo la sensación de que hay algo en esas colinas. Cuando cruzo estos páramos de regreso al rancho, siento como si algo me observara desde la distancia y siguiera mis pasos. A veces creo que se trata de una fría ráfaga de viento que baja de las montañas. Otras, presiento que es el color del día y las nubes que ensombrecen una parte de los campos. Lo más seguro es que nuestros órganos nos engañan y creemos ver lo que no existe.

Decididamente, Jacobo abrigaba una sensación de intranquilidad cada vez que cruzaba los páramos cercanos a las colinas. Sin embargo, no permitió que esa extraña impresión afectara sus nervios. Había llegado hasta este lugar con el propósito de recuperar su salud mental. Y cuando él reflexionaba con libertad, todo era agradable a su alrededor. No había razón para preocuparse de nada en absoluto.

Pero una tarde, mientras Ligia preparaba un guiso dentro de la casa, Jacobo salió a dar un paseo, precisamente a través de los páramos que rodeaban el rancho. Tenía la intención de llegar hasta donde nace el río, pero justo antes de ver la orilla, tuvo la sensación de ser observado por algo oculto en el ambiente. El viento empujaba una pestilencia nauseabunda y al reparar en ella, también descubrió que todos los animales que habitaban

las praderas habían huido. Por unos minutos hubo un silencio espectral. Cuando dio la vuelta, advirtió sobresaltado, una figura demoniaca que se mantenía parada en dos patas en la cima de la colina.

A pesar de la distancia, Jacobo reparó en un hermoso rostro de mujer. Su cabellera oscura y lacia era abundante y se sacudía con el viento; sus mejillas y labios parecían sonrojados y daban la impresión de pertenecer a una niña. Pero de repente, cuando los ojos de Jacobo se unieron a la mirada de aquel ser, este abrió sus enormes fauces y mostró dos hileras de afilados colmillos. Su oscura piel servía de camuflaje en las altas praderas y de su lomo sobresalía una joroba parecida a la de un cebú. Las experiencias del mundo real le habían enseñado que la apariencia de las cosas es el reflejo de su esencia, y aquella criatura poseía un aspecto maligno.

Un horror insoportable se apoderó de su cuerpo y no le permitió moverse. Quería correr, huir despavorido hacia la casa, pero pensó que si lo hacía aquella bestia infernal lo perseguiría por el campo hasta atraparlo entre sus fauces diabólicas. Entonces, toleró por unos minutos ese terror primitivo hasta que el animal dio la vuelta y desapareció entre los campos, rumbo a la montaña.

Nunca antes había visto un animal como ese. Ni siquiera en los libros de ocultismo. Posteriormente, el olor se desvaneció por completo y Jacobo se dio cuenta de que se encontraba de pie, tembloroso, en un estado de estupefacción e incredulidad, pues todavía no daba por cierto lo que había presenciado segundos atrás. Un minuto después vio descender de las ramas de los pinos a las ardillas y los tlacuaches. Pronto, las aves comenzaron a cantar y a cruzar el cielo. Fue como si la presencia de esa criatura en las praderas hubiera ahuyentado cualquier forma de vida a su alrededor.

Jacobo permaneció sentado en el sillón de la sala mientras Ligia le servía constantemente chocolate y le ofrecía panqués de mantequilla. Al principio se negó a contarle a su prima lo

que había alcanzado a mirar en los páramos. No quería quedar como un loco frente a ella, dado que la apariencia tan espantosa de ese animal lo hacía una criatura imposible de existir. Por un buen rato reflexionó sobre la situación y llegó a la conclusión de que había imaginado al animal. Sin embargo, lo innegable era el terror que le formaron en sus entrañas el olor y el aspecto de la fiera. A pesar de no creer lo que habían visto sus ojos, esa bestia era real, pero él no podía aceptarlo. Finalmente, gracias a la simpatía y ternura que le provocaba la cercanía de su prima, Jacobo decidió contarle lo que creyó ver esa tarde.

–Lo vi cerca del río, apoyado en sus dos patas traseras. Medía unos tres metros… no lo sé; era una fiera descomunal. Contaba con extremidades alargadas y garras afiladas. Su piel tenía un tono oscuro y enfermo, como las membranas de los murciélagos. Pero lo más aterrador es que poseía un rostro angelical, tan bello como el de una niña; sin embargo, resoplaba un aroma pestilente. Cuando creí que iba a abalanzarse sobre mí, sólo me dio la espalda y se dirigió a las montañas. Fueron minutos de angustia y confusión, en los que sentí que el terror se enrollaba en mi cuerpo y me dejaba completamente paralizado.

Ligia lo escuchó con atención. Aunque era un relato increíble, mantuvo la seriedad y le respondió con prudencia. Le dijo que nunca antes ella, o alguien oriundo del campo, habían visto o escuchado de un animal con esos rasgos. Incluso le contó que algunos pastores llevaban sus rebaños a esa parte de la pradera y jamás habían tenido un encuentro con una bestia como la referida. Pero a su juicio, existían dos posibilidades. Como primera posibilidad, podría tratarse de un mamífero nunca antes visto por los lugareños. Tal vez habitara las grutas que se formaron dentro de las montañas y cazara ciervos en el bosque. Sin embargo, como segunda posibilidad, lo que había presenciado en la pradera pudo ser producto de la tensión y la tristeza que arrastraba Jacobo desde la ciudad.

Él dio la razón a la segunda hipótesis y, más aún, asumió ese encuentro, no sólo como algo salido de su imaginación agotada, sino también como un fenómeno cuya causa se debía

al distanciamiento con su fe católica. Y desde esa tarde, Jacobo comenzó a asistir a una capilla ubicada en la periferia del pueblo. Pero, si bien, él oraba todas las noches, todavía le perturbaba la imagen mental de aquel ser desconocido.

Y una mañana, mientras Jacobo regresaba de la iglesia a la casa de su prima, nuevamente tuvo un encuentro con el animal. Pese a lo sorpresivo, en aquella ocasión Jacobo llevó consigo una cámara réflex, pues a causa de su propia incredulidad sobre lo que creyó observar días atrás, y para tener una prueba física de que aquello era real, decidió estar preparado para fotografiar a la criatura en caso de que se la volviera a encontrar.

La vio en los páramos que frecuentaba durante las tardes. Esta vez, la fiera se encontraba colgada de las ramas de un alto fresno. Se columpiaba de una rama a otra. Era un campo abierto, próximo a la frondosidad del bosque y la luz solar iluminaba la figura del esperpento en su totalidad. Y pensó con angustia que era una verdadera desgracia que no hubiera alguien a su lado, un transeúnte o un campesino que pasara por ahí, para preguntarle si podía ver lo mismo que él y así descubrir si estaba loco o, lo que era peor, si aquello era real. No obstante en esa ocasión Jacobo, aunque sintió un terror extraordinario, quiso comprobar si aquella criatura era producto de sus afecciones mentales. Entonces caminó en dirección a los árboles, con el propósito de mirar de cerca al animal y tomarle una fotografía.

Se acercó despacio, con pasos suaves para evitar ahuyentar a la criatura. Sabía muy bien que de ser real esa bestia, su vida corría peligro. No había razón para que la fiera no se abalanzara sobre él y lo despedazara. Pero sus ganas por descubrir si padecía síntomas de locura fueron mucho más persuasivas. Y al encontrarse a unos pocos metros, el animal brincó hacia lo más alto de los árboles y desapareció entre la espesura del bosque. No obstante, Jacobo alcanzó a presionar un par de veces el disparador de la cámara antes de que aquello escapara.

Al llegar al rancho, revisó la memoria interna de la cámara que utilizó para capturar las imágenes de la criatura; sin embar-

go, para su amargura descubrió que el animal no aparecía en ninguna de las fotografías. En ningún instante pensó que la lente de la cámara hubiera sido obsoleta para capturar la figura del animal y, más precisamente, atribuyó la ausencia de pruebas a un error de paralaje. Pero también estaba abierto a la posibilidad de aceptar, de manera estoica, que simple y sencillamente esa fiera era fruto de su imaginación perturbada.

Durante aquellos días, Jacobo evitó relatarle a Ligia su segundo encuentro con la criatura. Asimismo, afrontó el hecho como un síntoma de degradación mental. Sin darle explicación alguna a su prima, consultó a un médico del pueblo. Dentro de la clínica le dijo que padecía de alucinaciones y necesitaba algún remedio para apaciguar sus nervios. El médico le vendió un frasco de asenapina, así como una receta que le especificaba la dosis diaria.

Luego de ese segundo encuentro, Jacobo no volvió a ver al animal. Pasaron un par de semanas entre paseos por el campo, comidas al aire libre y recuerdos de la infancia. Ligia lo consentía y le había enseñado a tejer en estambre. Su cercanía y su radiante sonrisa juvenil, lo reconfortaban. De la misma manera, al no volver a experimentar nada extraño en los páramos y además tomar el medicamento antipsicótico, Jacobo se convenció de que aquellas visiones eran efecto de un desorden nervioso. Estaba feliz por creer que esa extraña bestia era fruto de alucinaciones; pues según sus oscuras reflexiones, de tratarse de una entidad real, sería una horrorosa evidencia de que el Infierno existe.

Sin embargo, durante un atardecer Jacobo se encontraba tendido en la hierba mientras Ligia recogía ciruelas en una canasta de mimbre. Platicaban sobre lo difícil que resulta amar a alguien, cuando de repente, Jacobo la cuestionó sobre aquella sensación que experimentaba al cruzar los páramos en soledad. Le recordó lo que ella le dijo acerca de que los órganos del cuerpo pueden engañarnos y hacernos creer que vemos imágenes inexistentes. Y como Ligia no alcanzaba a comprender lo que su primo quería decir, Jacobo decidió confesarle que se había encontrado con la criatura por segunda ocasión. Le confesó que esas visiones

podían ser el resultado de un trastorno nervioso y que por ello tomaba medicamentos; pero muy en el fondo tenía la sospecha de que no eran visiones, sino imágenes reales de un ser demoniaco. Entonces Ligia lo tomó de las manos y le dijo que le creía.

–No tienes que avergonzarte por eso. Eres la persona que más amo en el mundo –le susurró maternalmente–. Tengo un conocido en el pueblo que sabe de animales raros –indicó después–. Se llama Narciso y es criptozoólogo. Ha dedicado casi toda su vida al estudio de ese tipo de asuntos.

Ese mismo día, Ligia llevó a su primo a conocer al criptozoólogo. Este vivía en una casa victoriana ubicada en el centro del pueblo. Era un hombre de treinta y tres años aunque, a primera vista, parecía tener más de cuarenta. Su cabeza estaba completamente blanca y poseía una dentadura amarillenta a causa del cigarro. Pasó a los primos a la sala, en donde habitaban docenas de gatos. La mayoría dormía en los sillones, pero otros permanecían en los libreros y el piso de madera. La casa en su totalidad apestaba a orines de gato y había bolas de pelo por cualquier parte.

Después de las presentaciones formales, Ligia le explicó la razón de su visita. Entonces, muy interesado, Narciso tomó un bolígrafo y un cuaderno y prestó atención al relato de Jacobo. Una vez que este terminó de contar lo que había visto en los páramos, el criptozoólogo le pidió una descripción más detallada del animal.

–Lo advertí a varios metros, pero recuerdo que poseía una abominable joroba –le narró Jacobo–. Su piel era gruesa y color oscuro. Las extremidades eran alargadas, exageradamente alargadas, como las mismas ramas de los árboles. Poseía manos huesudas y grandes y tenía un rostro angelical, como el de una niña pequeña. Jamás en mi vida había visto un animal como ese. Al principio pensé que todo se debía a mis problemas de estrés y depresión. Es un problema que me obligó a pasar un tiempo lejos de la ciudad y abandonar mi trabajo de amanuense. Pero para ser honesto, no creo que lo que presencié haya sido simplemente una ilusión. Pude sentir algo maligno en esa criatura.

El criptozoólogo colocó el cuaderno en una mesa, se dirigió hacia un librero y tomó un manual polvoso. Se acercó a un lado de Jacobo y abrió el ejemplar frente a él.

–En este tratado se enlistan decenas de críptidos que se sospecha pertenecen a la clasificación de los humanoides –le indicó en un tono intelectual–. Según como lo cuentas, ese animal que viste en la pradera tiene características humanas.

El criptozoólogo pasó las páginas del libro con lentitud. Jacobo observó con detenimiento cada imagen que presentaban las hojas hasta que, luego de unos minutos, detuvo su mirada en un cuadro en particular.

–Era como éste –dijo mientras tocaba la imagen con el dedo–. Aunque es parecido en el rostro, no tiene las extremidades alargadas ni la forma tan aterradora como el animal que me encontré en la pradera.

El criptozoólogo se colocó los lentes y observó con atención la página del libro.

–Esta es una lamia –dijo por fin–. Supuestamente es una entidad endémica de algunas desconocidas zonas de Europa. No hay registro específico del primer avistamiento de esta criatura, pero se sospecha que existe desde antes de Cristo. Suele merodear bosques y campos en busca de hombres jóvenes que pueda seducir.

Continuaron con la búsqueda del animal que vio Jacobo, pero ninguna de las imágenes de críptidos en esos viejos libros coincidía con lo que presenció. Finalmente, se fastidiaron de revisar docenas de vademécums sobre criptozoología y decidieron concluir que todo había sido producto de la depresión y los males psicológicos de Jacobo. De cualquier manera, como él lo refirió tomaba un medicamento antipsicótico y, desde entonces, no había visto otra vez a esa fiera.

Jacobo aceptó ese diagnóstico y al llegar a la casa de su prima, durmió con tranquilidad, pues nada pudo calmarlo más que pensar que todo había sido una ficción.

A Ligia le gustaba salir de vez en cuando a pescar al río. Cuando lo hacía, traía de regreso varios peces en una cubeta;

por lo regular atrapaba a cinco o seis en un buen día. Jacobo la acompañó en las últimas semanas y, en aquellas ocasiones, mientras esperaba a que un pez mordiera la carnada, la observaba con lentitud. Ella le hacía preguntas sobre la vida en la ciudad. Él procuraba contestarle con sencillez, en un lenguaje accesible, puesto que muchos términos que él conocía eran extraños para la gente de campo. Ligia se divertía al escuchar las experiencias urbanas y los modos de vida de los seres de Asteria. Le parecían cuentos de hadas en un ambiente metropolitano. Algunos aspectos que Jacobo narraba, ella no los comprendía y constantemente le hacía preguntas sobre el significado o la utilidad de cierta palabra o determinada particularidad de la vida en la ciudad.

La razón por la cual había permanecido tanto tiempo en este lugar era porque le agradaba la gente como Ligia. Es decir, gente sencilla y buena. En su mente le llegaban diferentes sinónimos que servían para describir moralmente a personas como su prima: ingenuidad, inocencia, candidez, belleza, naturalidad, y muchas más. Y todas eran virtudes a sus ojos. En cambio, el solo hecho de pensar en regresar a vivir a Asteria, le producía dolor de cabeza. Los habitantes de esa ciudad eran gentuza; seres viles y depravados, con apariencia de cucarachas. Aquí, en este lugar, él era feliz. No había razón para regresar.

Pero desde que Narciso, el criptozoólogo, comenzó a frecuentar el rancho de su prima, la situación cambió para mal. Jacobo amaba a Ligia, sin embargo nunca se atrevió a insinuársele; ni siquiera fue capaz de darle una caricia o un beso en los labios. La sangre los unía y era precisamente ese motivo el que impedía que Jacobo se atreviera a más, a pesar de que en ciertas ocasiones, creía ver en los ojos de Ligia cierto apego y atracción por él. El parentesco se los prohibía, pero esa prohibición no impedía que Jacobo sintiera celos al ver cómo el criptozoólogo le coqueteaba a su prima. Se había valido de una simple consulta sin importancia para aprovecharse de la amabilidad de Ligia e invadir su hogar. Ella siempre se comportaba con espontaneidad

y alegría, sin importar a quién tuviese enfrente. No obstante, ese hombre, como lo interpretaba Jacobo, asociaba falsamente la cordialidad de Ligia a una forma vulgar de seducción.

Por esa razón, procuró mantenerse próximo a ella en todo momento. Desde el instante en que se aparecía el criptozoólogo en el rancho, por lo regular con un ramo de crisantemos como obsequio, Jacobo permanecía a un costado de Ligia. Ella sentaba a ambos en una mesita ubicada en el patio y se dedicaba a servir diferentes tipos de té y a colocar galletas en una charola. En las conversaciones, que por lo general giraban en torno a temas como la literatura y la mitología griega, Jacobo se esforzaba por dejar en ridículo al criptozoólogo. Para Jacobo, ese hombre era un charlatán y un mentiroso. Y rápidamente lo consideró una amenaza, no sólo para su prima, sino para cualquier persona con la que tuviera contacto.

Y en una de esas incómodas charlas en el patio, mientras el criptozoólogo hablaba acerca de la forma correcta de masticar las avellanas, Jacobo vio en la lejanía de la pradera al animal de sus delirios. Aquella bestia sin nombre se mantenía sobre sus patas traseras, justo en un punto del campo donde descendía el sol. La luz del atardecer se encontraba detrás de su figura y era imposible que Ligia y el criptozoólogo no pudieran verlo. Pero aun así, ellos no advirtieron al animal. Sin embargo no podía ser una alucinación. Había tomado las pastillas como lo indicó el médico, por lo que su cerebro era incapaz de producirle visiones. Entonces supo que el Infierno existía.

Angustiado, Jacobo apuntó hacia la colina donde estaba parado el imponente animal y preguntó con desesperación: «¿También pueden verlo?».

Ligia y Narciso interrumpieron su conversación y sus risas, y voltearon la mirada hacia el horizonte; pero no pudieron ver nada. Para ellos sólo había pradera y un hermoso atardecer. Entonces Jacobo, en un torpe intento por ocultar su terror y, lo más importante, evitar que su prima y su pretendiente pudieran pensar que era un pobre loco, dijo que jamás había visto el Sol tan cerca de

la Tierra. Después, se cambió de silla y tomó una en posición frontal, para darle la espalda a la criatura que se encontraba a la distancia. Creyó que si ignoraba su presencia, la bestia desaparecería. Y así sucedió, pues luego de unos minutos, cuando giró su mirada hacia el horizonte, el animal ya no se encontraba en la colina.

Al término de esa tarde, Jacobo se mostró introvertido y temeroso. Sus manos temblaban al tomar la taza de té y llevarla a sus labios. Ligia advirtió el miedo en su primo y le pidió que fuera a dormir temprano. Ella permaneció junto al criptozoólogo toda la noche, charlando dentro de la casa, próximos a la chimenea.

Jacobo no pudo conciliar el sueño a causa de los celos, pero sobre todo, por una preocupación todavía más grave. En ese momento, más que en cualquier otro, estaba seguro de su locura. «¿Cómo es que no lograron verlo? –se preguntaba–. ¿Es que acaso la pesadez de mi trabajo y la perversidad de la ciudad destruyeron por completo mi mente?» No podía haber otra explicación. Ese animal no existía. Era una reminiscencia de los males que causa vivir en una gran urbe y emplearse como amanuense. Del mismo modo, los antipsicóticos no tenían efecto en él. Estaba destinado a lidiar con las visiones fantasiosas de su cerebro debilitado. Lo único que podía hacer el resto de su vida era descansar y relajarse, pues –creía él– podían surgir nuevas visiones mucho más abominables.

A la mañana siguiente, una vez que Ligia sirvió el desayuno, Narciso propuso un paseo por el campo. Jacobo no había dormido durante la noche y se sentía exhausto. Además, sabía que las visiones no le iban a permitir un poco de tranquilidad durante la caminata. Aun así, se colocó sus botas y acompañó a Ligia y al criptozoólogo a caminar por los páramos cercanos a las grandes praderas.

El caluroso día de primavera lo agotó pronto. Tenía sed y ganas de echarse sobre la hierba, bajo la sombra de los árboles, pero Ligia y Narciso continuaron la caminata sin ninguna señal de cansancio. Jacobo se vio obligado a caminar detrás de ellos. Al llegar

a una hilera de abedules reparó en que detrás de los matorrales acechaba esa bestia demoniaca. Ellos se encontraban a pocos metros de distancia del animal, pero no podían verlo. Creía que sólo era una sombra de su mente, una horrorosa ilusión formada por su cerebro fastidiado. Entonces trató de ignorarlo, como la última vez. Esperaba que con mirar hacia otro lado, la bestia desaparecería. Lo intentó por unos segundos y cuando miró de nuevo hacia los matorrales, la fiera había avanzado unos metros más. Estaba al acecho. El terror se volvió insoportable. Permaneció quieto, pero Ligia y Narciso continuaron con la caminata, sin darle importancia a su rezago. Iban directamente hacia el monstruo que, poco a poco, se aproximaba a ellos.

Ligia hablaba sobre lo mucho que le gustaba recibir cartas amorosas y perfumadas. Narciso, el criptozoólogo, la escuchaba con emoción mientras en su mente trataba de recordar un soneto de Cervantes para declamárselo cuando ella terminara de hablar. A su alrededor, la pradera se encontraba muda y sin vida. Únicamente la voz de Ligia se escuchaba a la redonda.

De pronto, ella observó que Narciso era levantado por el aire a varios metros del suelo. Su cuerpo giró una y otra vez hasta que vertiginosamente fue despedazado por una fuerza invisible y desconocida. Su vientre se abrió y sus órganos se vaciaron y cayeron dentro de un abismo intangible. Sus extremidades fueron arrancadas con brutalidad y su sangre humedeció la hierba de la pradera. Y cuando los gritos desgarradores de Narciso cedieron y dieron lugar al silencio, un sonido de huesos triturados se escuchó en el fondo del aire. Su cuerpo destrozado desapareció ante los horrorizados ojos de Ligia, como si hubiera sido engullido por el mismo viento del campo.

Pero detrás de Ligia, Jacobo observó lo que verdaderamente había devorado al criptozoólogo. No había sido el viento. Esa fiera, tan real como sus pesadillas, lo había masticado y tragado en tan sólo unos instantes. Y fue entonces cuando descubrió que no estaba loco. En realidad, nadie más que él tenía la capacidad o la maldición, para ver a esa criatura.

A propósito del clamor de los animales desollados

La granja estaba ubicada en lo más inhóspito de la escabrosa cañada que atraviesa los municipios de Jiutepec y Yautepec. Rufina fue golpeada por una corriente de remembranza al ver la miserable granja, que se encontraba bastante alejada de los centros de ambos pueblos. Recordó que los pocos vecinos que habitaban próximos a la propiedad llegaron a referirse a la granja como un espacio fétido, no sólo por la majada de las zahúrdas, sino también por la cantidad de basura que se encontraba a varios metros de la casa donde vivía la familia. En la mente de Rufina resonaron aquellas ropas que usaba en su niñez, las cuales podía oler cochambrosas y viejas a través del tiempo. La propiedad seguía custodiada por una enorme jauría de perros roñosos y enclenques que merodeaba los alrededores en busca de pequeños animales a los cuales devorar.

En la entrada de la casa, Rufina fue recibida por Artura. Ahora era una mujer obesa y chapeada, muy distinta de aquella chiquilla harapienta y enfermiza que vio por última vez. El interior de la casa había cambiado totalmente; las cortinas estaban cubiertas de excremento de mosca y la pintura del techo se desprendía a causa de la humedad. Ambas mujeres cruzaron la puerta sin dar la menor importancia a Olaf, quien permaneció ensimismado en su reflejo.

–Durante las noches sale a merodear los alrededores de la granja, igual que un coyote.

–¿Viste que se metió a la boca pedazos de la ardilla que machacó en el suelo?

–Lo he visto hacer cosas peores.

Ahora la granja permanecía abandonada y únicamente Artura se ocupaba de alimentar a la piara de decrépitos cerdos que almacenaba en un derruido corral. Rufina había regresado ese día, después de muchos años de permanecer alejada de la granja familiar. Ella fue la tercera hija de la familia Ivorra y creció sus primeros años al lado de sus dos hermanos. Artura era su hermana mayor, quien decidió quedarse con sus padres luego de que Rufina y Rufo, su hermano gemelo, abandonaron el hogar.

–Todavía no puedo creer que seas tú –le dijo Artura mientras recorría su cuerpo con la mirada.

Sin embargo, Rufina no puso atención a las palabras de su hermana. Estaba fatigada por el calor y el esfuerzo que hizo para llegar hasta la granja. Esta se encontraba en lo más agreste del Cañón de Lobos. Asimismo, el lugar le resultaba, al verlo en ese momento, mucho más miserable y solitario a como lo recordaba.

–¿Qué les pasó a las cabras y los borregos?

–Tuve que venderlos para pagar la caja de mamá –respondió Artura con indiferencia –ahora sólo me quedan los cerdos y... Olaf –agregó a éste último, como si tratara de asociarlo con los animales de la granja.

–No me gusta pensar en él –dijo Rufina después de un momento de silencio. Estas palabras, con un tono tan académico, escaparon de su boca involuntariamente.

Ambas mujeres permanecieron sentadas, frente a frente, en una mesa de plástico barnizada por la suciedad de años de poca higiene. Dentro de la cocina, el calor era insoportable; sin embargo, el malestar que Rufina experimentaba en ese momento se debía a un recuerdo lastimoso más que al insoportable clima del verano. En su mente trataba de explicarle a su hermana por qué su familia le resultaba difícil de describir. Intentaba decirle, en esa mesa grasienta, que sus padres y hermanos, con ella incluida, únicamente podía imaginarlos como un grupo de personas vulnerables, ingenuas y alienadas de la sociedad moderna. Pero

además de no querer ofender a Artura, las palabras necesarias no le llegaron a la mente. Del mismo modo, Rufina creyó que su hermana ni siquiera era capaz de comprender palabras que jamás había escuchado.

Del fondo de la cocina se escuchó un clamor. Artura se llevó una mano a la frente para limpiarse el sudor que le escurría hacia los ojos.

–Ya no soporto los chillidos de este niño.

–¿Qué edad tiene?

–Apenas dos meses –contestó Artura–. Fue un error –agregó, como si Rufina hubiera esperado esa aclaración.

–¿Y el padre?

–La verdad ni yo misma lo sé. Por eso te digo que fue un error –Artura terminó de decir lo último mientras se dirigía hacia la recámara donde lloriqueaba el pequeño.

Rufina había regresado a su vieja casa con la expectativa de encontrar un sitio diferente, con rostros desconocidos. Podría decirse que había un rostro nuevo, pero en lo esencial, el lugar le resultaba exactamente el mismo. A pesar de que sus padres estaban muertos y su hermana había engordado y parido un hijo, su familia, la que quedaba, le producía un malestar corporal. Mientras esperaba sentada para conocer a su sobrino, trataba de convencerse de que ese malestar se debía al calor y la fatiga; sin embargo, en el fondo de su espíritu, sabía que el malestar era reflejo del desagrado que sentía al reencontrarse con estas personas marginadas y supersticiosas, quienes fueron expulsadas del seno de la sociedad por representar una parte vergonzosa de ella.

De pronto, Artura apareció con lo que parecía un fardo en sus brazos.

–Aquí lo tienes –le dijo mientras le entregaba al pequeño en las manos–. Se llama Miguel.

Su sobrino lloriqueaba como suelen hacerlo las crías de los gatos. Rufina observó el rostro del niño y dejó escapar una sonrisa provocada por la ternura.

–Se parece a nuestro padre.

–No me ha dejado dormir en varios días. Parece que espera a que me acueste a dormir para empezar a llorar.

–Creo que tiene hambre –indicó Rufina, con tono comprensivo.

–Le doy pecho a diario. Me está dejando seca.

Rufina miró sobriamente la voluminosa anatomía de su hermana y sintió en su interior un enojo maternal contra ella. Después, sostuvo al pequeño en su brazo derecho, mientras con el otro extrajo de su bolso un manojo de billetes que rápidamente colocó en la superficie de la mesa.

–Con esto puedes comprarle leche en polvo. Quizá mañana amanezca más tranquilo.

Artura cogió groseramente los billetes depositados en la mesa y los guardó en el bolsillo de su mandil. Rufina esperaba un agradecimiento, pero después de unos segundos de silencio, dio por terminada esa espera. Cuando el pequeño comenzó a sollozar una vez más, Artura se lo quitó de las manos y trató de mecerlo sin prestar atención a la tosquedad con que lo hacía. Al ver esto, Rufina recordó que su madre tampoco era una mujer maternal y amorosa. Ella y Artura crecieron junto a una mujer gruesa y ruda que solía golpearlas por cualquier travesura. Así que sintió lástima por el niño que tenía delante; tal vez le esperaba una madre como la suya, aunque su hermana Artura le resultaba mucho más torpe y agresiva.

–¿Cuántos días planeas quedarte, hermana?

–Sólo vine a conocer a mi sobrino y saber cómo estás. Ya tenía mucho tiempo de no verte. Tal vez me devuelva mañana para Cuautla.

–¿No quieres ir al pueblo? La feria se levanta pasado mañana. Los vecinos fueron al jaripeo de esta tarde.

–No caería mal ir un rato.

Las pequeñas casas vecinas aún se encontraban alejadas de la granja. Después de tantos años, ella esperaba encontrar un poco de urbanización en lo que alguna vez había sido su hogar.

Pero el estilo de vida de su hermana todavía contrastaba con las mismas familias granjeras de la zona y se asemejaba más a los animales que criaban. Sin embargo, lo que mantenía a Rufina todavía más desconcertada era aquella semejanza entre su hermana y su madre. Ahora que la veía, después de años de ausencia, le parecía ver a su madre en cuerpo y alma. Una mujer obesa, tosca, malhumorada y agresiva. Había parido a Artura y a un par de gemelos que fueron Rufina y Rufo. Sin embargo, habrían sido cuatro hermanos, de no ser porque uno de ellos falleció durante los primeros meses después de su nacimiento, y todo a causa de las deplorables condiciones de la granja y los arranques violentos de su madre.

Artura advirtió el hartazgo en la mirada de su hermana, pero lo interpretó como una forma de desprecio. Rufina ahora era una mujer sofisticada que hablaba con palabras rebuscadas y vestía ropa fina. «Toda una citadina engreída», pensaba. Pero lo cierto es que Rufina seguía resentida por la infancia que le tocó vivir en este lugar. Ella y sus hermanos eran analfabetas, extremadamente huraños, nunca sostenían la mirada, apenas si podían comunicarse y parecía que sufrían de desnutrición. Y, sin embargo, ella superó esa horrible etapa de su vida.

Rufina tomó su bolso y se dispuso a salir hacia el centro de Yautepec. La feria del pueblo prometía un poco de distracción; quizá le despejaría la cabeza. Por su parte, Artura abandonó su mandil junto a la mesa y colocó a Miguel en la cuna. Había fuera de la casa una vieja camioneta con la cual Artura solía trasladarse al pueblo. Cuando ambas mujeres salieron de la casa, encontraron a Olaf oculto bajo el armazón del vehículo, como suelen esconderse las criaturas del campo cuando las sorprenden en flagrancia. Entonces, Artura le gritó:

–¡Apártate de ahí, animal!

La propiedad estaba rodeada por cercas con alambre de púas oxidado, antiguos vehículos desvalijados, huesos de animales y pilas de basura y maleza. Olaf, después de ser increpado, galopó hacia los arbustos mientras emitía hondos gruñidos. Aquellos

gruñidos bestiales rememoraron en la mente de Rufina aquella calurosa mañana en la que su gemelo Rufo la observó al despertar.

–¿Por qué no has internado a Olaf? –preguntó Rufina de camino al pueblo.

–Es como una maldición. Lo he entregado en varias ocasiones y siempre se escapa y vuelve a aparecer en la granja. De no ser porque es de nuestra sangre ya lo habría… –antes de terminar la idea se detuvo. Creyó que había hablado de más, pero cuando vio que Rufina ni siquiera se desconcertó, decidió continuar–: ¿Ya te conté que tiene el gusto por los animales pequeños? Acostumbra devorarlos, como la bestia que es.

Le fue imposible evitar asociar ese tono agresivo de su hermana al hablar, al de su madre. Ella solía insultarlos y reprenderlos con rigor simplemente porque amanecía indispuesta para tolerar su cercanía. Incluso, Rufina llegó a sospechar que su hermano recién nacido había muerto porque su madre lo sacudió brutalmente para hacerlo callar durante un arranque de llanto. Y fue, hablando con exactitud, el mal carácter de su madre y el alcoholismo de su padre por lo que Rufina nunca confesó lo que su hermano Rufo le había hecho. Ella sabía que su padre no la iba a escuchar porque estaría demasiado ebrio, pues acostumbraba a beber licor de maíz que él mismo destilaba en la granja y su madre padecía ataques de ira totalmente impredecibles.

La feria del pueblo se extendía por toda la plaza. Artura y Rufina curiosearon entre los puestos y cuando apareció la noche, observaron los fuegos artificiales y compraron un gran oso de peluche para Miguel.

A pesar de que el calor se había disipado, Artura parecía sofocada. Rufina observó que la obesidad de su hermana mayor apenas le permitía moverse con lentitud.

Cuando subieron nuevamente a la camioneta para regresar a la granja, Rufina sintió un escalofrío al pensar que Olaf la observaría al dormir.

–¿En dónde pasa la noche? –preguntó con preocupación.

–Tranquila –repuso Artura–. Él duerme en el establo, con los animales. Nunca dejo que pase la noche dentro de la casa.

Rufina estrujó contra su pecho el oso de felpa, en una señal de angustia. Y es que ciertamente, Olaf le recordaba a su hermano gemelo, aun cuando Olaf era un ser deforme, gigantesco y salvaje.

–La gente del pueblo cree que Olaf es un monstruo –refirió Artura mientras conducía la camioneta a través de la oscuridad de la carretera–. En el periódico local apareció la noticia de que alguna fiera hizo pedazos a las cabras de un rancho. Incluso, en un programa de radio de por acá, andaban con la idea de que esa misma fiera había desaparecido a un niño del pueblo. ¿Puedes creerlo?

Pero Rufina procuró no escuchar las palabras de su hermana. Tenía tanto miedo de llegar a dormir a aquella granja que sólo podía pensar en la manera de evitar el contacto con aquel gigante amorfo. Y mientras Artura hablaba en medio de las tinieblas de la carretera, ella rememoró la mañana en la que su hermano gemelo le dijo que sus padres habían ido al pueblo a comprar unas latas de conservas. Ella salió de la casa en dirección al corral de las cabras, pues solía ordeñarlas cada mañana para entregar la leche a su madre. Cuando cruzó la puerta, Rufo la tomó del cabello y la arrastró hasta un gallinero. Le desgarró el vestido y la ultrajó el tiempo suficiente antes de la llegada de sus padres.

–Lo encontraron en el barranco sin algunas de sus extremidades –continuó Artura con el relato–. Fue como si algo le hubiese arrancado aquellos pedazos y los hubiera devorado. Apenas tenía tres años. Desapareció una noche y al otro día lo encontraron en el fondo del barranco. ¿Y sabes lo que creo? Pienso que Olaf…

–¡No digas eso! –le interrumpió Rufina, completamente asqueada por la descripción–. ¿Crees que porque es un tonto sería capaz de hacerle eso a un niño? Mejor cállate. A pesar de ser un retardado es nuestro hermano.

–Nadie te juzga por querer engañarte, hermana. Finalmente, él es lo que es y así lo acepto. Yo soy quien lo alimenta y lo cuida. Tú, por otro lado, ni siquiera vives con nosotros.

Después de la recriminación, Rufina miró por el retrovisor y advirtió la soledad del camino. Deseaba con todas sus fuerzas que la noche transcurriera en segundos, para que al día siguiente pudiera regresar a la ciudad y olvidarse para siempre que existía este sitio.

–¿Sabes por qué sospecho que fue Olaf quien lo hizo? –agregó Artura, en una tentativa por recuperar el hilo de la conversación que evidentemente incomodaba y ofendía a Rufina–. Porque suele cazar a los pequeños animales del campo para devorarles los riñones. Es algo que le gusta masticar. Y a ese niño le faltaban los riñones. Imagino que es más que seguro que fue Olaf quien lo secuestró.

Rufina deseaba que se callara. No quería saber en lo que se había convertido Olaf. Por años intentó borrarlo de su mente, pues su rostro deforme y su enorme tamaño le provocaban náuseas y escalofríos. En ese instante quiso cambiar el tema de la conversación, pero Artura no se detuvo.

–Pero no te preocupes… no te preocupes, hermana –sugirió enfáticamente–. A partir de lo que ocurrió con el nene, procuro encadenar a Olaf. Tal vez parezca algo inhumano, pero es por el bien de todos. Y por suerte, nadie en el pueblo sabe de su existencia. He procurado que nadie lo sepa.

Cuando llegaron nuevamente a la granja, Artura llamó a Olaf con una serie de silbidos. Emergió de entre los arbustos a galope y comenzó a olfatear las llantas del vehículo. Ella tomó una reata colgada de una argolla y lo lazó del cuello para conducirlo hasta el interior del establo.

Tuvo que obligarlo a ingresar a una caballeriza, a patadas y tirones del cuello. Rufina, por su parte, se sorprendió que su hermana lograra dominar a un ser de esas proporciones. Se sacudía con violencia y gritaba desaforadamente. Aquel clamor le provocaba terror. Cuando estuvo por fin encadenado del cuello con un grillete, Artura salió del establo sofocada por el esfuerzo.

–No vamos a poder dormir con este escándalo.

–Sólo tengo que darle de cenar y se callará –explicó Artura, quien se dirigió a la entrada de la casa.

Las sacudidas del interior del establo hacían vibrar la estructura del mismo. La cadena se encontraba soldada a un poste que sostenía el techo. Por un momento, Rufina creyó que iba a reventar la cadena, pues la fuerza con que tiraba resultaba sobrehumana.

Poco después Artura salió. Llevaba una charola en la cual Rufina alcanzó a vislumbrar un contenido húmedo y oloroso.

–¿Qué le das de cenar?

–Vísceras de pollo. Es para lo único que me alcanza; pero él siempre quiere más y más. No sé cómo le voy a hacer para seguirlo manteniendo. Siempre tiene hambre y es por eso que a diario se me desaparecen algunos animales de la granja… o de los ranchos vecinos. Un día de estos lo van a descubrir y me va a traer muchos problemas. Pero… al final de cuentas es sangre de mi sangre, es un pobre desvalido que sólo me tiene a mí. Y aunque no lo creas, hermana, lo amo. Es un ser tierno. Si vieras cómo me olfatea y me besa las manos. Tal vez a la gente le dé horror mirarlo, pero yo sí puedo ver que en el fondo es como un niño pequeño.

Rufina ingresó a la casa. En su cabeza aún escuchaba los sonidos que producía Olaf al comer en el interior del establo. Pudo imaginar cómo masticaba con apetito bestial las vísceras crudas. Pudo escuchar cada mordisco y estuvo a punto de vomitar. Después de controlar sus arcadas, se dirigió al cuarto donde se encontraba Miguel, quien dormía en su cuna. Colocó el oso de peluche que le compró en la feria del pueblo, justo a un costado donde dormía. Lo observó detenidamente hasta que Artura la llamó para tomar un café en la cocina.

–Es un ser muy cariñoso, aunque suele comportarse muy brusco.

–Todavía me acuerdo que mamá tenía docenas de gatos en esta cocina –indicó Rufina cuando reparó en las ventanas del lugar.

–Desaparecieron –dijo rápidamente Artura, mientras despegaba los labios del borde de la taza.

–¿Fue él?

–Los perros los acabaron –corrigió.

Rufina sintió un ligero mareo al imaginar la cocina repleta de gatos. Muchos años atrás, mientras estaba embarazada, los gatos trepaban a su cama y cuando se sacudían, su pelo desprendido se adhería a su ropa. Cuando Rufina por fin dio a luz, Lucio y Berta, sus ya fallecidos padres, asumieron la tutela del recién nacido para evitar la turbación de quienes se enteraran de lo ocurrido. Ellos decidieron ubicar la cuna en un rincón alejado de los gatos, para evitar que estos animales lo perturbaran.

–¿Dónde está enterrada mamá? –se atrevió a preguntar finalmente.

–En la entrada, junto a la araucaria.

–¿Y por qué no has puesto una cruz en el lugar?

–Por ti, para no atormentarte –se apresuró a explicar–. Rufo está ahí con nuestra madre. Nunca pude contártelo porque sé que todavía te afecta. Pero cuando dejó la granja, Rufo fue de aquí para allá, hasta que lo encarcelaron por robar en una gasolinera. En prisión se enfermó de hepatitis y murió. Mamá y yo lo enterramos junto a la araucaria. Ahora ella lo acompaña.

Rufina no volvió a tocar el tema. Artura tenía razón. Escuchar sobre Rufo le afectaba demasiado, por lo que terminó de beber el café y se retiró a dormir. Ocupó su vieja recámara. Las manchas de las paredes seguían ahí, donde las había dejado su memoria. De pronto, del fondo del establo, los gritos desesperados de Olaf la regresaron a aquellos días en los que escuchaba esos mismos gritos recostada en la misma recámara. Cuando Olaf nació, Lucio y Berta advirtieron las señales. El pobre infeliz había nacido con malformaciones congénitas que lo hacían un monstruo a los ojos de Rufina y de sus hermanos.

Lucio solía decir a la gente que había sido afectado por los viejos fertilizantes que el gobierno entregó a los campesinos del lugar. Dicha excusa resultó verosímil, puesto que ese fertilizante había sido producido, décadas atrás, por la República Socialista Soviética de Moldavia y su uso provocó envenenamiento, in-

fertilidad y quemaduras entre los campesinos que lo utilizaron para fumigar los cultivos. Pero lo más extraordinario, no eran las malformaciones ni el tamaño de Olaf, sino sus gritos. Eran bramidos, tan explosivos y profundos, que horrorizaban inmediatamente a cualquiera, pues se trataba de un infante quien los emitía. Aquellos gritos tan extraordinarios seguían entrando por aquella recámara.

Al amanecer del día siguiente, Artura despertó a su hermana completamente desesperada. Los espasmos de su llanto no le permitían expresarse con claridad. A cada momento tenía la sensación de que sufriría un desmayo y fomentaba que su dicción se entorpeciera. Rufina la obligó a tomar asiento en el borde de la cama, pero su tartamudeo hizo imposible que se diera a entender. Lo que deseaba comunicar era que Miguel había desaparecido de su cuna y Olaf se había desencadenado.

Entonces, ambas mujeres salieron a buscar a Miguel y a Olaf en los alrededores de la granja. Se internaron en la vegetación y cuando no hallaron a ninguno de los dos, subieron las colinas. La desesperación de Artura le provocó temblores incontrolables en las piernas y estuvo a punto de caer en picada en lo más alto del collado. Cuando descendieron de las colinas, descubrieron cerca de la quebrada los restos lacerados de Miguel. Su pequeño cuerpo despedazado se encontraba esparcido entre las rocas de la ribera. Su sangre y heridas abiertas atrajeron una colonia de hormigas de fuego y algunas aves carroñeras que en ese momento devoraban ciertos pedazos de carne que se desprendieron de los huesos. El grito de horror de Artura, al ver el cadáver de su hijo distribuido en partes en la ribera, le provocó un colapso. Rufina esperó algunas horas a que su hermana recuperara la consciencia para llevar los restos brutalizados de Miguel de regreso a la granja.

Colocaron el cuerpo de Miguel, junto con los pedazos que se habían separado de él, sobre la mesa de la cocina. Rufina consiguió ubicar aquellos fragmentos humanos en la parte donde alguna vez estuvieron primordialmente, igual que si armara un

rompecabezas. Había ya oscurecido para ese momento y desde horas antes del crepúsculo, cuando Artura y Rufina regresaron con los restos de Miguel, encontraron a Olaf trepado en las ramas de la araucaria. Rufina lo observó desde los escalones de la entrada y reparó en su mirada completamente apagada. El desarrollo corporal de Olaf siempre le resultó un fenómeno asombroso, a pesar de que su condición era grotesca. Con tan sólo diez años, Olaf llegó a medir un metro con setenta y siete centímetros.

En ese momento contaba con un tamaño mucho más grande, su pecho era robusto y sus extremidades toscas; no obstante, lo que lo hacía más intimidante eran sus facciones deformadas, símbolo de la maldad con la que fue engendrado. Nunca tuvo la capacidad de hablar. Sólo se comunicaba con inentendibles quejidos que emitía cuando algo le disgustaba o cuando algo le provocaba placer. Su forma de sentir y experimentar el mundo era, de igual manera, bastante simple. En el instante en que ambas mujeres regresaron con los restos de Miguel, Olaf comenzó a gritar desde lo alto de las ramas.

–No entiendo cómo pudo huir del establo –confesó Artura con el rostro hinchado por el llanto y la angustia–. Jamás se había zafado del grillete.

–Vi cómo se sacudía de las cadenas; era casi imposible que no lograra escapar. Es demasiado grande y fuerte.

–Tampoco creo que haya matado a mi niño… o al menos, no siento que lo haya hecho con la intención de herirlo…

–Te engañas a ti misma. Ese fenómeno fue quien mató a Miguel.

A pesar de la resistencia de Artura, los restos brutalizados de su hijo estaban sobre la mesa. Su cadáver comenzó a atraer moscas y su piel se tornó de una coloración entre azulada y grisácea.

–Es que tú no conoces a Olaf –replicó Artura–. Tú sólo lo juzgas por su apariencia. Pero nunca has convivido con él, nunca lo trataste. Yo lo conozco mejor que nadie. Lo vi acercarse a Miguel cuando era un recién nacido. Lo olfateaba y solía acari-

ciar su cuerpo sin llegar a lastimarlo. ¡Créeme! ¡Él es como un niño! Y es un ser cariñoso y bueno. Tal vez llegó a pensar que tú, que en realidad eres una extraña para él, ibas a lastimar a Miguel. Entonces se liberó de las cadenas y lo tomó de la cuna para llevarlo a las colinas donde pensó que estaría seguro.

–Tal vez tengas razón, pero las cosas han sucedido de esta manera y no podemos cambiarlas –concluyó Rufina–. Ahora, debemos llevar a Olaf a un hospital, en donde estoy segura que se encontrará mejor que en este…

–¡No! ¡No sabes lo que la gente de este lugar es capaz de hacerle a Olaf cuando se enteren de que mató a otro niño! ¡Lo quemarán vivo! No podría vivir con eso. Él no sabe lo que hace; no podemos juzgarlo como a una persona normal. Olaf no sabe lo que está bien y lo que está mal. ¡Yo soy la única responsable de todo esto!

Y mientras Artura se deshacía en lágrimas, Rufina descubrió que detrás de esa actitud obtusa y hostil, se escondía una mujer amorosa y maternal. Nadie en el mundo, más que su hermana, estaba interesado en un imbécil deforme y peligroso. Ella lo amaba y cuidaba como una madre. Y eso era precisamente lo que precipitó su ira en contra de Olaf. Para Rufina, este ser repugnante y cruel no merecía ningún tipo de consideración. Si la gente del pueblo decidía quemarlo vivo por lo que cometió antaño, ella estaría más que feliz por verlo arder. Su hermana Artura era culpable de haber mantenido a una aberración cerca de un infante indefenso. Le resultaba una actitud irresponsable y estúpida. Además, lo más indigno para Rufina fue que a partir del nacimiento de Olaf, las categorías familiares se convirtieron en algo confuso y blasfemo.

No obstante Berta, quien se asumía como la abuela y la madre del pequeño idiota, precisamente por sus limitaciones, lo asistió con ternura. En todo momento cuidó que Olaf permaneciera dentro de la casa para evitar que sufriera algún tipo de accidente. Y, pese a que Berta lo llenaba de cuidados y atenciones, Olaf no era capaz de sentir afecto por ella. Quizás en su mente escueta él

no lograba distinguir a las personas de los objetos inanimados. Tal vez para Olaf el mundo era sólo un efecto de sus emociones. Y cuando Berta murió, Artura se convirtió inmediatamente en su segunda madre.

Esa noche, a partir de los ruegos y súplicas de Artura, Rufina estructuró una salida de escape a la situación. Envolvieron el cuerpo de Miguel en una sábana blanca y lo sepultaron en un lugar próximo a la araucaria. Ambas permanecieron reclinadas en este sitio y, en instantes, se les ocurrió hacer una oración para el descanso del niño. Luego de unas horas, mientras esperaban la noche, Rufina y su hermana decidieron bajar al pueblo para comprar otro juego de sábanas.

Cuando ambas mujeres viajaban de regreso a la granja a través de la oscura carretera, Rufina se atrevió a confesarle a su hermana un episodio de su infancia relacionado con el salvajismo de Olaf.

–Su risa es diabólica –y en su mente logró escuchar el despreciable sonido que escapaba de esa boca contrahecha–. Cuando tenía seis años, lo vi acercarse al corral y tomar uno por uno los cachorros de la perra. Apenas habían abierto los ojos. Cuando me paré en la puerta del corral, miré el rastro de sangre en el polvo. Los cuerpos sin piel estaban tendidos sobre el pesebre y la perra los lamía, como si tratara de revivirlos. Y cuando se dio cuenta que lo había descubierto, empezó a reírse.

–¿En serio lo escuchaste reír anoche? –preguntó Artura, al borde del llanto y la desesperación.

–Así es –fue la respuesta tajante de Rufina.

–¿Debemos hacerlo?

–Es lo mejor para él. Tarde o temprano hará algo parecido, lo descubrirán y terminará en manos de alguien que lo hará sufrir hasta el final. Creo que lo más humano que podemos hacer es esto. No tenemos alternativa.

–Que Dios nos perdone.

La fuerza bruta y su estupidez lo hacían un ser peligroso, incluso para sí mismo. Rufina recordó que su madre solía

alimentarlo mejor que a sus hijos, quizás por compadecer su condición malformada y lerda; sin embargo Olaf, pese a que devoraba cualquier alimento que le servían enfrente, siempre se encontraba hambriento. Su apetito podía con facilidad sustituir el de cinco hombres adultos. Ese recuerdo se esfumó de su memoria al llegar de nuevo a la granja. Artura fue la primera en descender de la camioneta y llamar a silbidos a Olaf. Una vez más lo llevó hasta el establo, lo encadenó y regresó por Rufina. Ambas mujeres ingresaron a la casa, para que luego de diez minutos, Artura saliera con una carabina en las manos. Entró de nuevo al establo. Rufina se había quedado dentro de la cocina y únicamente alcanzó a ver desde la ventana un ligero resplandor y escuchó una detonación ahogada. Artura salió por última vez del establo, caminó hacia los escalones de la entrada, se sentó sobre el primero y comenzó a sollozar inconsolable por aquello que se había visto obligada a realizar en esa terrible noche.

Al verla llorar, Rufina dibujó una leve sonrisa en su rostro. Esa drástica decisión fue fomentada por ella, pues cuando Rufina cumplió veintitrés años abandonó la granja. La cercanía con aquel ser le provocaba repulsión. Entonces se mudó a un cochambroso hospicio de Cuautla y trabajó como mesera en una lonchería. Después de dos años, conoció a un joven docente con quien contrajo matrimonio. Luego de ahorrar y trabajar duro, se mudó a la ciudad. Pero ella nunca olvidó el origen de ese monstruo. Ella lo engendró involuntariamente a partir de un acto de maldad pura, lo parió y nunca pudo arrancarlo de su mente. Olaf estaba presente a cada segundo, en cualquier lugar, en cualquier momento.

Aquellas regresiones de ese rostro malformado nunca la dejaron tranquila. Entonces decidió regresar, después de largos años, a la granja familiar para enfrentar a su propia pesadilla. Había vuelto con un objetivo. Cuando supo que su hermana Artura había tenido un hijo, entendió lo que debía hacer. Aquella noche, después de regresar de la feria, Rufina tomó a Miguel de su cuna, lo llevó a las colinas y lo arrojó al fondo de la quebrada

para que su cuerpo se despedazara entre las rocas filosas de la ribera. Cuando regresó a la granja, ingresó al establo para desencadenar a Olaf. Ella deseaba que muriera, para así borrarlo de su memoria.

Nunca te enamores de un hombre con ojos color ámbar

The pictures conjured up by the creative fancy of the poet were placed full to view, at one time overwhelming the soul with superstitious awe, and at another transporting it with luxuriant beauty.
William Godwin. *The Adventures of Caleb Williams; or Things as They Are*

Mi hija representa la desgracia absoluta de mi vida y la odio culposamente. Es una mujer desagradable, tanto en lo físico como en lo espiritual. Tiene veintisiete años y luce como una adolescente de quince. Para los que quieran darse una idea de la apariencia de Elisa, confórmense con saber que resulta un manojo de despojos en forma de resorte. Lo cierto es que desconozco quién es su padre ya que, en aquellos años de mi juventud, viví plenamente mi sexualidad.

Su nacimiento fue prematuro y de alguna manera, las complicaciones del parto le causaron un ligero daño en los pulmones. Además, cuando cumplió ocho años se le detectó distrofia muscular, por lo que se encuentra esclavizada a una silla de ruedas hasta el día de su muerte. Todos los días debo atender sus necesidades más elementales. La alimento, la baño y le procuro atención médica cada semana. Intento proporcionarle los mejores cuidados para que tenga una vida relativamente normal; sin embargo, mi hija es consciente de que sus limitaciones de salud no le permiten vivir una vida como la de cualquier otra muchacha de su edad. No tiene amigos, no estudia y depende enteramente de mis cuidados.

Las limitaciones físicas de mi hija la convirtieron en un ser odioso y depresivo. Estoy muy cansada de su actitud negativa y

en ocasiones he deseado escapar de la casa y olvidarme de que existe. Cada día tengo miedo de cruzar la puerta y encontrarme con sus pucheros y berrinches, sólo porque ve un programa de televisión en donde las adolescentes, con rostros bellos y cuerpos perfectos, se refocilan y besan con jóvenes atractivos que las aman y las desean. Intento explicarle que esos *shows* de televisión son mentira y trato de advertirle que la vida cotidiana es por completo diferente. Pero ella lloriquea y me acusa de haberle permitido vivir. «¡Quisiera estar muerta! –suele reprocharme–. ¿Por qué no te deshiciste de mí antes de nacer? Hubiera preferido que mi propia madre me asesinara antes que sufrir esta pútrida existencia». ¿Por qué mi propia hija me presiona de esta manera? Ella sabe que no puedo hacer nada por su condición. No soy Dios para realizar milagros. Soy, simplemente, una madre soltera de cincuenta años que trabaja en un obrador de carne la mitad del día.

No tuve más hijos, lo cual fue un acierto y un error. Durante las mañanas tengo que pagar a una mujercita para que atienda a Elisa. Pensé que se llevaría bien con esta chica, pero al parecer, mi hija se ha sentido minimizada por ella y la trata con hostilidad. Sé que envidia su cuerpo bien formado y atractivo, su autosuficiencia, su salud y su belleza. A veces me coloco en los zapatos de mi hija y trato de comprenderla; otras, miro a la distancia sus berrinches y siento pena por ella.

He sacrificado muchos años de mi vida por su cuidado, incluso he velado por ella a costa de mi propia felicidad. Cuando Elisa tenía ocho años, conocí a un buen hombre en mi trabajo. Él era cordial, tranquilo y soltero. Comenzamos a salir y todo iba bien, hasta que los médicos le diagnosticaron a Elisa distrofia muscular. Entonces nuestra relación comenzó a colapsar, pues dejé de dedicarle tiempo. Él quería casarse conmigo y tener sus propios hijos; yo estaba dispuesta a dárselos. No pude encontrar mejor hombre que él, pero mi hija se encargó de fastidiar mi felicidad. Sus cuidados requerían tiempo, atención y dinero.

Entonces Clemente y yo postergamos nuestras salidas hasta el punto de vernos únicamente en horas de trabajo, pero eso no fue

suficiente. Tuve que conseguir un empleo de medio tiempo para pagar los tratamientos de Elisa, lo que provocó que Clemente comenzara a salir con otra mujer del obrador de carnes. Eso me dolió bastante, pues tuve que tragarme el orgullo y verlos a diario en el trabajo. Se besaban, acariciaban y se hacían bromas traviesas frente a mis ojos. A las pocas semanas, Clemente habló conmigo y dijo que su nueva relación surgió de repente. Me pidió disculpas y se fue. Realmente pienso que buscarse a aquella otra mujer del trabajo sólo fue un pretexto para huir de la situación en la que se veía encadenado. No lo culpo. Lidiar con Elisa, una jovencita lisiada, enfermiza y resentida, no es para nada sencillo.

La chica que atiende a Elisa cuando me encuentro en el trabajo se llama Flor y realmente es una muchacha simpática. Una tarde cuando llegué de laborar encontré a Flor con un jovencito sentado a su lado en el sillón. La verdad es que no me molestó sorprenderla en mi casa con su noviecillo. Sin embargo, este suceso generó un escándalo con Elisa. Empujó las ruedas chirriantes de su silla hasta la sala; gimoteó y amenazó a Flor con un cuchillo de la cocina si no abandonaba la casa en ese momento. Cuando la joven y el chico salieron, le pregunté por qué se sintió tan furiosa por ver a Flor con su novio. Esperé a que ella me respondiese que aquel joven había invadido su privacidad o algo por el estilo; no obstante, su respuesta me sorprendió completamente. Dijo, mientras apretaba sus encorvados dedos, que Flor había llevado a su nuevo novio a la casa únicamente para burlarse y restregarle en la cara que los hombres podían fijarse en ella. Entre sollozos y ataques de asma, Elisa confesó que Flor disfrutaba hacerle ver que ella está destinada a ser una mujer deforme y repulsiva hasta el día de su muerte. A partir de ese día, Flor jamás volvió a la casa. En un principio creí que se había ofendido o avergonzado por lo sucedido; pero en realidad se había extraviado, pues durante las semanas siguientes, apareció una alerta AMBER en la televisión y las pantallas electrónicas.

En ocasiones, cuando Elisa era apenas una chiquilla solíamos visitar hospitales públicos donde se le atendía gratuitamente su

enfermedad. Allí, en raros momentos aparecían celebridades, acompañadas de música, reporteros y obsequios destinados para alegrar a los niños cancerosos, desahuciados y moribundos. Aquellas celebridades se hacían tomar fotografías mientras entregaban los regalos a los pequeños infelices. Se trataba de un espectáculo deprimente y fabricado para el ridículo protagonismo de aquellos seres, cuyo afán por la atención representaba un alimento indispensable. En una de aquellas ocasiones, le tocó a mi hija recibir un obsequio de una celebridad a la que sólo le interesaba hacerse pasar por una persona sensible. A partir de ese momento, descubrí que Elisa asoció su enfermedad crónica a la atención obligatoria por parte de los demás. Desde entonces, ella ha aprovechado su condición para abusar de quienes la rodean. Utiliza el chantaje emocional, el victimismo y las amenazas para obtener lo que quiere en el momento en que lo decreta.

Elisa pasa la mayor parte del tiempo en la computadora o en su teléfono celular. Muy pocas veces sale de casa; incluso se niega a pasear cuando le pido que demos una vuelta por el parque los fines de semana. Dice que no quiere sentirse acosada por las miradas de la gente. La comprendo completamente. Sus extremidades retorcidas y su piel grisácea funcionan como un imán de atención hacia su persona. La gente ni siquiera disimula su desagrado e incluso la señalan cínicamente. Me ha tocado presenciar risas y comentarios bastante vergonzosos respecto a la apariencia de mi hija. Ella todavía no ha logrado lidiar con eso. Es por eso que procura mantenerse recluida en la casa.

Una noche, mientras navego por la Internet, descubro un programa de computadora capaz de generar rostros humanos a partir del uso de Inteligencia Artificial. Esta web utiliza un algoritmo capaz de crear el rostro humano de alguien que no existe, pero que resulta tan real como cualquier otro. Esa noche, mientras paso las horas frente a la pantalla de la computadora para intentar conciliar el sueño, me vienen a la memoria las palabras de un libro que leí en mi adolescencia. No soy una mujer aficionada, ni mucho menos instruida en la disciplina literaria. El

único libro que he leído en mi vida es precisamente, el *Mandeville* de William Godwin, en el cual recuerdo perfectamente la frase: «Las únicas realidades son las cosas invisibles».

Durante las noches posteriores comienzo a navegar y a familiarizarme con esta web, en donde diseño una serie de rostros masculinos. Advierto que son hombres cuyos atributos me resultan atractivos. Entre la gran cantidad de rostros, sólo uno de ellos me convence. Es el rostro de un hombre que da la apariencia de estar en sus treinta años; también da la impresión de ser amigable, paciente y a la vez divertido. Cuenta con una bonita sonrisa, en cuyos contornos se percibe la sombra de una barba perfectamente cerrada y de color castaño claro. Además, evoca higiene y un toque de vanidad. Asimismo, su cara parece decir que no necesitas conocerlo para confiar en él. Pero por encima de cualquier otra seductora particularidad, son sus ojos los que tienen el diabólico poder de cautivar a cualquier mujer que los mire. Son grandes, pero sin ser saltones; cuentan con un par de abanicos como pestañas y tienen forma alargada, como si trataran de enrollarse en espiral. No obstante, es el color ámbar del iris lo que parece absorber mi aliento. Si tuviera que elegir un nombre para él sería Adonis, pero por razones obvias, decido darle el nombre de Edgar.

En las tardes de cada día laboral de la semana, después de salir del trabajo, gasto unos cuantos minutos en un cibercafé, en donde elaboro perfiles falsos en redes sociales con el nombre de Edgar. Subo diferentes fotografías ficticias de este hombre inexistente, comparto información de su trayectoria académica, sus gustos particulares y los lugares que ha visitado. Edgar es un hombre que sólo existe en la virtualidad de la Internet y que curiosamente, resulta más real que yo, pues por mi parte nunca he creado alguna cuenta en redes sociales. Las pocas personas que saben de mi existencia son Elisa, mis vecinos y la gente en donde trabajo; por su parte, Edgar comienza a ser identificado por cientos y cientos de usuarios en la Internet. A pesar de lo complejo que pueda parecer, la creación de este personaje me

provoca excitación y morbo, pues con el pasar de las semanas, muchas mujeres me envían solicitudes de amistad, seguimientos y mensajes de contenido travieso. Yo les sigo el juego para dar la impresión de que Edgar es un tipo atrevido y gallardo. Asimismo, publicación tras publicación, formo una personalidad propia en él. Incluso, yo misma comienzo a pensar en Edgar como si fuera un ser que pertenece a este mundo y... empiezo a desear que se convierta en un hombre de verdad. El pasar de los meses me orilla a enamorarme de mi propia invención, pues a pesar de que es una mentira, en el fondo se trata de una deliciosa ficción.

Elisa no sospecha que ese apuesto y respetuoso hombre le coquetée a través de la Internet. Ni siquiera puede creer que le haya solicitado seguirla en sus redes sociales. La encuentro emocionada cada hora del día y constantemente me habla de lo increíble que le resulta Edgar. Para ser honesta, y para hablar en buena fe, me toma bastante tiempo mantener conversaciones con ella mientras me hago pasar por ese atractivo joven treintañero. Asimismo, sacrifico días enteros en alterar varias imágenes, a través de un programa de edición de fotografías, para que la existencia virtual de Edgar evoque verosimilitud. Mantener con vida a Edgar es en verdad muy complicado. Durante las noches, Edgar le intenta explicar a Elisa que su profesión como abogado es muy demandante, por lo que sólo puede dedicarle unos cuantos minutos de su tiempo para conversar. Elisa es una joven sumamente caprichosa y antipática; sin embargo, no puede chantajear a Edgar sin resultar odiosa. Aparentemente guarda la calma cuando Edgar corta el chat; no obstante, a la mañana siguiente se comporta insoportable conmigo. Destruye trastos, me insulta y cuando advierte que sus rabietas no le conducen a lugar alguno, empuja su silla de ruedas hacia su recámara y comienza a lloriquear.

Los días transcurren y Elisa le solicita a Edgar un intercambio de fotografías indecorosas. Me las tengo que ingeniar para editar las imágenes de una página pornográfica con el rostro de Edgar. Cuando tengo listas las imágenes, se las envío con un par de

mensajes embaucadores. De pronto, recibo un conjunto de fotografías de Elisa en diferentes posiciones muy sugerentes. En ese instante, sospecho que de igual forma se valió de un editor de fotografías para evitar que Edgar advierta sus atrofiadas extremidades las cuales, en cualquier otra joven, resultarían absolutamente encantadoras.

Casi no duermo. Trabajo ocho horas al día y durante las noches, me las apaño para hacerle creer a Elisa que un tipo exitoso, simpático y sensual, se ha fijado en ella. No soporto la cantidad de estupideces que ella escribe de mí. Le cuenta a Edgar que todos los males que padece son por mi culpa. Afirma odiarme sobre todas las cosas y asegura que algún día me hará pagar por su aparente sufrimiento. También descubro lo insoportable que es en verdad. Envía, aproximadamente, de cincuenta a ochenta mensajes cada día sin que reciba respuesta. Se tratan de deseos de buenos días, chascarrillos, cursilerías y súplicas de contestación. Incluso, repite las mismas oraciones de manera compulsiva, con la ridícula esperanza de recibir al instante una respuesta halagadora. Cuando no obtiene lo que desea, recurre a los mensajes de audio, en donde intenta comunicar, con un tono calmado, lo mucho que Edgar le atrae y lo mucho que extraña platicar con él. A leguas se advierte una voz perturbada, resentida y ansiosa detrás de esas palabras dulces. Al no recibir la atención que desea, borra todos los mensajes y recurre, finalmente, al envío de fotografías de sus piernas o glúteos.

Por lo regular regreso a casa sin ánimos de continuar con este juego absurdo; pero a pesar del esfuerzo, he obtenido información importante. Elisa planea asesinarme. Eso le ha confesado a Edgar. Se las ha ingeniado para conseguir veneno para ratas. Asegura que me envenenará cuando yo regrese del trabajo. Al contar con esta información, evito tocar alimento alguno que se encuentre en la casa y en su lugar decido merendar en la calle. Los planes de Elisa se frustran; sin embargo, ella no confiesa a Edgar de qué manera planea terminar conmigo en el futuro. Yo solía preocuparme por ella cuando muriera, pues no tenemos

familiares cercanos ni amigos; ahora descubro que el objetivo de Elisa es precisamente librarse de mí. Discuto con ella sobre su situación mientras toma la cena. No responde y conduce su silla de ruedas de nuevo a su recámara.

Las peticiones por conocer a Edgar se vuelven cada vez más insistentes. Desea interactuar con él en persona y utiliza, como es su costumbre, el chantaje emocional. Incluso me ha solicitado acondicionar nuestra vivienda en caso de que Edgar acepte venir a cenar. Para Edgar es imposible negarse a conocerla bajo la excusa de no sentirse listo, pues durante los últimos meses le aseguró que se siente absolutamente atraído, no sólo por sus atributos físicos sino también por su personalidad. Creo que cometí un grave error. Ahora Elisa chantajea a Edgar con esas mismas palabras. La única salida de Edgar es recurrir a sus compromisos profesionales y salidas de trabajo. Elisa asume que Edgar y ella tienen ya una relación formal, a pesar de que el vínculo entre ellos es la Internet. Cada día, Edgar le asegura que se siente muy feliz por ser su novio y además la ve como su futura esposa. Elisa no puede encontrarse más inquieta, pero a la vez, la advierto cada día más irritada. Del mismo modo, ella le comenta reiteradamente que yo soy el único obstáculo para su felicidad, pues asegura que jamás me desprenderé de su lado mientras permanezca con vida.

Ahora acosa a Edgar con llamadas a través de diferentes redes. Indica que le resulta muy sospechoso que nunca hayan mantenido una videollamada o una simple llamada telefónica. En los días posteriores, me veo orillada a comprar un teléfono inteligente en donde utilizo una aplicación para distorsionar la voz y así mantener conversaciones torturantes con Elisa. Por momentos, presiento que fui demasiado lejos con este engaño y por ello, siento temor de las consecuencias desconocidas de estos actos.

Justo cuando me decido a dar de baja todas las redes sociales de Edgar y de esta manera, acabar con su existencia, soy testigo de un acontecimiento increíblemente perturbador. Mientras

regreso del trabajo, un hombre se sienta a mi lado en el transporte público. Como es mi costumbre, procuro siempre evitar el contacto visual directo con la gente que me rodea; no obstante, a este individuo me resulta imposible ignorarlo. Es Edgar en persona. Su rostro guarda las mismas facciones que el personaje virtual que inventé. Asimismo, aquellos hermosos ojos color ámbar, cuando se dirigen por un momento hacia mí, me provocan esa sensación excitante y diabólica que experimenté en un principio.

El autobús se detiene en una estación cercana a mi domicilio y este hombre, tan parecido a Edgar, desciende del transporte. Yo también bajo y lo sigo cautelosamente a cierta distancia. Ingresa a una tienda de abarrotes, compra un cigarro y continúa su trayecto mientras fuma. Llega hasta una escuela de artes y oficios e ingresa al lugar. A partir de ese momento me dedico a vigilarlo de cerca. Posteriormente, a través de los días, descubro que este individuo es profesor de orfebrería, recién llegado de provincia, y su nombre es Sandro. Tramposamente me infiltro en la escuela de manualidades con el pretexto de tomar clases de orfebrería con el recién llegado profesor. Él me recibe con indiferencia y me integra a un grupo de alumnos, quienes verdaderamente tienen interés por aprender el oficio.

Sin importar las presiones de mi trabajo y la responsabilidad de Elisa, me inscribo al taller de orfebrería, el cual curso tres días a la semana. A pesar de que Sandro es un joven de treinta y pocos años, y yo una mujer cincuentona, advierto que él me mira de manera indiscreta. Por momentos no logro disimular mi sorpresa, pues además de sentir una infernal atracción física por Sandro, me horroriza la tremenda semejanza con el personaje que inventé en la Internet.

Sandro y yo comenzamos a salir. Al principio le pregunto si da clases particulares a domicilio; él se resiste por momentos a responder y luego me invita a tomar un café en algún restaurante cercano. Y, a través de la cercanía cada vez mayor entre él y yo, descubro el abismo amarillento de su mirada, el cual absorbe mi

atención. Le cuestiono acerca de quién es y de dónde viene. Me responde que es de un pueblo lejano y ha venido a esta ciudad en busca de su sobrina, hija de su hermano mayor. Según le contaron, se extravió hace varias semanas y las autoridades han desatendido el caso. El nombre de la sobrina de Sandro es Flor. Asimismo, renta un pequeño departamento cerca de nuestra casa y para poder pagar el alquiler, imparte clases de orfebrería en la escuela de artes y oficios.

Sandro me confiesa que desde siempre se ha sentido atraído por mujeres maduras y yo le resulto especialmente seductora. Sin embargo, a pesar de experimentar violentos deseos de entregarme a él, un horroroso presentimiento de angustia e incertidumbre me posee al saber que la sobrina extraviada de Sandro es Flor. Él advierte mi desesperación, pero la malinterpreta como timidez. Cuando comienza a manosearme, intento detenerlo y explicarle las consecuencias sobre su ingreso a mi vida y la de mi hija. De pronto, logro ver la reacción de Elisa al descubrir que el nuevo novio de su madre es el mismo individuo que mantiene una relación amorosa con ella a través de la Internet. Para mí ya no es un secreto que mi propia hija me odia, desea mi muerte y me culpa de su situación, a pesar de que he sacrificado mi vida para mantenerla segura. Tampoco puedo continuar con la farsa de que ahora Elisa es una prioridad para mí; ni siquiera puedo decir que la amo; todo lo contrario; la odio, pero no quiero aceptarlo. Ella es, de la misma manera, un obstáculo para mi felicidad; siempre lo ha sido. Sin embargo, la aparición de Sandro puede derribar este frágil muro de tolerancia que aún existe entre Elisa y yo. Es por ello que le prohíbo acompañarme hasta mi domicilio.

Elisa manda cientos de mensajes lastimosos a Edgar, a pesar de que él ya no le responde en absoluto. Los cambios en su ánimo son por completo notorios. Gradualmente doy de baja las cuentas de Edgar en redes sociales. La decadencia de Elisa viene acompañada de extrañas apariciones en nuestra casa, pues de repente, el jardín y el interior de nuestra vivienda son asaltados por una terrible peste y una plaga de moscas metálicas. Asimismo,

Elisa comienza a descuidar su apariencia; incluso decide cortar su cabello y permanece todo el tiempo encerrada en su recámara. A partir de esta oportuna crisis, aprovecho para cortejar a Sandro; él decide dar el primer paso, por lo que me lleva a su vivienda y me hace el amor. Durante el encuentro, mientras lo tengo encima, confundo su nombre y lo llamo Edgar. Él, de inmediato, se altera y me pregunta quién es Edgar. Para compensar mi torpeza le respondo que Edgar es el padre de Elisa y que he cometido un grave y penoso error.

Las apariciones de Sandro en mi trabajo se vuelven rutinarias. En ocasiones me sorprende con ramos de flores, peluches y diferentes tipos de obsequios. Realmente es un hombre romántico. Sin embargo, al llegar a casa me deshago de los presentes con la esperanza de que Elisa no los descubra. En serio me duele echar a la basura los regalos de Sandro; incluso siento pena por los gastos que realiza, ya que es un hombre que vive con modestia y no tiene un salario suficiente para bancarse obsequios para su amante cada fin de semana.

Una tarde, cuando salgo del trabajo, descubro que Sandro no se encuentra en la salida. Echo un vistazo donde acostumbra esperarme. Llega la lluvia. Los veraneantes se han marchado. Comienzo a preocuparme por él, ya que es absolutamente inusual que no me haya avisado que iba a faltar a nuestro encuentro. Nuestra rutina es vernos al atardecer, ir a su vivienda y hacer el amor. Le llamo varias veces al celular y me dirige la contestadora a llamadas desviadas. La lluvia me obliga a tomar un taxi. Al llegar a casa, descubro que Sandro se encuentra de pie frente a mi puerta. El temor me invade y trato de persuadirlo a que se retire a su vivienda. Debo decir que esperaba una respuesta negativa, pero de manera extraña, Sandro, visiblemente agotado, decide obedecerme. Sin despedirse con un beso en los labios ni una caricia atrevida, se marcha a su vivienda sin molestarse en voltear la mirada a manera de gesto galante. Su andar es pausado, como si estuviera enfermo o lastimado. En verdad me siento preocupada por su condición y su comportamiento inusual.

Al día siguiente, advierto que el ánimo en Elisa es eufórico y totalmente opuesto a los días anteriores. Al preguntarle por su repentino cambio de humor, ella me responde que Edgar ha vuelto con ella. Al no darle importancia a sus ocurrencias, decido pasar por alto la situación y trato de recuperar mi rutina. Ella repite que el amor es la sensación más maravillosa que existe y que a pesar de los «obstáculos», Edgar y ella estarán juntos para siempre. Menciona que él le ha confesado todo y que ahora que lo perdonó, recuperarán los momentos que estuvieron lejos el uno del otro.

La segunda ocasión en que me encuentro a Sandro en la puerta de mi domicilio, ocurre un mes después. Me da la impresión de que se halla de salida y no de entrada. Al confrontarlo y preguntarle qué pretende hacer, él permanece callado. Al pedirle que se retire, lo encuentro imprudente y no escucha mis ruegos. Está determinado a ingresar a la casa. La tormenta golpea con furia la buhardilla y pequeños trozos de teja caen cerca de nosotros, lo que me obliga a invitarlo a pasar. Una vez dentro, vuelvo a confundir el nombre de Sandro con el de Edgar. Él, totalmente alterado, gira y me grita: «¡Sandro! ¡Mi nombre es Sandro!». Entonces me arrastra hasta la cocina, me desgarra la ropa y comienza a hacerme el amor con violencia.

Haga buen o mal tiempo, llueva o luzca el sol, la peste no desaparece. Y, mientras Sandro se encuentra a mi espalda y sus manos sujetan mi cabello, una luz relampagueante ingresa a la cocina. Es de noche. De vez en cuando pasa un vehículo como rayo en sintonía con las gotas de agua que escurren del descansillo. Sandro no se detiene y su cuerpo palpitante mantiene sus movimientos sobre el mío. Me duelen las rodillas y la entrepierna. Los sonidos de la lluvia y los jadeos de Sandro, mezclados con los míos, no evitan que logre escuchar el sonido de pasos a nuestras espaldas desnudas. Intento girar, pero Sandro se encuentra a punto de llegar a su clímax y sujeta mi cuerpo con brusquedad. Los pasos se aproximan cada vez más, hasta que escucho únicamente un golpe áspero detrás de mí. Después de

eso, siento la sensación de un líquido espeso y caliente que cubre mi cadera y segundos después, mi espalda. Las manos de Sandro aún sujetan mi cabello, pero su cuerpo se ha quedado rígido. Al desprenderme de él, advierto que mi piel se encuentra bañada en su sangre.

Horrorizada, me pongo de pie y descubro, entre la penumbra, que Sandro tiene clavado un cuchillo de cocina en la garganta. Grito desaforadamente y al encontrarme arrinconada en la alacena, advierto el rostro lloroso y deforme de Elisa quien, desde la oscuridad, me mira sin decir una sola palabra. Al incorporarme, ella me insulta. «Tú eres la culpable de su muerte, porque sabías muy bien que Edgar era mío. Yo jamás iba a permitir que me lo quitaras. Sabías muy bien que lo prefería muerto a que te perteneciera…». Sus manos temblorosas se abren y se cierran frenéticamente mientras su voz se quiebra y sus ojos desprenden una luz violeta. Intento tranquilizarla y explicarle que este hombre, tendido en la cocina, no es Edgar… pero es inútil. Ella me informa que es el mismo hombre que la vino a buscar semanas atrás. Todo queda claro. Ahora Elisa luce como una joven sana, totalmente diferente a aquella mujercita débil, quebradiza y con extremidades atrofiadas. Su cuerpo ya no se contorsiona y puede caminar y moverse con absoluta normalidad.

Un grupo de ministeriales me lleva directamente a las galeras, donde se me dicta sentencia. En las declaraciones narro más de diez veces lo que ocurrió, pero nadie me da crédito. Incluso, un médico legista asegura que una joven con distrofia muscular es físicamente incapaz de cometer el crimen del que se me acusa. «¡Pero yo fui quien los llamó!». No obstante, me suben a una patrulla y me trasladan a un penal. Durante el trayecto, le digo a los judiciales que mi hija fingió toda su vida, pues sólo aparentó vivir en esas condiciones para llamar la atención y manipular a quien tuviese cerca.

Tiempo después, mientras cumplo sentencia, me llaman a declarar al patio de la prisión. Un judicial me obliga a firmar unos documentos sin que me dé tiempo de leerlos. Cuando termino

de firmarlos a través de la coacción, se me informa que en el jardín de mi casa los peritos encontraron los restos de Flor. Ahora soy acusada de un nuevo delito. Mientras tanto, una joven de servicio social me asegura que Elisa se encuentra sana y salva en un hospital. La joven agrega que mi hija se halla segura lejos de mí. Afirma, también, que el embarazo de Elisa está libre de riesgos y tendrá a su bebé en unos cuantos días.

Adelfa

La amé desde el momento en que regresé al pueblo, después de largos años de vivir en la ciudad. Lo que en mis recuerdos fue una pequeña de brazos y pecho, la hallé como una mujer dulce, atenta y terriblemente atractiva. Su cálido aliento y sus maternales cuidados me sedujeron como nunca antes lo había experimentado con otras mujeres que conocí.

Desde la infancia me crié con mis tíos paternos, lejos de la despreocupación del campo y la montaña. Mis padres decidieron que lo mejor para mí, su primogénito, era vivir en una gran ciudad para tener oportunidad de mejores estudios y un empleo decente. Desafortunadamente, al graduarme de la universidad, conseguí un empleo mediocre en una oscura oficina de sellos y estampillas. Fui un empleado holgazán y desobediente, y la causa de mi indolencia se debía a mi desprecio por el tono ceniciento que percibía en el edificio donde laboraba.

Durante años me comporté insolente y perezoso con mi patrón, lo que me valió ser despedido. Colmado de alegría por asumirme libre de aquel tedioso empleo, regresé después de tan largo tiempo a casa de mis padres. El ambiente familiar me sentó bien y me dio muy buena pinta que mis ancianos padres me atendieran como a un niño pequeño. Después de todo, a pesar de ser un desconocido para ellos, aparentaron amarme como a un hijo que conocían de toda la vida. Sin embargo, desde un principio noté cierta molestia e inquietud en sus miradas. Mi perspicacia me dijo que mi presencia en casa de mis padres no era bienvenida; pero traté de pasar por alto esta sensación.

Pero la vi y de inmediato me enamoré. Castaña, tierna y tímida. Sus niñerías de mujer me excitaron demasiado y no resistí en cortejarla a espaldas de mis padres. A pesar de que le era un desconocido, su trato hacia mí siempre fue cordial y caluroso. Desde ese momento, salimos a pasear por la pradera mientras pastoreábamos el rebaño de ovejas que mi padre poseía. Asimismo, solía decorarle su hermosa cabellera castaña con flores silvestres y también le leía poemas de un libro de Bécquer.

Desafortunadamente, mi madre advirtió nuestra cercanía indecorosa. A los ojos de mis padres, la proximidad que mantuve con Adelfa les resultaba incómoda. Y una noche me aconsejaron guardar mi distancia. Sin embargo, lejos de ignorar la presencia de Adelfa, mis deseos por ella se incrementaron. Nuestros encuentros aumentaron, pero siempre cautelosos y discretos. Tanto ella como yo experimentamos vivas pasiones el uno por el otro, pero no solamente sentimos lascivia por nuestra carne, sino también cariño por nuestra existencia. La primera vez que hicimos el amor fue una paradoja creada a partir de la culpa, el tabú y el distanciamiento infantil.

Cierta tarde, mientras Adelfa y yo paseábamos por el campo tomados de la mano, mi madre nos sorprendió. Al regresar a casa, mi madre ya había contado lo sucedido a mi padre. Sus miradas se dirigieron a mí de modo penetrante y hostil. Adelfa, inocente por naturaleza, se retiró a su recámara y yo me quedé en la mesa para recibir una secuencia ininterrumpida de oprobios y amenazas. «Nunca debiste regresar. Sólo has venido a pervertirla», me dijo mi madre. «¿Cómo puedes abusar de la inocencia de esta pobre crédula?» me cuestionó mi padre. Al final, resolvieron echarme de la casa al siguiente día, antes de que el sol se ocultara. Pero no esperé el crepúsculo del siguiente día. Esa misma noche me fugué con Adelfa en dirección a la ciudad. No la advertí nerviosa o aterrada; todo lo contrario. Se encontraba excitada y alegre.

Rentamos un cuarto pequeño y sucio en los suburbios, que fue para lo único que me alcanzó. Y a pesar de nuestra miseria,

fue la etapa más feliz de nuestras vidas. Pronto hallé en Adelfa un motivo para tolerar un empleo como vendedor en una empresa de café y chocolate. Después de unos meses, nos casamos en una lejana parroquia de cierta delegación, en donde no hubo asistentes; y en conclusión, nuestra luna de miel consistió en una larga expedición alrededor de la ciudad.

El carácter de Adelfa se hizo cada día más bonachón y eufórico. Por mi parte, me consideré un hombre completo y feliz. Cada día de mi existencia, mi único deseo consistía en regresar al lado de Adelfa, esperar la noche y hacerle el amor. Incluso en ciertos momentos, tuve deseos de salir a la calle y gritar que la amaba, que la amaba con locura. Nos olvidamos para siempre del pueblo, de mis padres, de las prohibiciones y los prejuicios. Pronto mi situación financiera mejoró, conseguí un mejor empleo como gerente de una fábrica de zapatos y compramos una hermosa casa en una zona privilegiada de la ciudad. Mi vida no podía ser más agradable. Pero una tarde, mientras Adelfa y yo salíamos de un cine, nos encontramos con mi madre.

En ese momento la advertí extenuada, casi desprovista de vida. Su mirada reflejaba odio y tristeza. Al vernos juntos comenzó a sollozar. Dijo que nuestra fuga había provocado la muerte de mi padre. Al enterarse de ello, Adelfa se desplomó. Y mientras trataba de reanimarla, mi madre me acusó de ser el único responsable del fallecimiento de mi padre. «¡Maldito seas! ¡Tu regreso sólo acarreó desgracia y perversión!». «¡Madre, fue inevitable! ¡La amo con locura y ella me ama de la misma forma!». Pero mi madre, devastada por mis declaraciones, bajó el tono de su voz. «Su unión es una aberración. Es tu hermana menor y, lo que lo hace todavía más obsceno, es que ni tú ni ella lo desconocen. Fue por esa razón que te entregamos con tus tíos, para mantenerte alejado de tu hermana». Luego dio media vuelta y desapareció. Aquella fue la última vez que la vi y por primera vez sentí un poco de culpa.

Adelfa desarrolló el gusto por criar canarios y por ese motivo instalamos decenas de jaulas en nuestro amplio jardín. Con

el pasar de los años, comenzó a volverse una mujer taciturna y malhumorada. Trató de encontrar otros pasatiempos para matar la tristeza, como la lectura, la pintura y la música; sin embargo, nada le devolvió aquel entusiasmo y felicidad de un principio. Por momentos creí que se sentía culpable por contraer una relación incestuosa con su hermano, carne de su carne y sangre de su sangre. Y recurro al énfasis porque en realidad, la distancia, tanto espacial como temporal, que sufrimos en nuestra infancia, provocó que no nos considerásemos hermanos ni asumiésemos una sensación inmoral por nuestra unión.

No obstante estaba equivocado. Adelfa nunca dejó de sentir amor por mí –un amor ilícito y aberrante para los demás–. Lo que realmente le ocurría se debía a un sentimiento de vacío en nuestro matrimonio; dijo sentirse hueca. Me confesó que deseaba sellar nuestra unión con un hijo y que este ser, creado a partir de nuestro amor, sería la mayor prueba de que nuestra unión era legítima y bendecida por Dios. De esta forma, aquel hueco sería complementado.

Tras meses de intentarlo, Adelfa nunca se embarazó. Todas las pruebas resultaron negativas y nos sentimos frustrados por ello. Acudimos a un especialista en fertilidad y después de varios exámenes, aseguró que éramos una pareja perfectamente capaz de tener un hijo, a pesar de los riesgos y prejuicios que implicaba procrear entre hermanos. Sin embargo, Adelfa deseó con todo su ser convertirse en madre.

Teníamos todo lo necesario para ser padres, excepto un hijo. Ella comenzó a perder el color rosado de las mejillas y se volvió cada vez más introvertida. Bajó drásticamente de peso y sus facciones se deformaron. Cada día la advertía más débil y triste. A partir de que reparé en su decaída gradual, me ocupé en permanecer más tiempo con ella y la llevé a un nutriólogo. Se le recetó una dieta variada y muchos suplementos vitamínicos; pero Adelfa desarrolló una predilección por la carne, en especial por la escasamente cocida.

A pesar de su apariencia decadente, nunca la dejé de amar.

Incluso, me volví más cariñoso y complaciente. Pero Adelfa se debilitaba día con día. Durante las noches, su apetito solía despertarse y me pedía ir a la cocina por un pedazo de carne. Sus instrucciones eran condimentar un poco el filete y pasarlo por el fuego unos escasos segundos. Posteriormente, Adelfa cogía la carne y la devoraba con glotonería mientras la sangre le escurría de los labios. Y sin embargo, su cuerpo adelgazó a lo largo de los meses.

En las mañanas regaba las plantas del jardín y alimentaba los canarios, pero en las tardes, cuando regresaba del trabajo, la encontraba tendida en un mar de lágrimas. «Si no podemos tener un hijo significa que Dios prohíbe a los degenerados procrear». Luego pasó de la culpa religiosa a la preocupación médica. «Mis entrañas deben estar retorcidas y eso impide que pueda embarazarme». Su obsesión por preñarse se volvió una pesadilla para ambos. Adelfa ya no era aquella joven tierna y cariñosa que conocí al regresar al pueblo. Había abandonado aquella parte de su personalidad alegre y espontánea que la hizo tan adorable para mí y fue la razón por la cual me enamoré de ella, a pesar de saber que era mi hermana.

Hacer el amor se convirtió en un acto mecánico. Ya no se trataba de un momento dulce y agradable, sino en otra responsabilidad. Incluso, Adelfa se obsesionó con el sexo más que con cualquier otra cosa. Pero en última instancia, pareció que los esfuerzos habían valido la pena, pues una mañana me despertó con una prueba de embarazo que agitaba en la mano. Había salido positiva. Jamás la vi más feliz. «¡Por fin! ¡Por fin! ¡Dios no nos ha apartado de su mano!».

Ese mismo día, cuando regresé del trabajo descubrí que Adelfa había comprado una cuna, una carriola y ropa para bebé. «Quiero tener todo listo para cuando tengamos a nuestro hijo». Además, había hecho una lista de los posibles nombres, tanto masculinos como femeninos, que iba a llevar el ser que crecía en su vientre. Sin embargo, luego de un mes de euforia e ilusiones, una mañana Adelfa halló fluidos, sangre y tejidos que

manchaban el blanco de las sábanas. Había perdido a nuestro hijo espontáneamente.

Y al encontrarse desprovista de aquellas ilusiones y esperanzas, cayó en una profunda desesperación. Dejó de salir de nuestra casa, los canarios murieron de hambre encerrados en sus jaulas y las flores del jardín se marchitaron a falta de riego. Del mismo modo, durante las noches la asaltaban terribles pesadillas que la hacían sudar frío, y siempre se trataba del mismo sueño que la aterraba. «De nuevo he soñado que un ser repugnante brotaba de mis entrañas como de un cascarón». Intentaba calmarla con besos en la frente y caricias ligeras, pero ella comenzaba a convulsionar. Los sueños fueron repetitivos y cada vez más terribles. «¡Protégeme, protégeme de eso! ¡Me ha hablado en mis sueños y dijo que no nos permitirá ser padres!». Con el pasar de los días, Adelfa sufrió de un insomnio inducido a causa del terror que le generaban aquellos absurdos sueños.

Nunca la dejé de amar y sus prioridades siempre fueron mías. Volví a embarazarla y esta vez prestamos los mayores cuidados. Acudí a un médico para que cuidara del desarrollo de nuestro nuevo hijo y el viejo médico nos tranquilizó al diagnosticar un embarazo sano y sin riesgos. Fue una tarde cuando ella, mientras cosía un pequeño suéter de lana para aquel ser que se desarrollaba en sus entrañas, me dijo que aquella repulsiva voz que le hablaba en sus sueños se le había manifestado mientras estaba despierta. La voz se burlaba de nuestra unión y de sus ilusiones de ser madre. Cuando se encontraba sola, deprimida y llorosa, la voz reía. «Me acosa con palabras infernales». El médico le recetó un medicamento para los nervios, pero aquellas alucinaciones nunca la dejaron tranquila.

Perdimos a nuestro segundo hijo en las mismas circunstancias. Sus restos aparecieron en forma de fluidos, sangre y tejidos en la sábana de nuestro lecho. Este golpe fue terrible para nosotros. Adelfa experimentó fiebres y debilidad excesiva. Su carácter se hizo cada día más irritable y, de no ser suficiente con ello, comenzó a sentir un violento dolor en el estómago que no

la dejaba descansar. Para aliviar un poco el malestar, me pedía su horrorosa dieta: carne cruda para el desayuno, el almuerzo y la cena. Masticaba la carne con apetencia y saboreaba cada bocado. El médico dijo que seguramente sufría un trastorno mental y era necesario estar con ella a diario y evitar que devorase carne cruda. El riesgo de comer la carne en ese estado podía ser fatal; sin embargo, ella nunca enfermó. No obstante, me esforcé en proporcionarle una dieta saludable con vegetales cocidos y frutas, pero las rechazó con aversión.

Nuestra intimidad disminuyó por su estado de salud, pero siempre procuré hacerle el amor cada vez que se encontraba dispuesta. Y, milagrosamente, volvió a embarazarse. «Dios bendice una vez más nuestro amor», me susurró postrada en el lecho. Ya para ese momento su rostro angelical y lozano se hallaba cadavérico y gris. Apenas lograba moverse y las pesadillas ya no sólo la asaltaban en sueños, sino también durante la vigilia. Invertí todo mi tiempo, esfuerzo y cariño para cumplir su sueño de ser madre. Contraté a una enfermera que la vigilaba a diario, día y noche; pero todo resultó inútil. Adelfa, después de tres meses de gestación, volvió a sufrir un aborto. Sin embargo, en esta ocasión hubo algo inusual. Su vientre se encontraba hinchado y eventualmente experimentaba contracciones violentas.

Antes de realizarle un examen clínico, Adelfa, el amor de mi vida, expiró una mañana a un lado de mi lecho. Pero de su vientre aún palpitaba aquella protuberancia, semejante al latido de un corazón. Su cadáver estaba esquelético, como si los tres embarazos anteriores la hubiesen secado; a pesar de ello, al momento de levantarla, advertimos un peso anormal. El médico que la atendió la trasladó a una morgue donde se le realizó una autopsia en donde estuve presente. Cuando los médicos le abrieron el vientre y le extirparon de sus entrañas aquella aglomeración hirsuta y velluda, no pude reprimir un grito de horror. Tenía vida, pues movía torpemente sus extremidades y lograba girar aquel espeluznante ojo. Y cuando posó aquel perturbador y único órgano visual hacia mí, no logré contenerme y volví el

estómago a un lado de la mesa de operaciones.

El médico dijo que se trataba de un teratoma, una extraña especie de tumor anómalo, pero que el de Adelfa era absolutamente singular a cualquier otro antes visto. El tumor de mi esposa había desarrollado dientes, pequeñas y retorcidas extremidades, un horripilante ojo, un diminuto cerebro y un aparato digestivo básico. De acuerdo al examen *post mortem*, aquel tumor se había formado en el vientre de Adelfa y, al contar con dientes y un rudimentario aparato digestivo, se había alimentado del producto de sus anteriores embarazos. ¡Aquella horripilante malformación, error de la naturaleza o castigo de Dios por nuestro pecado carnal, había devorado a nuestros hijos antes de su nacimiento!

Las explicaciones del médico me dejaron todavía más aterrado. Indicó que la formación de esta entidad se debía, posiblemente, a la memoria genética de nuestra familia. De esta manera, la protuberancia fue la reminiscencia material de un probable gemelo de Adelfa, que se formó dentro de su cuerpo de manera parasitaria para nutrirse y crecer. Este espeluznante fenómeno, según la definición de la biología celular, es el resultado de una aberración cromosómica que tiene su origen en la reproducción endogámica entre hermanos.

A partir de esta explicación descubrí que nuestros padres habían cometido el mismo pecado que nosotros. Al final, el destino se convirtió para mí en un poder de la existencia que me desgarró tanto más inexorablemente, cuanto más lo conocí, puesto que Adelfa y yo repetimos las mismas acciones que ellos, por ser carne de su carne y sangre de su sangre.

Índice

La garrapata , 7

Demetria, 23

La morfología del miedo, 41

Una estimulación sintética del hipotálamo, 63

La plaga del sonido, 79

Los fabricantes de humores, 95

Un alma ajena, 117

Nuestra tierra está maldita, 133

El horror que habita tu mirada, 143

A propósito del clamor
de los animales desollados, 157

Nunca te enamores de un
hombre con ojos color ámbar, 173

Adelfa, 187

RELATOS DE AMOR **MIASMÁTICO**

SANTIAGO SAID

Relatos de amor miasmático es una aparición explícita del espíritu demoníaco, subversivo y caótico de la literatura de horror contemporáneo. Los personajes que aparecen en este libro son almas acosadas por la perversidad de lo cotidiano, perturbadas por el diabólico paroxismo del espíritu humano y que, eventualmente, resultan siniestros y contaminantes para el lector, dado que representan esa curiosa sensación de descubrimiento cuando dos elementos antagónicos se dan la mano; en este caso, lo angelical y lo monstruoso se unen y se hacen uno mismo.

Cada uno de los doce relatos que componen este libro muestran la manera en la que el mal puede lograr un dominio absoluto en la existencia terrenal del hombre. El atractivo de estas narraciones no es sólo la transgresión que plantea con respecto al amor incestuoso, la obsesión por lo aberrante, el bestialismo o lo repugnante que resulta la destrucción de lo bello y lo divino. El verdadero atractivo de estas páginas se encuentra en la aparente confrontación entre el espíritu de las tinieblas contra el lado diurno y sensible que posee todo individuo, pero que al final manifiesta la paradoja en la cual la condición angelical es el origen de todo lo diabólico en el mundo.

PAR TRES Editores

PVP: $259.00

9 786075 988450

www.par-tres.com